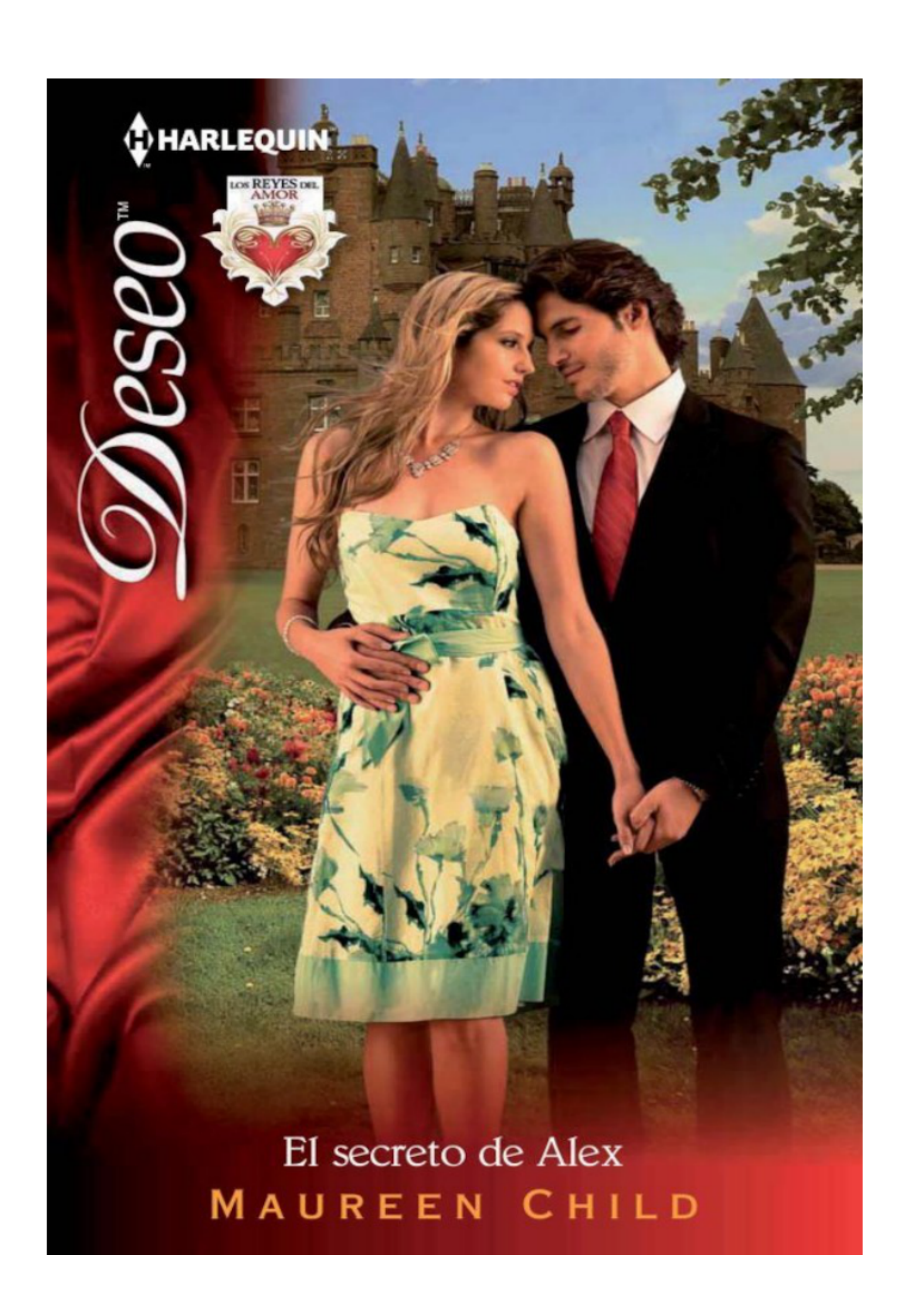

HARLEQUIN
Deseo
LOS REYES DEL AMOR
El secreto de Alex
MAUREEN CHILD

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

EL SECRETO DE ALEX, N.º 1885 - diciembre 2012
Título original: To Kiss a King
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Publicada en español en 2012

I.S.B.N.: 978-84-687-1222-2
Editor responsable: Luis Pugni
ePub: Publidisa

Capítulo Uno

Aquello era un infierno, pensaba Garrett King.

Un grupo de niños pasó corriendo y gritando a su lado.

¿Disneylandia era el sitio más feliz de la tierra? Garrett no estaba de acuerdo.

¿Cómo se había dejado convencer para ir allí? No tenía ni idea.

–Te estás volviendo blando –murmuró, apoyando la mano en una barandilla de metal… para apartarla inmediatamente porque estaba pringosa.

–Podrías estar en la oficina –se dijo a sí mismo, limpiándose la mano con una servilleta de papel que tiró a la papelera–. Podrías estar comprobando facturas o buscando nuevos clientes. Pero no, tenías que decirle que sí a tu primo.

Jackson King había hecho todo lo posible para convencerlo de que participase en su pequeña aventura familiar. Su mujer, Casey, estaba preocupada por él porque lo veía demasiado solo. Casey era una buena chica, pero ¿a nadie se le había ocurrido pensar que un hombre estaba solo porque quería estarlo?

Podría haber dicho que no, pero Jackson le había tendido una trampa. Había hecho que sus hijas le pidieran al tío Garrett que fuera con ellos y, francamente, enfrentado con las tres niñas más adorables del mundo, había sido imposible decir que no.

–¡Eh, primo! –lo llamó Jackson. Y Garrett se volvió para fulminarlo con la mirada.

–¿Qué?

–Casey, cariño –dijo Jackson, volviéndose hacia su esposa–. ¿Has visto eso? Parece que mi primo no lo está pasando bien.

–Sobre eso… –lo interrumpió Garrett, levantando la voz para hacerse oír por encima de los gritos infantiles–. Estaba pensando que debería marcharme…

Alguien le tiró entonces de la pernera del pantalón y Garrett miró el rostro levantado de Mia.

–Tío Garrett, vamos a montar en la noria. ¿Quieres venir con nosotros?

A los cinco años, Mia King era ya una rompecorazones. Desde los ojos azules al diente que le faltaba en la encía superior o el hoyito en la mejilla, era absolutamente adorable. Y como no era tonta, sabía qué tenía que hacer para salirse con la suya.

–Ya… Garrett miró a sus hermanas pequeñas, Molly y Mara. Molly tenía tres años y Mara estaba aprendiendo a caminar. Y las tres juntas eran imparables, pensó. Una niña haciendo pucheros era irresistible, tres eran demasiado para cualquier hombre.

–¿Qué te parece si me quedo aquí y cuido de vuestras cosas mientras subís a la noria?

Jackson soltó una risotada que Garrett decidió ignorar. Pero aquello era increíble. Él era el propietario de una de las más respetadas empresas de seguridad del país y allí estaba, negociando con una niña de cinco años.

Los miembros de la familia King tenían una relación muy estrecha, pero Jackson y él eran amigos además de primos y habían trabajado juntos durante mucho tiempo. La empresa de seguridad de Garrett y la de Jackson, King Jets, estaban asociadas, aunque no fuera legalmente. Los millonarios clientes de Garrett contrataban los lujosos jets de Jackson y ambas compañías se beneficiaban de esa sociedad.

Por otro lado, la mujer de Jackson, Casey, era una de esas mujeres felizmente casadas que veían a todos los hombres solteros como un reto personal.

–¿Vas a subir a la noria con nosotros? –le preguntó Jackson. Tenía en brazos a Mara y cuando la niña tocó su cara, Garrett vio que su primo prácticamente se derretía. Algo curioso porque en los negocios Jackson King era un tiburón, un tipo al que nadie quería enfadar.

–No –respondió Garrett, tomando a la niña en brazos. Con la explosión de población en la familia King, estaba empezando a acostumbrarse a tratar con niños–. Esperaré aquí con Mara y vigilaré vuestras cosas.

–Podrías subir conmigo, tío Garrett –insistió Mia, clavando en él sus ojazos azules.

Él se puso en cuclillas para mirarla.

–¿Qué tal si me quedo aquí con tu hermana y cuando bajes me cuentas cómo lo has pasado?

Mia hizo un puchero, evidentemente poco acostumbrada a no salirse con la suya, pero enseguida sonrió.

–Bueno.

Casey tomó a las dos niñas de la mano y, sonriendo, se dirigió a la cola.

–No te he pedido que vinieras a Disneylandia con nosotros para que te quedases como un pasmarote –protestó Jackson.

–¿Y por qué me has pedido que viniera? No, mejor, ¿por qué te he dicho yo que sí?

Jackson soltó una carcajada.

–Una palabra: Casey. Mi mujer cree que estás muy solo y cualquiera le lleva la contraria.

Garrett miró a la niña que tenía en brazos.

–Tu papá tiene miedo de tu mamá.

–Desde luego que sí –admitió Jackson, dirigiéndose a la cola–. ¡Si empieza a protestar, hay un biberón en la bolsa de pañales!

–¡No te preocupes, puedo cuidar de una niña! –gritó él, pero Jackson ya había sido tragado por la multitud–. Estamos solos, pequeñaja –le dijo a la niña, que empezaba a revolverse, como si quisiera salir corriendo–. No, de eso nada. Si te dejase en el suelo saldrías corriendo y tu madre me mataría.

–Bajo –dijo Mara.

–No.

La niña frunció el ceño y después lo intentó con una sonrisa.

–Madre mía –murmuró Garrett, sin dejar de sonreír–. ¿Las mujeres nacen sabiendo cómo hacer eso?

De las casetas cercanas salía una musiquilla alegre y el olor a palomitas de maíz flotaba en el aire. Un perro con una chistera bailaba con Cenicienta para animar a la gente y Garrett tenía una niña en brazos… y se sentía fuera de lugar.

Aquel no era su mundo, pensó, meciendo a Mara cuando empezó a revolverse. Que le dieran una situación peligrosa: un asesinato, un secuestro, incluso un robo de joyas, y estaba en su elemento.

¿Pero aquella reunión familiar en un parque de atracciones? No, para nada.

Propietario de una de las empresas de seguridad más importantes del país, sus clientes iban desde la realeza europea a ricos empresarios y políticos. Como también ellos eran millonarios, los King sabían cómo mezclarse con ese tipo de gente y su reputación era impecable.

Su firma era la más buscada no solo en el país sino en todo el mundo y los mellizos King viajaban por todo el planeta, haciendo bien su trabajo.

Eso era lo suyo, se dijo a sí mismo mientras observaba a Jackson y su familia llegar a la cabecera de la cola. Casey llevaba a Molly en brazos y Jackson a Mia sobre los hombros. Parecían una familia perfecta y Garrett se alegraba de corazón. De hecho, se alegraba por todos los King que recientemente se habían lanzado a las procelosas aguas del matrimonio y la familia.

Pero él no pensaba apuntarse. Los hombres como él no creían en los finales felices.

–Pero no pasa nada –le dijo a Mara, dándole un beso en la frente–. Yo me conformo con pasar un rato con vosotros. ¿Qué te parece?

La niña balbució algo ininteligible y luego señaló con la manita a un hombre que vendía globos.

Garrett iba a comprarle uno cuando se fijó en una mujer a unos metros de él…

Alexis Morgan Wells estaba pasándolo de maravilla. Disneylandia era exactamente lo que había esperado que fuese. Le encantaba todo lo que la rodeaba: la música, las risas de los niños, los personajes de dibujos animados de tamaño natural paseando entre la gente. Le gustaban los jardines, los topiarios en forma de personajes de Disney, incluso el olor de aquel sitio. Olía a infancia, a sueños y a magia al mismo tiempo.

La musiquilla de la última atracción en la que había subido seguía sonando en sus oídos y tenía la sensación de que sería así durante horas…

Pero su buen humor desapareció cuando el hombre que había estado molestándola en la góndola apareció a su lado.

–Vamos, guapa. No estoy loco ni nada parecido, solo quiero invitarte a comer. ¿Tan horrible sería?

Ella se volvió, con una sonrisa impaciente.

–Ya le he dicho que no estoy interesada, así que déjeme en paz.

En lugar de mostrarse enfadado, los ojos del hombre se iluminaron.

–Ah, eres británica, ¿verdad? Me encanta el acento.

–Por el amor de Dios…

Iba a tener que librarse de su acento, se dijo a sí misma, porque llamaba mucho la atención. Aunque no era británico sino de Cadria. Si se esforzaba, podría fingir un acento americano. Al fin y al cabo, su madre había nacido en California.

Pensar en su madre la hizo sentir culpable, pero Alex decidió olvidarse de ello. Además, estaba absolutamente segura de que su madre entendería por qué había tenido que marcharse.

Después de todo, ella era una adulta inteligente y segura de sí misma. Y si quería tomarse unas vacaciones, ¿por qué iba no iba a hacerlo?

Bueno, ya se sentía un poco mejor…

Hasta que vio que su admirador seguía persiguiéndola. Ella intentaba pasar desapercibida y aquel hombre estaba llamando la atención.

Intentando ignorarlo, Alex apresuró el paso, moviéndose entre la gente con una gracia adquirida durante años haciendo clases de ballet. Llevaba una blusa blanca, vaqueros y sandalias de cuña, pero en ese momento desearía llevar zapatillas de deporte para salir corriendo.

Pero no, salir corriendo entre la gente como una lunática solo llamaría la atención, justo lo que ella quería evitar.

–Venga, guapa, solo quiero invitarte a comer.

–Yo no como –respondió Alex–. Me alimento de oxígeno.

El hombre parpadeó.

–¿Qué?

«Deja de hablar con él», se dijo a sí misma. «Ignóralo y te dejará en paz».

Se dirigía a unos toboganes gigantes cuando se fijó en otro hombre que la miraba. Era alto, de pelo negro y mandíbula cuadrada. Y tenía un bebé en brazos.

Al mirarlo sintió algo, como si lo reconociera. Como si hubiera estado buscándolo siempre. Desafortunadamente, a juzgar por la niña que llevaba en brazos, alguna otra mujer lo había encontrado antes.

–No vayas tan rápido –insistió el pesado que la perseguía.

Alex miró al hombre que llevaba el bebé en brazos y sintió como si estuviera tocándola con los ojos. Y, sin que ella le dijese nada, pareció entender la situación inmediatamente.

–Ah, ahí estás, cariño –la llamó–. ¿Por qué has tardado tanto?

Sonriendo de oreja a oreja, Alex aceptó la ayuda que le ofrecía. Él le pasó un brazo por los hombros y miró al tipo que la seguía.

–¿Algún problema? –preguntó su caballero andante.

–No –murmuró el tipo, sacudiendo la cabeza–. Ningún problema.

Y desapareció.

Alex lo observó alejarse entre la gente, exhalando un suspiro de alivio. No quería que nada estropease su primer día en Disneylandia. El hombre que estaba a su lado seguía teniendo el brazo sobre su hombro y le gustaba. ¿Cómo no iba a gustarle? Era alto y guapo y al verla en apuros le había ofrecido su ayuda.

–¡Gobo!

La voz de la niña que tenía en brazos interrumpió sus pensamientos y, recordando que probablemente su héroe era el marido de alguien, Alex se apartó.

–Qué guapa eres. Tu papá debe estar muy orgulloso de ti.

–Desde luego que sí –dijo el hombre, su voz era tan profunda que parecía enterrarse dentro de ella–. Y tiene dos más igual que esta.

–¿Ah, sí? –Alex no entendía por qué saber que tenía tres hijas le parecía tan decepcionante, pero así era.

–Mi primo y su mujer tienen otras dos niñas. Ahora mismo están en la montaña rusa y yo estoy vigilando sus cosas.

–Ah, ya –Alex sonrió de oreja a oreja–. ¿Entonces no es usted su padre?

Él sonrió también, como si hubiera sabido lo que pensaba.

–Yo no le haría eso a un pobre niño inocente.

Estaba disfrutando del inofensivo flirteo tanto como ella.

–¿Por qué no? Un héroe podría ser un buen padre.

–¿Héroe? No, para nada.

–Lo ha sido para mí hace un minuto –insistió ella–. No podía convencer a ese hombre para que me dejase en paz, así que agradezco mucho su ayuda.

–No tiene nada que agradecer. Si hubiera acudido a un guardia de seguridad, él se habría encargado de echarlo de aquí. Probablemente debería haberlo hecho.

No, de haber acudido a un guardia de seguridad habría tenido que firmar la declaración con su nombre y su identidad habría sido descubierta.

Alex negó con la cabeza, su melena rubia moviéndose de lado a lado.

–No era peligroso, solo molesto.

Él rio y a Alex le gustó el sonido de su risa.

–Gobo, Gar –insistió la niña, con una vocecita cargada de determinación.

–Ah, es verdad, el globo –Garrett le hizo una seña al hombre que

vendía los globos, que se acercó de inmediato para atar uno de color rosa a la muñeca de su sobrina.

Mientras le pagaba, la niña movía el bracito arriba y abajo, gritando de alegría al ver que el globo bailaba a su antojo.

–Bueno, creo que deberíamos presentarnos –sugirió él–. Esta niña tan exigente es Mara y yo soy Garrett.

–Yo soy Alexis, pero puedes llamarme Alex –dijo ella, ofreciéndole la mano.

Garrett la estrechó y, al rozar su piel, Alex sintió un calor inesperado. Pero cuando la soltó, el delicioso calor se disipó.

–Bueno, Alex, ¿qué tal lo estás pasando?

–Hasta hace un momento, de maravilla. Me encanta este sitio –respondió ella–. Es la primera vez que vengo y había oído hablar tanto de Disneylandia…

–Ah, eso lo explica todo.

–¿Qué explica? –preguntó Alex, poniéndose tensa.

–Es tu primera vez en Disneylandia y lo estás pasando tan bien que toda esta multitud no te molesta.

–No, estoy encantada. Todo el mundo parece muy agradable, salvo ese impertinente –Alex dio un paso atrás. Por encantador que fuera charlar con aquel hombre tan guapo, sería mejor dar por terminada la charla y seguir adelante–. En fin, gracias otra vez por rescatarme, pero debería irme…

Él inclinó a un lado la cabeza.

–¿Has quedado con alguien?

–No, pero…

–¿Entonces por qué tanta prisa?

El corazón de Alex se aceleró. No quería que se fuera y eso era muy agradable. Además, le caía bien, le gustaba.

Mirando los pálidos ojos azules de Garrett, lo pensó un momento. Tenía que intentar pasar desapercibida, pero eso no significaba que tuviera que ser una ermitaña durante sus vacaciones. ¿Y qué clase de vacaciones serían si no incluyeran un poco de romance?

–¿Qué tal si te quedas un rato con nosotros? –sugirió él–. Así me rescatarás de esta pandilla.

–¿Tú necesitas que te rescaten? –replicó Alex, burlona.

–Te aseguro que mis sobrinas me tienen tomada la medida. Si no estás aquí para protegerme, a saber lo que podría ocurrir.

Tentador, pensó ella. Solo llevaba tres días en Estados Unidos y ya se

sentía un poco sola. Era liberador, desde luego, pero también un poco deprimente. Y no podía llamar a los pocos amigos que tenía en Estados Unidos porque en el momento que lo hiciera su familia descubriría su paradero y su momento de libertad terminaría abruptamente.

No le haría daño a nadie si pasara el día con un hombre que le gustaba y con una familia a la que él claramente adoraba.

Alex respiró profundamente, decidida a dar el salto.

–Muy bien, de acuerdo. Me encantaría rescatarte.

–Estupendo –dijo él–. Mi primo y su familia volverán en cualquier momento. Mientras esperamos, ¿por qué no me cuentas de dónde eres? Tu acento suena británico, pero no exactamente…

Alex se alteró un poco al escuchar eso, pero intentó disimular.

–Tienes buen oído.

–Eso me han dicho. Pero esa no es una respuesta.

No, no lo era, y qué astuto por su parte darse cuenta. La habían entrenado desde niña a responder de manera evasiva… su padre se habría sentido orgulloso de ella.

«Nunca respondas a una pregunta directamente, Alexis. Cuidado con lo que dices, Alexis, tienes una responsabilidad hacia tu familia, tu corona, tu gente».

–Eh, Alex.

La voz de Garrett interrumpió sus pensamientos, afortunadamente. Era la segunda vez que la rescataba ese día. No quería pensar en sus deberes, en su papel en la historia de su país. No quería ser nada más que Alex.

De modo que en lugar de ser evasiva, sugirió:

–¿Por qué no intentas averiguar de dónde soy? Yo te diré cuándo has acertado.

Él enarcó una oscura ceja.

–Estás retando al tipo equivocado, pero como quieras. Cinco dólares a que lo acierto antes de que termine el día.

Esperaba que no fuera así porque eso lo arruinaría todo.

–¿Cinco dólares? No es mucho.

Garrett sonrió y esa sonrisa envió una nueva ola de calor por todo su cuerpo.

–Estoy abierto a negociaciones.

–No, no, me parece bien –se apresuró a decir ella.

Tal vez no estaba preparada para un romance. O tal vez Garrett era demasiado para ella. En cualquier caso, decidió que lo mejor sería calmar

un poco las cosas.

–Cinco dólares me parece bien.

–De acuerdo entonces, pero deberías saber que no se puede apostar conmigo. Siempre gano.

–Estás muy seguro de ti mismo, ¿verdad?

–No tienes idea.

Alex sintió un escalofrío. Pero, nerviosa o no, le gustaba lo que sentía estando con él. ¿Qué tenía que la afectaba tanto?

–¡Qué divertido ha sido, tío Garrett!

Un diminuto remolino corrió hacia ellos y se abrazó a las piernas de Garrett, antes de mirarla a ella con gesto receloso.

–¿Quién eres?

–Es Alex –dijo él–. Alex, te presento a Mia.

–Hola, Mia.

La niña se agarró a las piernas de su tío con más ímpetu.

–Cariño, no salgas corriendo cuando hay tanta gente –escucharon entonces una voz masculina.

Alex se volvió para ver a una atractiva pareja acercándose a ellos, el hombre con una versión más pequeña de Mia en los brazos.

–Alex, te presento a mi primo Jackson y su mujer, Casey. Y esa niña tan guapa es Molly.

–Encantada de conoceros.

Jackson la miró de arriba abajo y le hizo un guiño a su mujer.

–Dejamos a Garrett solo cinco minutos y encuentra a la mujer más guapa de Disneylandia… –Casey le dio un codazo en las costillas–. Sin contarte a ti, cariño. Tú eres la mujer más guapa del mundo.

–Sí, claro, ahora –riendo, Casey se volvió para mirar a Alex.

–Encantada de conocerte.

–Siempre has sido un casanova, Jackson –bromeó Garrett.

–Por eso me quiere –respondió su primo, besando a su mujer en la frente.

Alex sonrió. Era tan agradable ver que aquella familia mostraba afecto públicamente que sintió una punzada de envidia. En cambio, ella había tenido que escapar de la suya… aunque los echaba de menos, incluso a su dictatorial padre.

–Debo admitir que estoy un poquito abrumada –les confesó–. Es la primera vez que vengo a Disneylandia y…

–¿La primera vez? –la interrumpió Mia–. Pero si tú eres mayor.

–¡Mia! –exclamó Casey, horrorizada.

Garrett y Jackson soltaron una carcajada a la que Alex se unió de inmediato. Inclinándose para mirar a Mia a los ojos, le dijo:

–Es horrible, lo sé. Pero yo vivo muy lejos de aquí.

Mia pareció pensarlo un momento antes de volverse hacia su madre.

–Deberíamos subir a la montaña rusa con Alex.

–Esa es tu atracción favorita –la regañó su padre.

–Pero a ella también le gustaría, ¿a que sí, Alex? –la niña se volvió para mirarla con gesto implorante.

–¿Sabes una cosa? Estaba preguntándome dónde estaría el famoso Ghost Ride.

–¡Yo te llevaré! –Mia tomó su mano y empezó a caminar, esperando que toda la familia las siguiese.

–Creo que ahora sí vas a pasar el día con nosotros –bromeó Garrett.

–Eso parece –respondió Alex, encantada.

Estaba en un sitio del que había oído hablar toda su vida y, además, acompañada. Había niños con los que reír y gente con la que charlar… todo era casi perfecto.

Pero cuando miró los ojos azules de Garrett, se dijo a sí misma que era más perfecto de lo que había imaginado.

–Y después de montar en el Ghost Ride, podemos subir al barco de los piratas… –Mia no paraba de hablar.

–Molly, cariño, no toques a ese bicho –dijo Jackson.

–¿Un bicho? –repitió Casey, poniendo cara de asco.

Sin soltar a Mara, Garrett se acercó a Alex.

–Prometo que después de montar en la atracción yo me encargaré de que puedas hacer lo que quieras.

Lo curioso era que, aunque él no lo sabía, ya estaba haciendo lo que quería hacer.

Quería ser aceptada por sí misma, pasar un día sin tener que preocuparse más que de pasarlo bien y, sobre todo, quería conocer gente y caerles bien por ser Alex Wells.

No porque fuera Su Alteza Real, la princesa Alexis Morgan Wells, del reino de Cadria.

Capítulo Dos

Alex estaba volviendo loco a Garrett. Y no solo porque fuera preciosa, divertida e inteligente sino porque nunca había visto a una mujer disfrutar tanto. La mayoría de las mujeres que entraban y salían de su vida estaban eternamente preocupadas por si se despeinaban o se rompían una uña y eran tan sofisticadas que jamás se les ocurriría ir a un parque de atracciones.

Pero ella era diferente. Tenía a las niñas comiendo en la palma de su mano y, sin intentarlo siquiera, lo emocionaba de una forma inesperada. Tanto que no podía apartar los ojos de ella.

Su amplia sonrisa, tan invitadora y tan sexy le resultaba extrañamente familiar.

Sabía que la había visto antes, pero no podía recordar dónde. Y también eso lo molestaba. Porque una mujer como Alex era imposible de olvidar.

Durante el almuerzo, había comido su hamburguesa con ganas, dejando escapar suspiros de placer que lo habían hecho pensar en sábanas frescas y sexo ardiente. Cuando se sentó sobre los caballitos, la imaginó sentada a horcajadas sobre él. Cuando lamió un helado, imaginó…

Garrett sacudió la cabeza, intentando apartar de sí esa imagen. Desde que aquella chica apareció le costaba trabajo caminar y si seguía imaginando esas cosas acabaría paralizado.

A Alex le gustaba todo en Disneylandia; lo veía en sus ojos, que no eran capaces de esconder nada. Otra cosa en la que era diferente a las mujeres que él conocía, que mentían, planeaban estrategias y flirteaban de

manera estudiada.

Alex, en cambio era… ella misma.

–Esto te va a gustar –dijo Mia, que se había convertido en la guía personal de su invitada–. En el barco pirata disparan balas de cañón y hay una hoguera y cantan y dentro está muy oscuro…

–Muy bien, cariño –Jackson interrumpió la cascada de información–. ¿Qué tal si dejamos descansar a Alex un rato? –sugirió, llevando a su familia a la primera fila de bancos, en la proa del barco.

Garrett aprovechó la oportunidad para sentarse con Alex en la última fila de popa para robar unos minutos a solas.

–Es estupenda –dijo Alex–. Tan inteligente, tan habladora, me encanta.

–Desde luego que sí –asintió él–. Mia tiene una opinión sobre todo y no vacila en compartirla con los demás. Su profesora de la guardería dice que es precoz, yo digo que es una parlanchina.

Alex rio de nuevo y Garrett se encontró sonriendo como respuesta. Cuando Alex reía, ponía su alma en ello y su rostro se iluminaba.

Aquella chica le gustaba demasiado, pensó entonces, sorprendido. Ni siquiera sabía su apellido… no sabía nada sobre ella y no era capaz de averiguar de dónde procedía.

Y no porque no lo hubiese intentado.

La sensación de haberla visto antes estaba sacándolo de quicio. Había algo en ella, algo que tenía en la punta de la lengua, pero no era capaz de recordar.

La atracción empezó a moverse y Alex se inclinó hacia delante, como para no perderse nada. También le gustaba eso de ella: su curiosidad, lo dispuesta que estaba a pasarlo bien. Vivir el momento no era algo que hiciese todo el mundo. En general, la gente siempre estaba pensando en el mañana, en lo que harían cuando tuvieran tiempo, o dinero o energía.

Lo había visto a menudo: gente que lo tenía todo y que, sin embargo, no parecía darse cuenta porque estaba siempre buscando algo más.

–Maravilloso –susurró ella. El barco se mecía sobre sus raíles como si estuviera flotando de verdad, el agua acariciando el casco.

Sobre sus cabezas, el cielo nocturno se había llenado de estrellas y una brisa cálida movía su preciosa melena. Incluso en la oscuridad, Garrett veía el brillo de alegría en sus ojos y, de repente, no podía resistirse.

Inclinándose hacia delante, la tomó por la cintura y se apoderó de su boca para saborear lo que llevaba horas haciéndole perder la cabeza.

Y había merecido la pena esperar.

Después de un segundo, Alex se recuperó de la sorpresa y le devolvió el beso de manera suave, lánguida, haciendo que Garrett deseara estar a solas con ella en la oscuridad y no rodeados de piratas cantarines y alegres turistas.

Alex suspiró y eso lo encendió aún más, dejándolo sin respiración. ¿Pero quién necesitaba respirar?

–Ha sido precioso –susurró ella, acariciando su cara.

Garrett tomó su mano para besarla.

–Ha sido más que eso.

Un pirata disparó su pistola y Alex dio un respingo, pero luego rio, divertida, apoyando la cabeza en su hombro. Garrett la abrazó y, en lugar de disfrutar de la atracción, se dedicó a observar sus reacciones.

No dejaba de sonreír, mirando de un lado a otro, como absorbiendo las experiencias como una esponja.

Y en ese momento, se alegraba infinito de que Jackson lo hubiera convencido para ir a Disneylandia.

–Lo estoy pasando tan bien –susurró.

–¿Solo bien?

Ella apartó la cabeza de su hombro para mirarlo a los ojos.

–Muy, muy bien.

–Ah, bueno, eso está mejor –bromeó Garrett.

Alex seguía maravillándose de todo y él maravillándose de ella. El agua acariciaba el casco del barco, los piratas cantaban y, delante de ellos, Mia cantaba también.

Garrett sonrió para sí mismo, pensando que, por sorprendente que fuera, también él lo estaba pasando muy, muy bien.

Después del barco pirata pasearon por el parque, con los últimos rayos del sol iluminando el cielo.

Las niñas estaban agotadas. Molly arrastraba los pies, Mara dormía sobre el hombro de Casey y Mia parecía tan increíblemente cansada que su sonrisa era casi una mueca. Pero antes de volver a casa tenían que hacer la última y tradicional parada.

–Vamos al castillo de la Bella Durmiente, Alex –dijo Mia, intentando disimular un bostezo–. Molly y yo seremos princesas algún día y tendremos un castillo como ese y un montón de cachorritos y…

–Otra vez con los cachorritos –Jackson suspiró, como si hubieran hablado del tema mil veces.

Alex rio, tomando a Garrett de la mano. Sus ojos brillaban con la

misma emoción de antes. No estaba cansada de las niñas ni de nada. Al contrario, lo estaba pasando en grande.

Al verla sonreír, de nuevo tuvo esa sensación de que la conocía o la había visto antes. Frunciendo el ceño, Garrett intentó recordar. No podía conocerla porque se acordaría, pero había algo en ella tan familiar…

El palacio brillaba con una luz rosada, las luces escondidas entre las rocas y los arbustos dándole un aire de cuento de hadas.

Garrett sonrió cuando Mia lanzó una exclamación al ver los cisnes que flotaban elegantemente sobre el lago. El viento movía las ramas de los árboles, llevándoles un aroma a rosas recién cortadas…

–¿Puedo comprar un gorro de princesa, de esos que tienen pico? –preguntó la niña.

–Claro que sí, cariño –respondió Jackson, abrazando a su hija.

Garrett observó la escena y, por primera vez, sintió una punzada de envidia. Que no duraría mucho, por supuesto. Pero, por el momento, podía admitir que la idea de tener unos hijos como Mia y sus hermanas no le parecía absolutamente insoportable.

Para otra gente, claro, no para él.

–¡Alex, mira! –Mia tomó su mano para llevarla hacia la balaustrada de piedra sobre el lago, señalando los cisnes y el castillo rosado al fondo…

Y Garrett, de repente, se quedó inmóvil.

Acababa de descubrir por qué el rostro de Alex le resultaba tan familiar.

Varios años antes había hecho un trabajo para su padre, el rey de Cadria.

Y eso significaba que la guapísima Alex, la mujer más sexy e interesante que había conocido nunca, era la princesa Alexis.

Y él la había besado.

Maldita fuera.

Garrett se pasó una mano por el cuello, intentando llevar oxígeno a sus pulmones. Aquello lo cambiaba todo. Radicalmente.

–¿Te gustaría vivir en un castillo, Alex? –le preguntó Mia.

Él aguzó el oído para escuchar su respuesta.

Alex pasó una mano por el largo caballo oscuro de la niña antes de decir:

–Creo que un castillo puede ser un sitio muy solitario. Son muy grandes y tienen muchas corrientes de aire.

Garrett observaba su expresión mientras describía su propio hogar. Curiosamente, nunca se le había ocurrido pensar que a una princesa no le

gustase vivir en un castillo. Después de todo, pertenecer a la realeza tenía que ser mejor que cualquier otra alternativa.

–Pero podría tener muchos cachorros –insistió Mia.

–Sí, pero no los verías nunca porque las princesas no pueden jugar con cachorros.

–¿Por qué no?

–Porque tienen muchas cosas que hacer. Tienen que decir las frases apropiadas, hacer las cosas que les mandan… no hay mucho tiempo para jugar.

Mia frunció el ceño.

Y Garrett también. ¿Era eso lo que Alex pensaba de su vida? ¿Era por eso por lo que estaba allí, de incógnito, escapando de su vida de princesa? ¿Y qué haría si supiera que había averiguado su verdadera identidad? ¿Saldría corriendo?

–¿Sabes una cosa? Yo creo que un castillo de verdad no te gustaría tanto como este –dijo ella entonces.

–A lo mejor –asintió Mia–. Pero sí puedo jugar a ser una princesa.

–Seguro que eso es mucho mas divertido –respondió Alex.

Al darse la vuelta, se encontró con la mirada de Garrett y él sintió la atracción golpeándolo como un puñetazo en el pecho. Estaba metido en un buen lío.

Una princesa, por Dios bendito. ¿Había besado a una princesa?

Los vaqueros, las sandalias de cuña, las gafas de sol sobre la cabeza…

Había hecho todo lo posible por pasar desapercibida, pensó, preguntándose por qué. Siendo una princesa, podrían haberle hecho un tour guiado por Disneylandia tratándola como… bueno, como una princesa. En lugar de eso, había pasado el día paseando por el parque como cualquier turista.

Sola.

Esa palabra se repetía en su mente una y otra vez. Olvidando por un momento que le había mentido sobre su identidad… o más bien se la había ocultado, se preguntó dónde estarían sus guardaespaldas. Su séquito.

¿No sabía lo peligroso que era para alguien como ella salir a la calle sin protección? El mundo era un sitio peligroso y ayudar a los locos y los criminales no llevando guardaespaldas era una locura.

¿Por qué lo habría hecho?

Como si hubiera leído sus pensamientos, la sonrisa de Alex se evaporó. Garrett se percató de inmediato y volvió a sonreír como si no pasara nada.

Ella quería mantener su identidad en secreto por alguna razón y hasta que descubriese cuál era esa razón, le llevaría la corriente.

Y hasta que supiera qué estaba pasando, se encargaría de mantenerla a salvo.

Jackson y Casey llevaron a las niñas al coche en el enorme aparcamiento en el que los turistas se movían como zombies buscando sus vehículos.

Garrett se volvió hacia Alex.

–¿Dónde está tu coche?

–No he venido en coche –respondió ella–. No sé conducir, así que he tomado un taxi desde el hotel.

Un taxi, pensó él, sola. Estaba buscándose problemas.

De hecho, era un milagro que hubiera pasado el día entero sin ser reconocida.

–¿Dónde te alojas?

–En Huntington Beach.

–Muy bien, yo te llevaré al hotel.

–No tienes por qué hacerlo –se apresuró a decir ella.

Y Garrett se preguntó si sería amabilidad o una reacción a su cambio de actitud.

La cercanía, la conexión que había entre ellos antes había desaparecido. ¿Pero cómo no iba a ser así? Ella era una princesa y él un hombre normal que no pensaba dejarse llevar por el deseo después de reconocerla.

Era una princesa de verdad. Daba igual que su cuenta corriente pudiera compararse con la de Alex; el dinero no tenía nada que ver con la realeza. Y las dos cosas no tenían por qué llevarse bien.

–Pero es que quiero llevarte. No me cuesta nada.

–Puedo ir sola.

–Seguro que sí, ¿pero por qué vas a esperar un taxi cuando yo estoy aquí?

No pensaba dejarla sola hasta que supiera que estaba a salvo. El bonito rostro de la princesa Alexis había salido en más portadas de revista de las que podía recordar. Los reporteros y fotógrafos la seguían como ratas al flautista de Hamelín. Había tenido la suerte de cara hasta entonces, pero tarde o temprano se le acabaría y cuando así fuera se vería rodeada de gente. Y no todos ellos de fiar.

De modo que la llevaría al hotel. Y, una vez allí, pensaría qué debía hacer.

–Bueno, de acuerdo –asintió Alex–. Gracias.

Tuvieron suerte con el tráfico y, veinte minutos después, Garrett paraba el BMW frente a la puerta del hotel. Después de darle las llaves al aparcacoches, tomó a Alex del brazo para llevarla a la puerta, mirando a un lado y a otro discretamente. El vestíbulo era muy elegante, pero estaba casi vacío. Había árboles de verdad en el interior, colocados en gigantescos tiestos de terracota, un suelo de mármol que brillaba bajo las lámparas y cuadros en las paredes pintadas de color beis.

Dos de los empleados de recepción estaban ocupados metiendo datos en los ordenadores y un cliente le hacía preguntas a un tercero mientras una pareja mayor salía de uno de los ascensores. Todo parecía absolutamente normal, pero como Garrett sabía muy bien, las cosas podían cambiar en un instante. Una situación normal podía convertirse en una pesadilla en un segundo.

Alex no parecía darse cuenta de lo tenso que estaba mientras iban hacia los ascensores.

–Es este –le dijo, usando una tarjeta magnética para activarlo.

Mientras esperaban, Garrett volvió a mirar alrededor y notó que nadie se había fijado en ellos. Mejor. Aparentemente, la identidad de Alex también era un secreto allí, de modo que no se sentía tan ridículo por no haberla reconocido.

Pero, en su propia defensa, uno no solía ver a una princesa en vaqueros tomando un taxi para ir a Disneylandia.

Se alojaba en la suite real, por supuesto, y Garrett se alegró al ver que solo ella podía usar ese ascensor. Al menos, contaba con cierta protección. Y no se refería a los empleados del hotel. Él sabía lo fácil que era sobornar a los empleados de un hotel. Por una cantidad de dinero, había gente capaz de vender su alma al diablo.

Las puertas del ascensor se abrieron frente a un vestíbulo de mármol en el que había una sola puerta. Garrett esperó a que Alex abriese con su tarjeta y luego, antes de que ella pudiese decir nada, se coló en la suite para comprobar que no había nadie esperándola.

Era un sitio elegantemente decorado, con sofás de color azul medianoche, una chimenea que ocupaba gran parte de una pared y una terraza que ofrecía una estupenda panorámica del puerto.

Garrett se acercó al dormitorio para mirar discretamente bajo la cama y en el cuarto de baño antes de volver al salón.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó ella, tirando la tarjeta magnética

sobre una mesa.

–Comprobar que no hay nadie –respondió Garrett, como si solo fuera un gesto caballeroso. Pero Alex no era tonta y empezó a mirarlo con cierto recelo.

Tenía la nariz quemada por el sol, el cabello despeinado y… y él pensó que estaba para comérsela, pero se dijo a sí mismo que debía calmarse. Sabía quién era y ya no habría más besos ni más fantasías.

Alex no estaba a su alcance. La deseaba, desde luego. Y mucho. Pero no pensaba crear un incidente diplomático.

Había conocido a su padre y sabía que el rey de Cadria no era el tipo de hombre que se tomaría a la ligera que un plebeyo se acercase a la princesa. Y Garrett no quería problemas. Sí, Alex era preciosa, sexy, divertida e inteligente, pero su corona era un obstáculo insalvable. Y, además de todo eso, estaba allí sola, sin protección.

Garrett estaba entrenado para pensar más en la seguridad que en sus propios deseos y mezclar ambas cosas no podía dar buen resultado.

–Te lo agradezco, pero estoy bien. Es un hotel de lujo y tienen un buen sistema de seguridad.

Él no estaba tan seguro de eso, pero lo comprobaría.

Cierto, era un hotel de cinco estrellas y normalmente eso significaba que los clientes estaban seguros, pero como él había descubierto de la peor manera posible, todo el mundo cometía errores.

–Gracias otra vez.

–No tienes que darme las gracias.

Garrett tragó saliva. Quería abrazarla y besarla hasta que los dos se quedasen sin aliento. Aún tenía en su boca el sabor de sus labios y sabía que no podría olvidarlo. Estaba excitado, pero tenía que controlarse.

–Lo he pasado muy bien –dijo Alex, sonriendo–. En realidad, lo he pasado mejor que nunca. Disneylandia ha sido todo lo que había imaginado que sería.

Ese comentario lo pilló por sorpresa.

–¿Habías imaginado que pasarías el día con una niña de cinco años que no dejaba de parlotear?

–Había imaginado que pasaría el día con amigos y que encontraría a alguien que… –Alex no terminó la frase.

Mejor, pensó Garrett. Él era un experto en seguridad, pero también era un hombre. Y saber que Alex sentía lo mismo que él sería más de lo que hubiera podido soportar.

Si no salía pronto de allí, podría olvidar sus principios y su buen juicio…

–Bueno, será mejor que me vaya –murmuró, dirigiéndose a la puerta mientras aún podía hacerlo.

–¿Estás seguro? –Alex señaló el bar–. Tal vez podrías tomar una copa antes de irte. O podríamos llamar al servicio de habitaciones…

No se lo estaba poniendo fácil, pensó él. Sería tan fácil quedarse allí, besarla de nuevo, sentir cómo su cuerpo respondía a sus caricias y olvidarse de quién era.

–No, gracias. Quizá en otra ocasión.

–Sí, claro –asintió ella, sin poder disimular su decepción.

Y después de un día entero viéndola sonreír, Garrett no podía soportar verla triste.

–¿Qué tal si desayunamos juntos? –se oyó decir a sí mismo.

Alex volvió a sonreír y el corazón de Garrett empezó a latir con una fuerza inusitada. Garrett King, el maestro de los errores.

–Eso me gustaría mucho.

–Entonces, nos veremos mañana. Vendré a buscarte a las diez –asintió él antes de salir de la suite.

Permaneció inmóvil en el ascensor, intentando no pensar en lo que acababa de hacer. Pero tenía que pensar en ello, encontrar la forma de solucionar la situación.

Sí, deseaba a Alex, pero su código de comportamiento exigía que protegiese a la princesa, no que se acostase con ella.

Cuando llegó al vestíbulo y las puertas del ascensor se abrieron, se dijo a sí mismo que tal vez podía hacer las dos cosas.

La cuestión era si debía hacerlo.

Capítulo Tres

–¿Lo has pasado bien con Mickey Mouse?

–Qué gracioso –Garrett se dejó caer sobre su sillón de cuero favorito y puso los pies sobre el reposapiés. Con el móvil en una mano y una botella de cerveza bien fría en la otra, escuchó la risa de su hermano mellizo.

–Lo siento –dijo Griff– pero me he estado riendo todo el día imaginándote en Disneylandia. Todo el día. Sigo sin creer que Jackson te haya convencido para que fueras.

–No fue Jackson, fue Casey.

–Ah, bueno, entonces es diferente –Griffin suspiró–. ¿Qué tienen las mujeres? ¿Cómo consiguen que hagamos cosas que jamás haríamos?

–No tengo ni idea –respondió Garrett, pensando en los preciosos ojos de Alex, en sus labios…

–¿Entonces ha sido horrible?

–¿Qué?

–Te juro que cuando fui a Knott's Berry Farm el verano pasado, Mia me dejó agotado. Esa niña es como Terminator.

–Buena descripción –asintió Garrett, riendo–. Y hoy estaba como loca. Solo se ha sentado en las atracciones.

–Pobre, debe haber sido espantoso –dijo Griffin, compasivo.

–Lo hubiera sido.

–¿Qué quieres decir?

Garrett respiró profundamente, preguntándose si debía contárselo. Pero enseguida decidió hacerle caso a su instinto. Estaba dispuesto a mantener el

secreto de Alex por el momento, pero no iba a engañar a su hermano.

Griffin y él no solo eran mellizos sino socios en la empresa de seguridad que habían levantado juntos y lo sabían todo el uno sobre el otro.

Garrett miró alrededor. Su dúplex no era demasiado grande, pero para él era perfecto. Había intentado vivir en hoteles durante un tiempo, como su primo Rafe antes de conocer a su mujer, pero los hoteles eran demasiado impersonales. Y en las raras ocasiones en las que no estaba viajando por todo el mundo, quería tener un sitio que fuera suyo. Algo familiar a lo que volver.

No estaba allí el tiempo suficiente como para tener una casa con la que no sabría qué hacer y, además, no le gustaba la idea de dejarla vacante durante semanas. Pero aquel dúplex era un sitio del que podía salir y entrar continuamente, sabiendo que la comunidad se encargaba de cuidar la propiedad.

No tenía muchos muebles, pero en cuanto entraba allí sentía que los problemas y las preocupaciones se quedaban en la puerta. Tal vez era por el mar, que podía ver desde el balcón. Tal vez saber que aquel era su sitio, uno que nadie podría quitarle.

En cualquier caso, durante los últimos dos años aquel dúplex había sido su hogar.

El estudio en el que estaba sentado en ese momento era una habitación masculina, desde las paredes forradas de madera a los muebles de cuero o la chimenea de piedra. Había montones de estanterías llenas de novelas clásicas y varios regalos de sus agradecidos clientes…

Y podía sentarse en el balcón para mirar el mar, como seguramente haría Alex en el hotel.

Alex.

Qué curioso que su cerebro volviese a ella todo el tiempo.

–¿Garrett? ¿Sigues aquí?

–Sí, estoy aquí.

–Entonces, habla. ¿Que está pasando?

–He conocido a una mujer.

–¡Que alguien llame a los medios de comunicación! –exclamó Griffin, soltando una risotada que hizo que Garrett se apartase el móvil de la oreja–. Ya era hora, hermano. Llevo meses diciéndote que debías relajarte un poco. ¿Cómo es?

–Créeme si te digo que desafía cualquier descripción.

–Ya, claro. Has conocido a una diosa en Disneylandia.

–No es una diosa exactamente.

–¿Qué quieres decir?

–Es una princesa.

–Oh, no –Griffin suspiró dramáticamente–. No te habrás liado con una de esas niñas ricas tan estiradas, ¿verdad?

Garrett frunció el ceño.

–No, es una princesa.

–No te entiendo. ¿Estás hablando de una princesa de verdad, con corona y todo?

–Sí.

–¿Pero cómo…?

–¿Recuerdas el trabajo que hicimos para el rey de Cadria hace unos años?

Al otro lado de la línea se hizo un silencio.

–Sí, claro que me acuerdo. Habían organizado una exposición con las joyas de la corona y nosotros nos encargamos de la seguridad del evento. Buen trabajo, por cierto.

–¿Te acuerdas de su hija?

–Sí, la recuerdo. Nunca hablé con ella, pero la vi a lo lejos un par de veces y era… –de nuevo, Griffin volvió a quedarse en silencio–. ¿Me estás tomando el pelo?

Garrett también la había visto de lejos, pero cuando estaba trabajando no se concentraba en nada más y cuando terminaron, su hermano y él volvieron a Estados Unidos.

Como el pequeño reino estaba en la costa de Inglaterra, Griffin y él habían ido a Irlanda para visitar a su primo Jefferson y su familia. Y no había vuelto a pensar en la princesa.

Hasta aquel día.

–No te estoy tomando el pelo. La princesa Alexis estaba en Disneylandia.

–No he visto nada en las noticias.

–Y no lo verás –Garrett tomó un trago de cerveza. Aún estaba excitado y tenía la impresión de que esa noche no iba a pegar ojo–. Ha venido de incógnito a Estados Unidos. Nos dijo que su nombre era Alex, nada más.

–¿No llevaba gente de seguridad?

–No, que yo haya visto.

Griffin dejó escapar un suspiro.

–Esto no me gusta, hermano.

–¿No me digas? –Garrett sacudió la cabeza.

Alex estaba sola en el hotel y él era el único que lo sabía. Estaba seguro de que su familia no le habría permitido viajar a Estados Unidos sin vigilancia, de modo que debía haberse escapado. Y podría pasarle cualquier cosa.

–¿Qué vas a hacer al respecto? –le preguntó su hermano.

Garrett miró el reloj de pared.

–Voy a esperar un par de horas y luego voy a llamar a su padre.

Griffin soltó una carcajada.

–Ya, claro, tan sencillo como levantar el teléfono y hablar con el palacio de Cadria: «Hola, majestad, soy el señor King y quería charlar un rato con usted».

Él puso los ojos en blanco.

–¿Por qué te lo habré contado?

–Porque soy tu mellizo, el que tiene cerebro.

–Ah, eso explica que yo sea el guapo –bromeó Garrett.

–Ya te gustaría.

Era un viejo juego entre ellos. Como eran mellizos idénticos, ninguno de los dos tenía nada que perder con esos insultos.

Griffin era la única persona con la que Garrett podía contar para todo y en cualquier momento. Había otros cuatro hermanos King y todos se llevaban bien, pero ser mellizos los había apartado un poco del resto. De niños eran un equipo y había seguido siendo así cuando se hicieron adultos. Jugaban juntos, aprendieron a conducir juntos y salían juntos con chicas. Y seguían cuidando el uno del otro.

Para los King no había nada más importante que la familia. Eso era lo primero, siempre.

Por fin, Griffin dejó de reír y le preguntó:

–En serio, ¿qué vas a hacer?

–Lo que he dicho: llamar a su padre. Nos dieron su número privado, ¿recuerdas?

–Ah, es verdad.

–Primero, quiero averiguar si sabe dónde está su hija.

–¿Crees que se ha escapado?

–Creo que está haciendo todo lo posible para no ser reconocida, de modo que sí –Garrett recordó los sencillos pantalones vaqueros, la blusa blanca, las sandalias de plataforma y el cabello despeinado. No, no era así como la gente esperaba que vistiese una princesa.

–No me sorprendería saber que soy el único que conoce su paradero –siguió Garrett–. En fin, le diré a su padre que está bien y le preguntaré cómo quiere que maneje esta situación.

–¿Y cómo quieres manejarla tú? –le preguntó Griffin.

Garrett no dijo una palabra y eso respondió a la pregunta de su hermano de manera más que elocuente.

¿Qué podía decir, que no quería manejar la situación sino a Alex? Sí, eso estaría bien.

–Debe ser una chica impresionante.

–Lo es. Pero necesita protección, eso es lo más importante.

Los recuerdos flotaban a su alrededor como una nube de mosquitos, pesados, insistentes. No podía apartarlos; nunca había sido capaz de quitárselos de en medio. Y así era como tenía que ser. Había cometido un error y alguien había pagado con su vida. Nunca debería olvidarlo.

–Tienes que olvidarte del pasado –dijo Griffin.

Garrett tomó un trago de cerveza. Como mellizos que eran, siempre habían sabido lo que pensaba el otro. No eran capaces de leer el pensamiento, afortunadamente, pero sí notaban el estado de ánimo. Y, evidentemente, el radar de su hermano estaba alerta en ese momento.

–¿Quién está hablando del pasado?

Garrett se dijo a sí mismo que la situación de Alex no tenía nada que ver con lo que pasó tantos años antes y él haría todo lo que estuviera en su mano para que siguiera siendo así.

–Muy bien, sigue torturándote a ti mismo por algo que tú no hiciste.

–No quiero hablar de eso.

–Como quieras. Siempre has sido un cabezota.

–Hola, sartén, soy el cazo.

–Oye –se quejó Griffin–. Que yo soy el gracioso.

–Ah, vaya, ¿en qué estaría yo pensando? –Garrett sonrió para sí mismo.

–Bueno, cuéntame qué pasa con la princesa. Y si me necesitas para algo, llámame.

–Lo haré –le prometió él, aunque no pensaba llamarlo.

Le confiaría la vida a su hermano, pero aquello era algo que iba a hacer solo. La única manera de garantizar que Alex estaba a salvo era cuidar de ella personalmente.

Alex no podía dormir. Cada vez que cerraba los ojos, su mente conjuraba imágenes del día que había pasado en Disneylandia. Sobre todo,

imágenes de Garrett riendo, bromeando con sus sobrinas, llevando a la pequeña en brazos… imágenes de él inclinándose para besarla.

Ay, ese beso había sido… demasiado corto, pero maravilloso. Aún podía notar el ruido del agua golpeando el casco del barco y escuchar las canciones de los piratas… hasta sentir el viento en la cara.

Aún podía sentir los labios de Garrett sobre los suyos.

Había sido mágico, pensó.

Alex tomó una taza de té del carrito del servicio de habitaciones y salió a la terraza de la suite para respirar la brisa del mar. La luna bailaba sobre la superficie del agua, dejando un rastro de plata. En medio de la noche, todo estaba tranquilo, como si el mundo entero estuviera soñando.

Y si pudiera dormir, Alex sabía que Garrett aparecería en sus sueños.

Debería sentirse culpable por haberse marchado de Cadria como lo había hecho, pero no era así. Tal vez porque llevaba años haciendo lo que se esperaba de ella. Había sido una hija modelo, una hermana cariñosa, una princesa perfecta. Siempre estaba en el sitio adecuado en el momento preciso, diciendo lo que debía decir.

Adoraba a su padre, pero el pobre era prácticamente medieval. Si no fuera por la influencia de su madre, el rey Gregory de Cadria probablemente haría que le pusieran un cinturón de castidad y la encerrasen en la torre. Hasta que hubiese encontrado al marido adecuado para ella, claro.

Alex había tenido que luchar con uñas y dientes para conseguir cierta independencia en los últimos años. No quería ser vista solo en ocasiones oficiales para bautizar un nuevo barco o un parque temático. Ella quería algo más de la vida. Tenía veintiocho años y quería servir para algo.

Y si para eso tenía que escaparse de casa, que así fuera.

Solo esperaba que su padre la perdonase con el tiempo. Tal vez algún día entendería lo importante que era su independencia para ella.

Nada había sido nunca suyo. Los empleados del palacio decidían lo que debía hacer y cuándo debía hacerlo…

Incluso su trabajo con madres necesitadas en la capital de Cadria había sido manipulado por el departamento de prensa de palacio. La hacían parecer una santa que ayudaba a los más desafortunados y eso la enfurecía.

Durante toda su vida había cumplido con su deber como princesa de Cadria, pero el sentido del deber estaba ahogándola.

Sacudiendo la cabeza, intentó apartar de sí esos pensamientos porque sabía que sonaba absurdo. La pobre niña rica, qué vida tan dura. Pero ser

una princesa era sofocante, como había intentado explicarle antes a Mia.

Mia.

Alexis sonrió para sí misma a pesar de todo. Había pasado uno de los mejores días de su vida con esa niña y su familia. En el palacio, sentía como si la vida se le escapara de las manos. No había sorpresas, ningún día de pura felicidad, ningún romance de verdad…

Aunque había anhelado eso durante toda su vida.

Su madre decía que había algo especial en Disneylandia, que la alegría de la que estaba imbuido ese parque de atracciones lo hacía más encantador que cualquier otro.

La madre de Alex tenía diecinueve años y trabajaba en una de las tiendas de regalos de Disneylandia cuando conoció al futuro rey de Cadria. Por supuesto, su madre no sabía entonces que el apuesto joven que flirteaba con ella era un príncipe.

Se había enamorado de sus amables ojos y su serena sonrisa, pero él había mantenido en secreto su título hasta que ella estuvo locamente enamorada… y ese, siempre había pensado Alexis, había sido el secreto de su éxito.

Y su sueño. Alex soñaba con conocer a un hombre que no supiera su identidad, alguien que la quisiera por ella misma, no por quién era su padre.

Aquel día, pensó, podría haberlo encontrado. Y en el mismo sitio donde su madre había encontrado al hombre que cambió su vida.

–No puedo sentirme culpable porque ha merecido la pena –murmuró para sí misma.

Pensó entonces en su familia, que sin duda estaría preocupada por ella. Su padre se habría vuelto loco, su madre intentaría calmarlo y sus hermanos mayores se debatirían entre la exasperación y el orgullo por lo que había logrado hacer su hermana pequeña.

Los llamaría en un par de días para decirles que estaba bien, pero hasta entonces sencillamente iba a pasarlo bien. Por primera vez en su vida era como cualquier otra mujer. No había nadie que le dijera cómo debía vestirse, cómo debía hablar. Nadie que le presentase la agenda del día. Estaba sola y no tenía que darle explicaciones a nadie.

Ser libre era una sensación exquisita.

Aun así, no podía creer que se hubiera salido con la suya. Escapar de sus guardias de seguridad, que debían haber recibido una severa reprimenda por parte del rey, disfrazarse, comprar un billete de avión y salir de Cadria sin que nadie la reconociera…

Su padre estaría furioso, pero en realidad todo aquello era culpa suya. Si no hubiera empezado a decir que debía sentar la cabeza y encontrar un marido apropiado para cumplir con sus obligaciones reales tal vez no habría tenido que salir huyendo.

Su padre no era un ogro. En realidad, era un buen hombre que, a pesar de haberse casado con una mujer estadounidense que tenía sus propias ideas y era tan testaruda como él, no podía entender que su hija necesitaba encontrar su propio camino.

Y eso significaba que iba a aprovechar la suerte de haber conocido a Garrett…

Alex frunció el ceño. Ni siquiera sabía su apellido, pero los apellidos no tenían tanta importancia. Lo único que importaba era que las historias que su madre le había contado fueran ciertas.

–Mamá, tenías razón –murmuró, tomando la taza con las dos manos–. Disneylandia es un sitio especial, lleno de magia. Y creo que yo he encontrado también mi propia magia.

Garrett había pedido a la dirección del hotel que lo dejasen utilizar el ascensor que llevaba a la suite y, afortunadamente, su petición fue atendida.

Le escocían los ojos por falta de sueño y estaba tenso, alerta.

Y deseando ver a Alex de nuevo.

Una estupidez y él lo sabía. Era peligroso dejar que el deseo por ella lo cegase. Alex era una princesa y él era, a partir de aquel momento, su guardaespaldas.

Garrett vio su imagen reflejada en el espejo del ascensor e hizo una mueca. Debería haber imaginado lo que pasaría cuando le contase al rey de Cadria que su hija estaba allí sin protección. Que lo hubiera sorprendido la petición solo demostraba que no estaba pensando con claridad.

En los segundos que duró el viaje hasta la suite, Garrett recordó su conversación con el rey…

–¿Mi hija está en California?

Probablemente podría haber oído el grito del rey sin necesidad de teléfono.

Pero eso respondía a su primera pregunta. Estaba en lo cierto, el rey de Cadria no sabía dónde estaba su hija.

–¿Está a salvo?

–Sí –respondió Garrett, su opinión sobre el rey subiendo varios enteros. Estaba enfadado, pero sobre todo preocupado por la seguridad de su hija–.

Está a salvo, pero sola. Y no me siento cómodo sabiendo que no lleva protección.

–Tampoco yo, señor King.

–Garrett, por favor.

–Ah, muy bien, disculpa un segundo… –Garrett escuchó una voz femenina a su lado–. Sí, sí, se lo preguntaré, Teresa. Perdone, señor King… Garrett. Es que mi esposa está muy preocupada por Alexis, como es natural.

–Lo comprendo.

–Mi esposa quiere saber cómo has encontrado a nuestra hija.

–Curiosamente, estaba con mi familia en Disneylandia –respondió Garrett, aún incrédulo. Que precisamente él se encontrase con una princesa que había escapado de su palacio en el famoso parque de atracciones era increíble.

No tenía sentido contarle al rey que había acudido al rescate de Alex cuando un pesado la molestaba. Y tampoco iba a mencionar el beso que le había robado en la oscuridad del barco pirata.

–¡Lo sabía! –gritó el rey–. Teresa, esto es culpa tuya por llenarle la cabeza de ideas románticas…

Mientras escuchaba la discusión entre los monarcas de Cadria, Garrett pensó que la gente era igual en todas partes. Se tratase de un rey o de un albañil, la gente reía, se peleaba, lloraba. Y, aparentemente, el rey de Cadria, como cualquier otro hombre, no sabía cómo lidiar con las mujeres. Entonces escuchó una voz femenina, la de la reina evidentemente, y sonrió al ver que no se dejaba amedrentar por su marido.

–¿Garrett?

–¿Sí, señora?

–¿Alexis está bien?

–Sí, está perfectamente. La he llevado a su hotel hace unas horas.

–Ah, menos mal. ¿Y dices que os conocisteis en Disneylandia?

–Eso es.

Más para sí misma que para Garrett, la reina murmuró:

–Alexis siempre había soñado con visitar Disneylandia. Debería haber imaginado que iría allí, pero…

Una princesa soñando con ir a Disneylandia. Bueno, otras chicas soñaban con ser princesas, de modo que seguramente era lógico. Pero Garrett había notado la preocupación en el tono de sus padres y se preguntó si Alex se daría cuenta de lo mal que lo estaban pasando.

–Gracias otra vez por cuidar de mi hija –dijo la reina–. Espera un momento, mi marido quiere hablar contigo.

Garrett sonrió para sí mismo, imaginando la pelea por el teléfono en un palacio a miles de kilómetros de allí. Cuando el rey volvió a ponerse al aparato, su tono era más calmado.

–Sí, cariño, tienes razón… ¿Garrett?

–¿Sí, señor?

–Quiero contratarte para que protejas a mi hija.

Aquello no era lo que había esperado. Él no quería ser su guardaespaldas.

–No creo que sea buena idea…

–¿Por qué no? Te pagaremos lo que nos digas. Mi esposa cree que Alexis necesita estar sola unos días, de modo que no puedo obligarla a volver a casa, pero tampoco quiero arriesgar su seguridad.

La realidad era que Alex estaba en peligro, por eso había llamado al palacio de Cadria, pero él no quería encargarse personalmente de protegerla.

–Estoy de acuerdo en que la princesa necesita un guardaespaldas, pero…

–Estupendo –lo interrumpió el rey–. Entonces, nos mantendrás informados sobre lo que hace.

Garrett hizo una mueca. Eso no era proteger, era ser un informador.

–No estoy interesado en hacer de espía, Majestad.

–No te estoy pidiendo que la espíes. Solo quiero que protejas a mi hija y me envíes un informe de sus movimientos… ¿qué, Teresa? –Garrett escuchó susurros durante la pausa–. Muy bien, eso es espiar, de acuerdo. ¿Podrías observar lo que hace sin enviarnos un informe?

A Garrett seguía sin gustarle.

–No lo sé…

–Mi hija quiere estar sola durante unos días, pero ha logrado zafarse de todos sus guardias y te agradeceríamos mucho que cuidases de ella.

Y por eso había aceptado.

Garrett volvió al presente, frunciendo el ceño al mirarse en el espejo del ascensor. Tenía la impresión de que aquello no iba a terminar bien.

¿Pero qué otra cosa podía hacer? ¿Decirle al rey de Cadria que no quería proteger a su hija?

Por razones obvias, el rey quería que la presencia de Alex en Estados Unidos siguiera siendo un secreto, pero Garrett sabía que estaba allí sola y

era un especialista en seguridad… ¿cómo no iba a aceptar el encargo? Si hubiera dicho que no y algo le hubiese ocurrido a Alex no podría soportarlo.

Apretando los labios, admitió en silencio que ya tenía una chica muerta en su conciencia y no podría sobrevivir a otra.

Capítulo Cuatro

Al escuchar el golpecito en la puerta, Alex se apresuró a abrir y, al ver a Garrett, volvió a sentir la emoción que había sentido el día anterior.

Era tan alto, con los hombros anchos, las caderas estrechas. Llevaba un pantalón vaquero negro, un polo verde oscuro de manga corta que dejaba al descubierto unos bíceps impresionantes y unos antebrazos fuertes…

Sus gastadas botas de motero le daban un aire de chico malo y sus facciones marcadas resultaban increíblemente atractivas. Sus ojos azules brillaban como un cielo de verano y la boca con la que había soñado esa noche esbozaba una sonrisa que le aceleró el corazón.

–Estoy impresionado.

–¿Por qué?

–Porque ya estás lista –respondió Garrett–. ¿No vas a hacerme esperar en el salón mientras te peinas, te maquillas o cambias de opinión sobre la ropa que llevas?

–No.

–¿No quieres hacer una entrada espectacular?

Alex enarcó una ceja. Garrett no tenía por qué saberlo, pero ella estaba acostumbrada a ser absolutamente puntual. El rey de Cadria jamás hacía esperar a nadie y esperaba lo mismo de los miembros de su familia.

–Ese es un comentario muy sexista.

–No pretendía ser sexista, más bien agradecido –dijo él, entrando en el salón de la suite–. Es insoportable tener que esperar que una mujer termine de arreglarse. Aunque por ti hubiese merecido la pena.

Alex sonrió. Era un cumplido sencillo, nada que ver con los comentarios artificiosos y seguramente falsos a los que estaba acostumbrada. Y en cuanto a entradas espectaculares, ya tenía suficientes en casa. La gente se levantaba cada vez que entraba en una habitación o se apelotonaban para estrechar su mano o hacerse una fotografía. Siempre había una banda de música cuando participaba en un evento oficial…

Y ninguna de esas experiencias le había dado el placer que encontraba en la reacción de Garrett.

Alex sacudió la melena y tiró de la manga corta de la blusa roja, que había combinado con un pantalón blanco y zapatos de tacón rojo que le daban diez centímetros más de estatura. Ya casi podía mirar a Garrett a los ojos…

Y el brillo de esos ojos azules la hacía sentir escalofríos.

Curiosamente, había estado despierta la mitad de la noche, pero nunca se había sentido más alerta. Más… viva.

Debería haber hecho aquello años antes, pensó. Viajar de incógnito, conocer gente que no supiera su identidad. Pero debía admitir, aunque solo fuera para sí misma, que la verdadera razón de que se sintiera tan feliz no eran sus pequeñas vacaciones. Era Garrett.

Nunca había conocido a un hombre como él. Guapísimo, sí, pero era mucho más que eso. Su risa, su amabilidad con sus sobrinas, el hecho de que la hubiese rescatado sin conocerla. Y que llevase unos vaqueros negros que le quedaban tan bien ayudaba mucho.

Alex lo observó mientras él miraba alrededor, como si esperase encontrar a alguien escondido bajo el sofá.

Frunciendo el ceño, se dio cuenta de que había visto otras veces esa mirada de concentración, desde los guardias de palacio a sus guardaespaldas personales… parecía un hombre con una misión, como si fuera su deber mantenerla a salvo.

Y, de repente, empezó a tener dudas.

¿Sería posible que le hubiesen tendido una trampa, que su encuentro con él no hubiera sido accidental? ¿Su padre habría descubierto su paradero y enviado a Garrett a vigilarla?

Pero enseguida se dijo a sí misma que era imposible. Garrett estaba en Disneylandia con su familia, de modo que el encuentro había sido una casualidad. Estaba proyectando sus preocupaciones en él sin ninguna razón.

Ella estaba tan acostumbrada a alojarse en hoteles de cinco estrellas como aquel que olvidaba que no todo el mundo podía permitírselo. De

modo que esperó a que Garrett saciase su curiosidad.

–Bueno, ¿desayunamos?

–Sí, claro, estoy muerta de hambre.

La sonrisa de Garrett hizo que se le doblasen las rodillas. La presencia de aquel hombre era abrumadora.

–Otra cosa que me gusta de ti, Alex, que admites tener hambre.

–A ver si lo adivino: las mujeres con las que salen no comen.

Garrett se encogió de hombros, como si las mujeres de su vida no fuesen nada importante, cosa de la que Alex se alegraba.

–Digamos que las mujeres a las que conozco consideran que morder un trozo de lechuga es comer.

Ella soltó una carcajada.

–Yo también conozco a algunas mujeres así. Y a algunos hombres –le dijo, tomando su bolso de una silla–. Nunca he podido entenderlo. A mí me encanta comer.

–Me alegra saberlo –dijo él, esbozando una sonrisa.

¿Cómo iba a controlar su enfebrecida imaginación si cada sonrisa, cada miraba, despertaban en ella un incendio?

Aquellas vacaciones se volvían más interesantes por segundos.

Cuando Garrett le tomó la mano para ir al ascensor, Alex disfrutó del calor de su piel, diciéndose a sí misma que debía dejar de darle tantas vueltas y, sencillamente, pasarlo bien.

Desayunaron en una terraza del paseo marítimo en Laguna Beach. A un lado, la acera llena de gente, al otro el océano Pacífico, que se perdía en el horizonte. Las gaviotas sobrevolaban el mar para buscar alimento, los surferos subían a sus tablas para montar las olas y otros nadaban plácidamente o tomaban el sol en la arena. Pero Alex solo se fijaba en ello marginalmente. ¿Cómo podía fijarse en todo aquello cuando apenas podía apartar los ojos de Garrett?

Garrett no se parecía a ningún otro hombre y esa era una de la razones por las que se sentía tan intrigada. Sin embargo, aquella mañana parecía menos relajado y era comprensible. Lo interesante era que le gustaba incluso más en aquel momento.

Había algo en su aspecto informal, en ese aspecto de hombre decidido, que la atraía. No le tenía miedo en absoluto, al contrario, pero le gustaba su aire de autoridad.

Alex rio para sí misma. Qué curioso que le gustase de Garrett lo que tanto la irritaba de su padre.

–¿Quieres compartir la broma? –le preguntó él, su voz ronca era como una caricia.

–No –respondió ella abruptamente.

–Cuando una mujer se ríe para sí misma, un hombre siempre cree que está riéndose de él.

–Lo dudo mucho –dijo Alex, tomando un sorbo de café–. No puedo imaginar que nadie se ría de ti.

–Nunca más de una vez –bromeó Garrett–. Pero a ti no te intimido, ¿verdad?

–Claro que no. ¿Por qué?

–La mayoría de la gente se siente un poco intimidada por mí.

–Yo no soy la mayoría de la gente.

–Eso ya lo sé –asintió él, arrellanándose en la silla–. Bueno, ¿qué te apetece hacer ahora? ¿Quieres ver algo más aparte de Disneylandia?

Alex sonrió. Era maravilloso estar allí, sola, con él. Sin los guardias de palacio vigilándola, sin ayudantes, ministros, padres o hermanos diciéndole lo que tenía que hacer. Se sentía más libre que nunca y no quería desperdiciar un solo momento porque sabía que aquello no podía durar.

Pronto tendría que volver a Cadria. El sentido del deber estaba grabado en su cerebro y solo podría quedarse allí otra semana antes de volver a ser la princesa Alexis.

Al pensar eso, casi le pareció escuchar el ruido de la puerta del palacio al cerrarse; casi podía sentir el peso de la corona sobre su cabeza. Pobre niña rica, pensó, burlona, recordando a Mia soñando con ser una princesa. Si la niña supiera la verdad se daría cuenta de que su vida era mucho mejor.

Alex miró hacia la calle, intentando controlar una oleada de tristeza. Se preguntaba cuántas de las personas de desayunaban, paseaban o nadaban en la playa estarían como ella, de vacaciones y temiendo volver al mundo real.

–¿Alex?

Ella giró la cabeza.

–Perdona, estaba perdida en mis pensamientos.

–¿Por qué has fruncido el ceño?

Era demasiado perceptivo, pensó, advirtiéndose a si misma de que debía esconder mejor sus emociones.

–Estaba pensando que mis vacaciones terminarán tarde o temprano.

–Todo termina tarde o temprano –dijo él–. El truco es evitar que eso te impida disfrutar el momento.

–Sí, tienes razón.

–Suelo tenerla. Pregúntale a cualquiera.

–Eres un poquito insufrible, ¿no?

–Entre otras cosas –asintió él, mirando al mar.

Alex siguió la dirección de su mirada y estuvo a punto de suspirar ante la perfección de lo que tenía delante: parejas paseando por la playa, pájaros sobrevolando el mar, niños haciendo castillos en la arena.

Castillos.

«Mejor no pensar en eso».

–Bueno, ¿entonces no tienes grandes planes para hoy? –le preguntó Garrett.

–No –respondió ella–. Solo quiero ver todo lo que pueda y disfrutar el día.

–Me parece buena idea. ¿Qué tal si exploramos un poco el pueblo y luego damos un paseo en coche por la costa?

Alex dejó escapar otro suspiro, este de alivio. Había pensado que tendría que irse a trabajar, hacer lo que hiciera normalmente cuando no pasaba el rato con una princesa.

–¿De verdad? Eso me encantaría. Si estás seguro de que no tienes que irte…

–Soy todo tuyo –Garrett abrió los brazos, como ofreciéndose a sí mismo.

Y Alex pensaba tomar lo que le ofrecía.

–¿No tienes que trabajar?

–No, me he tomado unos días libres.

–Ah, qué suerte tengo.

La camarera se acercó con la cuenta y Garrett sacó unos billetes de la cartera.

–Por cierto, eso me recuerda que me debes cinco dólares –dijo Alex.

–¿Por qué?

–Ayer hicimos una apuesta y la has perdido.

–Ah, es cierto…

–No tienes que darme los cinco dólares. Solo quería que admitieras que habías perdido. Además, ya me has invitado a desayunar.

–Yo siempre pago mis deudas –dijo él, sacando un billete de la cartera. Pero en lugar de aceptarlo, Alex sacó un bolígrafo del bolso y se lo ofreció–. ¿Qué es esto?

–Fírmalo –dijo ella–. De ese modo, siempre recordaré que gané una apuesta.

–¿Esta es la primera apuesta que ganas?

Nadie más que sus hermanos, y ellos no contaban, hacía apuestas con una princesa porque sería inapropiado.

Alex dejó escapar un suspiro. Tal vez una apuesta era algo sin importancia, pero cuántas cosas se había perdido porque eran inadecuadas para una princesa.

–Es la primera, sí… fuera de mi familia, claro. Y he ganado cinco colares.

–Es verdad –asintió él, tomando el bolígrafo para escribir algo en el billete–. Aquí lo tienes.

Ella leyó lo que había escrito:

–Pagadero de Garrett a Alex. Ah, pero aún no sé tu apellido.

–Tampoco yo conozco el tuyo.

–Sí, bueno, parece un poco raro, ¿no? –Alex miró su firma, fuerte y distintiva. No tenía la menor duda de que un experto diría que Garrett era un hombre seguro de sí mismo, poderoso e incluso un poco arrogante.

–Si tú me dices tu apellido, yo te diré el mío –la desafió él.

¿Decirle su apellido? Alex lo pensó durante un segundo. Wells era un apellido relativamente común y tal vez no pasaría nada. Pero si ponía su nombre delante podría sonarle familiar, de modo que permaneció en silencio.

Lo estaba pasando demasiado bien siendo simplemente Alex como para renunciar a ello. ¿Por qué arriesgarse? ¿Por qué insistir en apellidos cuando no tenían la menor importancia? Después de todo, cuando terminasen sus vacaciones no volverían a verse.

Él seguía mirándola, esperando. Alex no podía leer su expresión y le quería hacerlo. Le encantaría saber lo que estaba pensando sobre eso que había entre ellos… fuera lo que fuera. Si estaba tan intrigado y sorprendido como ella.

–¿Qué tal si nos tratamos solo por el nombre de pila? –sugirió–. Es más divertido de ese modo, ¿no crees?

–Lo que creo es que la diversión aún no ha empezado –respondió él, levantándose y ofreciéndole la mano.

–¿Es una promesa?

–Lo es –respondió Garrett–. Y yo siempre cumplo mis promesas.

Estuvieron un par de horas en Laguna Beach, paseando por sus calles, entrando y saliendo de las tiendas. Había galerías de arte, heladerías, joyerías, tiendas de moda, comediantes que actuaban en las calles,

entreteniendo a la gente por unas monedas, y bancos a la sombra de los árboles donde las parejas mayores se sentaban para descansar.

Alex era asombrosa, pensaba Garrett. No se cansaba, no se aburría y absolutamente todo le llamaba la atención. Era como si quisiera absorber lo que estaba viviendo y él sabía por qué. Pronto volvería al palacio de Cadria y perdería la libertad de la que disfrutaba en ese momento.

Era comprensible que hubiera querido escapar durante unos días. ¿Quién no había querido escapar alguna vez? Él mismo lo había hecho…

Garrett decidió olvidarse de eso. No quería revivir el pasado. No tenía interés en recordar el sentimiento de culpa con el que había convivido durante demasiado tiempo. No ganaba nada haciéndolo. Había aprendido la lección, se decía a sí mismo, y por eso iba a pegarse a Alex como el pegamento.

No tenía nada que ver con lo guapa que estuviera con esa blusa y esos zapatos de tacón vertiginoso. Ni con su alegre sonrisa o el brillo de sus ojos.

Podía decirse a sí mismo lo que quisiera, pero ni él mismo creía sus mentiras.

–Tienes el ceño fruncido –dijo ella, interrumpiendo sus pensamientos.

–¿Qué?

–Que tienes el ceño fruncido. ¿Por qué? ¿Tan fea salgo?

Garrett sacudió la cabeza mientras miraba al artista que le estaba haciendo una caricatura. El tipo tenía un caballete en medio de la calle y una caja de ceras a su lado…

Y Alex parecía viva en la caricatura. Su sonrisa amplia, sus ojos más grandes y brillantes, su largo pelo rubio moviéndose con la brisa.

–¿Y bien?

–A mí me parece estupenda –murmuró Garrett, mirando cómo el artista exageraba el busto de Alex.

–Me encanta dibujar caras, me fascinan. La tuya, por ejemplo –dijo el joven– me resulta familiar, pero con ese acento no puedes ser de aquí.

Garrett vio que Alex palidecía.

–Debo tener una de esas caras que todo el mundo cree conocer –se apresuró a decir ella–. Dicen que todos tenemos un doble en este mundo.

–Sí, pero tú eres diferente. No sé qué es…

–¿Has terminado? –lo interrumpió Garrett.

–¿Eh? –el dibujante debió ver el brillo de advertencia en sus ojos–. Sí, claro, espera que lo firme.

Después de hacerlo, arrancó la hoja del bloc y se la entregó a Alex, que miró la caricatura con una sonrisa en los labios, evidentemente contenta con el resultado. De hecho, estaba tan transfigurada por el dibujo que no se dio cuenta de que el joven abría los ojos como platos.

Por fin había recordado dónde había visto su cara. Pero él le hizo un gesto de advertencia y el tipo lo entendió de inmediato.

Mientras Alex estaba distraída mirando la caricatura, él sacó un montón de billetes de la cartera para que mantuviese la boca cerrada.

–Gracias –dijo Alex–. Es estupenda… y ya sé dónde voy a colgarla cuando llegue a casa.

–¿Ah, sí? –el dibujante sonrió, seguramente pensando que era un honor que una caricatura suya se colgase en un palacio–. Me alegro mucho de que le guste… señorita.

–¿Cuánto le debo?

–Nada, ya le he pagado yo –se apresuró a decir Garrett, poniendo un brazo sobre sus hombros para llevarla hacia el aparcamiento donde habían dejado el coche. Sería mejor alejarse de allí antes de que el tipo empezase a contar que había retratado a la princesa de Cadria.

–No tenías por qué pagarla tú. Te lo agradezco, pero no era necesario.

–Lo sé, pero quería hacerlo.

–Bueno, pues me encanta –Alex estudió el divertido retrato–. Cada vez que lo mire recordaré este día y lo bien que lo he pasado. Me acordaré del mar, de los helados, de las olas, de las tiendas… –sin pensar, levantó una mano para tocar la cara de Garrett y él sintió esa caricia hasta en los huesos–. Pero sobre todo, te recordaré a ti.

Y Garrett supo con total certeza que él nunca la olvidaría.

Capítulo Cinco

Decker King parecía más un surfero que un empresario y así era como le gustaba ser.

Garrett sacudió la cabeza mientras veía a su primo con bermudas, sandalias y una camiseta con el emblema Yates de recreo King, flirteando con Alex.

Él podía ser irritante, pero su empresa construía los mejores yates y lanchas de recreo del mundo. Su especialidad eran los clásicos de estilo años cuarenta, hechos de madera. Su primo tenía clientes en todo el mundo, incluso haciendo cola.

–¿Seguro que quieres salir con Garrett? –estaba preguntado Decker, con una sonrisa seductora.

–Sí –lo interrumpió Garrett–. Está absolutamente segura.

Su primo soltó una carcajada.

–La lancha está amarrada en el muelle –anunció, tirándole las llaves–. No te la cargues.

–Lo intentaré.

–Gracias, Decker –dijo Alex, mientras Garrett tomaba su mano.

–De nada. Si te cansas del aburrido de mi primo, llámame.

–Yo no creo que seas aburrido –comentó ella mientras se alejaban hacia el muelle.

–Decker cree que todo el mundo es aburrido menos él. Tiene mucho talento, pero es un engreído.

–Pero dirige un negocio estupendo…

–Por eso digo que tiene talento. Es como uno de esos idiotas sabios…

Alex soltó una carcajada.

–Venga ya, es encantador.

–Las mujeres adoran a Decker –Garrett sonrió–. Y ninguno de sus primos entiende por qué.

–¿Cuántos primos tienes?

–No podría decirte –bromeó él–. Estamos por toda California. Somos como una plaga bíblica.

Ella rio y Garrett dejó que el sonido lo bañase como el agua del mar acariciando la playa.

–Debe ser estupendo tener tantos primos.

–Sí, a veces –admitió él–. Pero también puede ser una lata, te lo aseguro.

Cuando llegaron al muelle, Garrett la ayudó a subir a la elegante motora que los esperaba y, después de soltar amarras, saltó al interior. Las planchas de madera del suelo brillaban como un espejo gracias a varias capas de barniz y a muchas horas de trabajo. Los asientos de cuero rojo eran suaves y el motor, cuando Garrett lo puso en marcha, sonaba como el ronroneo de un felino.

Alex reía, encantada, y Garrett no pudo evitar sonreír como respuesta mientras salían a mar abierto.

–¡Me encanta esta lancha! –gritó Alex–. Es como la de esa película de Indiana Jones.

–Ah, te has dado cuenta –dijo él, aumentando la marcha hasta que la proa apenas tocaba el agua. Cuando estuvieron lejos del muelle, y a salvo, en su opinión, redujo la marcha y el ruido del motor se convirtió en una mera vibración–. Así que te gustan las películas de acción, ¿eh?

–Mucho –respondió Alex, cerrando los ojos para recibir el sol en la cara–. Supongo que es porque tengo tres hermanos. A ellos no les gustan las comedias románticas, así que cuando vemos alguna película siempre tiene que haber muchas explosiones.

–En mi casa pasaba lo mismo –dijo Garrett, recordando las películas violentas que solía ver con su hermano Griffin. Sobre todo, disfrutaban de las películas de policías, con los buenos persiguiendo a los malos y ganando siempre la batalla.

Tal vez era por eso por lo que su hermano mellizo y él habían montado una empresa de seguridad.

–¿Tienes hermanos?

–Cuatro. Y uno de ellos es mi mellizo.

–¡Un mellizo! Yo siempre pensé que sería maravilloso tener una hermana melliza –dijo Alex–. ¿Lo es?

–No sé si es maravilloso… bueno, tal vez, sobre todo cuando éramos niños. Siempre había alguien con quien jugar, alguien que te escuchaba y con quien montar jaleos.

Tener un hermano mellizo era parte de su identidad, pero no había pensado nunca cómo lo verían los demás. Griffin y él siempre estaban juntos, apoyándose el uno al otro, y no podía imaginar que fuese de otra manera.

–¿Hacíais muchas travesuras?

–Muchas, sí –respondió él–. Cuando éramos niños, ser idénticos era divertido. Nos hacíamos pasar el uno por el otro en clase, engañábamos a los profesores e incluso a nuestros padres alguna vez. Y a medida que nos hicimos mayores, la cosa se volvió más creativa.

–¿Sois idénticos? –exclamó Alex.

Garrett negó con la cabeza.

–No, yo soy el guapo.

Ella soltó una carcajada, como había imaginado.

–Debe ser estupendo hacer travesuras.

–¿Tú no las has hecho nunca? –le preguntó Garrett, aunque no podía imaginarla organizando fiestas salvajes en el palacio de Cadria cuando los reyes estuvieran fuera de la cuidad.

–No, bueno… –Alex decidió cambiar de tema–. Decker me ha parecido encantador. ¿Decker King es su verdadero nombre?

–Sí, lo es –asintió Garrett.

Ni siquiera se le había ocurrido pensar que, al saber el apellido de su primo, sabría el suyo. Y que no se le hubiera ocurrido era increíble. Él se ganaba la vida yendo un paso por delante de los demás para que sus clientes siempre estuvieran a salvo. Pero cuando estaba con Alex su cerebro no parecía funcionar como debería. No, era otra parte de su organismo la que parecía estar al mando.

Y resultaba humillante admitir que no era capaz de hacer que la sangre le llegase al cerebro.

–Hace unos barcos preciosos.

–Es verdad –admitió él, relajándose de nuevo cuando Alex no volvió a mencionar el apellido de su primo–. Bueno, tú ya sabes cosas sobre mi familia, háblame un poco de la tuya.

De inmediato, vio un brillo de recelo en sus ojos.

–¿Por qué?

–Por curiosidad –Garrett se encogió de hombros.

Alex seguía mirándolo, como intentando decidir si podía confiar en él o hasta dónde podía contarle.

Pero, por fin, suspiró.

–Ya te he dicho que tengo tres hermanos, todos mayores que yo y muy mandones. De hecho, se parecen mucho a mi padre en ese sentido. Siempre dándome ordenes, diciéndome lo que debo hacer.

–Tal vez solo intentan cuidar de ti –sugirió Garrett, compadeciéndose de ellos porque debía sacarlos de quicio. Después de todo, el propio rey de Cadria le había contado que Alex se había zafado de sus guardias y con sus hermanos debía ser aún peor.

–Tal vez deberían darse cuenta de que puedo cuidar de mí misma –replicó Alex, cruzando los brazos sobre el pecho en un gesto que hizo sonreír a Garrett.

Pero en realidad la entendía. Él no admitiría que nadie le dijese lo que debía hacer. ¿Por qué iba a ser Alex diferente? Aun así, el instinto hacía que se pusiera del lado de sus hermanos y su padre. ¿No estaba él allí protegiéndola precisamente porque no podía soportar la idea de que estuviera sola?

–Los hombres no piensan así. No tiene nada que ver con lo capaz que seas de cuidar de ti misma. Los hombres cuidan de sus familias, al menos los hombres decentes.

–Y nos vuelven locas a nosotras.

–Eso es lo más divertido –bromeó Garrett.

–Eres imposible.

–Entre otras cosas –asintió él.

La había hecho hablar de su familia y, con un poco de suerte, tal vez lograría que admitiese quién era…

¿Y luego qué? ¿Iba a confesarle que ya lo sabía, que su padre le pagaba por protegerla discretamente? Sí, eso le sentaría muy bien, pensó, angustiado. ¿Cómo demonios se había metido en aquel lío?

–Así que tienes tres hermanos mandones. ¿Y tus padres? ¿Cómo son?

Alex miró el mar de nuevo, concentrándose en la espuma blanca de las olas, como buscando las palabras adecuadas.

Por fin, suspirando, respondió:

–Son personas encantadoras y yo los adoro, pero son muy anticuados y

no se dan cuenta de que hay muchas formas de hacer las cosas.

–Ah, entonces son padres normales –dijo Garrett–. Mi padre también era así. Siempre estaba diciéndonos cómo eran las cosas en su época, dándonos consejos sobre lo que debíamos hacer o no hacer.

Alex se apartó el pelo, pero el viento volvió a lanzarlo sobre su cara y él se alegró porque le gustaba aquella melena salvaje.

–Mis padres no entienden que yo quiera hacer algo diferente a lo que han planeado para mí.

Garrett imaginó lo que la pareja real tenía en mente para su única hija y seguro que no era dar un paseo en lancha con un desconocido o tomar helados en Disneylandia.

Sabía lo suficiente sobre la vida de Alexis, la princesa de Cadria, como para deducir que estaba siempre bajo el escrutinio de los periodistas y el público. Los reporteros la seguían a todas partes y el menor error era sacado a la luz, de manera desproporcionada, para ganar dinero. Sus padres sin duda la querían en palacio, a salvo de todos, y Garrett empezaba a entenderlo. Aunque sabía que era injusto.

–Ponme un ejemplo.

–Muy bien –Alex movió los hombros, como preparándose para defender su posición–. Soy voluntaria en un programa que ayuda a las madres con problemas…

Parecía entusiasmada y sus ojos brillaban como el agua del mar. Hablaba con orgullo y pasión de lo que hacía y eso despertaba algo dentro de él…

–Muchas de las mujeres de ese programa sencillamente necesitan que alguien les eche una mano, que las ayude a encontrar trabajo o a cuidar de sus hijos. Hay viudas y divorciadas que están intentando volver a ponerse en pie después de una mala experiencia. Pero hay otras, chicas que dejaron los estudios para tener un hijo y que no tienen herramientas suficientes para salir adelante. Jóvenes que han sido abandonadas o maltratadas y no tienen dónde ir. En el centro ofrecemos cursos de educación elemental y guardería para los niños. Esas chicas llegan preocupadas porque no ven una salida y cuando se marchan están listas para comerse el mundo. En realidad, es asombroso.

–Desde luego que sí –asintió él.

–El programa ha crecido mucho en los últimos años. Hemos conseguido que docenas de mujeres puedan cuidar de sí mismas y de sus hijos. Algunas incluso han vuelto al centro como voluntarias para ayudar a

otras.

–Suena estupendo.

Alex sonrió para sí misma, orgullosa.

–Lo es. Y me encanta olvidarme de mis problemas y hacer algo por los demás.

–Eres muy generosa –dijo Garrett.

Ella se encogió de hombros.

–No, no lo soy. Esas mujeres me han enseñado mucho. Están asustadas y solas, pero son muy valientes… en fin, tomar parte en ese programa es una de las cosas más importantes de mi vida –Alex suspiró–. Pero mis padres no lo ven así. Les parece bien que intente recaudar fondos para asociaciones benéficas, pero no aprueban que trabaje como voluntaria. Ellos quieren que… me dedique al negocio familiar y creen que si hago una cosa no puedo hacer la otra.

–Se equivocan –dijo él, aminorando la marcha hasta que estaban prácticamente flotando en el mar–. Lo que haces es importante. A mi madre le hubiera venido bien un programa como ese.

–¿A tu madre?

Garrett sonrió.

–Mi madre era una de las mujeres más cabezotas del planeta y cuando se quedó embarazada de mi hermano Nathan no se lo contó a mi padre.

–¿Por qué no?

–Según ella, quería estar segura de que mi padre la amaba –Garrett sonrió para sí mismo, recordando a la mujer que había sido el corazón de la familia–. Estaba sola y embarazada, sin trabajo, sin estudios. Consiguió salir adelante sirviendo hamburguesas, pero unas semanas después de que naciera Nathan, mi padre apareció en el restaurante.

–Supongo que estaría enfadado.

–Podríamos decir que sí. Según ella, cuando entró en el restaurante y la llamó a gritos le salía humo de las orejas.

Alex sonrió.

–¿Y qué pasó?

–Mi padre exigió que se casara con él y mi madre le respondió que o compraba una hamburguesa o se apartaba de la cola.

–¿Y qué hizo él?

–Lo que haría cualquier hombre de mi familia –respondió Garrett, pensando en la historia que sus hermanos y él habían escuchado tantas veces–. Exigió ver al propietario y, cuando apareció, le compró el

restaurante.

–¿Le compró el restaurante?

–Eso hizo. Le firmó un cheque allí mismo… ¿y sabes lo primero que hizo como propietario? Despedir a mi madre. Luego la tomó en brazos y la sacó de allí para llevarla a un juez de paz.

Alex suspiró.

–Qué romántico.

–Bueno, más bien era un tipo cabezota y decidido –dijo Garrett, sacudiendo la cabeza–. Los hombres de mi familia saben lo que quieren y no dejan que nada se ponga en su camino. Bueno, salvo mi tío Ben.

–¿Qué le pasa a tu tío Ben?

–Que no se casó con ninguna de las madres de sus hijos.

–¿Y tenía muchos?

–Muchos –asintió él–. Esa rama de la familia aún no sabe cuántos hermanastros puede haber por ahí.

–No sé qué decir –murmuró Alex.

–No te preocupes, a todo el mundo le pasa lo mismo.

–¿Tus padres siguen juntos?

–Lo estuvieron. Lo hacían todo juntos, incluso morir.

Los perdimos hace cinco años en un accidente de coche. Un conductor borracho los mató cuando viajaban por el sur de Francia.

–Vaya, lo siento mucho –Alex le puso una mano en el brazo y, al notar el roce de su piel, fue como si lo hubiera golpeado un rayo. Cuando la miró a los ojos, algo indefinible ocurrió entre ellos. Algo que lo hizo apartarse a toda prisa.

–En realidad, fue una suerte que muriesen juntos. Ninguno de los dos hubiera sido feliz sin el otro.

–Al menos tienes buenos recuerdos de ellos.

–Sí, muy buenos, pero tú eres afortunada por tener a tus padres. Aunque te vuelvan loca.

–Lo sé –asintió ella–. Ojalá pudiese hacerlos entender que… –Alex rio entonces, sin terminar la frase–. Da igual. Estoy desaprovechando un día precioso con mis quejas.

Lo que no había querido decir quedó olvidado cuando oyeron el ruido de un motor. Garrett vio que una lancha se acercaba a toda velocidad y, como si no pasara nada, giró el volante en dirección contraria.

–¿Qué ocurre?

–Nada, solo quiero mantener la distancia de seguridad con esa motora.

–¿Por qué? ¿Qué te preocupa?

–Todo –admitió él.

–Pues no te preocupes –Alex volvió a ponerle una mano en el brazo y Garrett sintió una nueva ola de calor que lo hizo apretar el volante con fuerza.

No se había sentido tan excitado por un mujer en muchos años.

Tal vez nunca.

–¿Que no me preocupe por qué?

Alex lo soltó y, a pesar del calor del sol, Garrett sintió frío.

–Yo he decidido no preocuparme por nada y tú deberías hacer lo mismo.

Eso no iba a pasar. Él se ganaba la vida preocupándose por los peligros que esperaban en cada esquina: posible asesinos, secuestradores. No era fácil olvidarse de ello y no estaba seguro de querer hacerlo.

–¿De qué sueles preocuparte tú?

–De muchas cosas –respondió ella–. Pero, como he dicho, he decidido no preocuparme durante estas vacaciones y tú deberías hacer lo mismo. Esto es maravilloso: el mar, el sol, esta lancha y…

–¿Y?

Alex lo miró.

–Tú.

Garrett tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para contenerse. Sus ojos brillantes, sus generosos labios esbozando una sonrisa y esa blusa que se deslizaba ligeramente por su hombro mostrando demasiada piel lo estaban volviendo loco. En lo único que podía pensar era en bajarla un poquito más…

Estaba matándolo sin darse cuenta siquiera y tuvo que recordarse a sí mismo que cuidar de ella era su obligación.

Estaba trabajando para su padre. Su deber era cuidar de ese fabuloso cuerpo, no disfrutar de él.

Además, si Alex supiera que su padre lo había contratado… probablemente lo tiraría por la borda y luego le pasaría por encima.

Pero saber eso no cambiaba nada. Seguía deseándola más que a nadie.

–Alex…

–He estado pensando –lo interrumpió ella, acercándose un poco más. Sus muslos se rozaban y Garrett sintió el calor de su cuerpo a través de la ropa.

–¿En qué?

–En ese beso.

Garrett apagó el motor de la lancha y el repentino silencio le pareció abrumador. Solo podían oír el golpe de las olas en el casco, el suspiro del viento sobre el océano y los gritos de las gaviotas sobre sus cabezas.

Ese beso.

También él había pensado en el beso, en lo que hubiera hecho de haber estado solos y no rodeados de niños. De hecho, había pasado demasiado tiempo fantaseando con Alex. Tanto que si se movía un centímetro más, si volvía a rozarlo…

–¿Garrett?

Él volvió la cabeza para mirarla y supo inmediatamente que había sido un error. El deseo brillaba en sus ojos; lo reconoció porque a él le pasaba lo mismo. Su cuerpo ardía y no parecía capaz de controlarlo. Además, no quería hacerlo.

Él no había provocado aquello, no lo había esperado. Pero la verdad era que deseaba a Alex tanto que apenas podía respirar.

Aunque no podía tenerla.

Ella era una princesa, él era el responsable de su seguridad.

A él le gustaban los romances de vacaciones, sin ataduras, sin preguntas, sin complicaciones. Pero aquella mujer era una complicación y si empezaba algo con Alex, lo lamentaría.

Todas esas eran buenas razones para apartarse y dirigir la lancha al muelle lo antes posibles. Para dejarla en el hotel y vigilarla a distancia.

Y ni una sola de esas razones podía luchar contra el deseo que sentía por ella.

–No es buena idea –consiguió decir.

–¿Por qué no? –Alex sonrió y el brillo de su sonrisa era cegador. Y cuando se acercó un poco más, Garrett pudo oler el aroma de su champú.

La pregunta reverberaba en su mente. ¿Por qué no?

No podía contarle las razones por las que no debería tocarla… ¿pero qué demonios podía decirle? ¿Que era un monje? ¿Que no la encontraba atractiva? Alex no creería ninguna de esas cosas.

–Hace un día precioso –siguió ella–. Los dos estamos de vacaciones… –de repente, lo miró con gesto preocupado–. A menos que haya alguien más en tu vida.

–Si lo hubiera, no estaría aquí.

–Entonces, Garrett, vuelve a besarme.

Él apretó los dientes en un último esfuerzo para controlar su deseo, o al

menos para ser un profesional. Pero el viento le llevó su aroma de nuevo y supo que estaba perdido. Tal vez había estado perdido desde el momento en que la conoció.

Alexis, la princesa, podría ser fácil de ignorar, pero Alex, la mujer, era otra historia.

–No es buena idea –murmuró, mientras la tomaba por la cintura para sentarla sobre sus rodillas.

–A mí me parece una idea fabulosa.

Sus ojos brillaban, su boca estaba tan cerca que casi podía saborearla y su pelo flotaba con el viento como una nube dorada. No necesitaba que lo animase. Buena idea o no, aquello era inevitable.

De modo que tomó lo que le ofrecía, lo que necesitaba más de lo que querría admitir. Se maldeciría a sí mismo más tarde por haberse rendido. Por el momento, estaba con Alex y no pensaba perder un minuto más.

Capítulo Seis

Cuando se apoderó de su boca, Garrett estuvo a punto de perder la cabeza. El beso que habían compartido en Disneylandia lo había perseguido desde entonces hasta que casi se había convencido a sí mismo de que ningún beso podría comparársele.

Pues estaba equivocado, aquel era mucho mejor.

Conocía los contornos de su boca y sabía cómo su cuerpo se apretaba contra el suyo, incluso el suspiro que exhaló le resultaba familiar.

Alex le echó los brazos al cuello, enredando los dedos en su pelo, y Garrett separó sus labios con la lengua, explorando, sus alientos mezclándose, sus corazones latiendo al mismo ritmo, con un deseo desesperado.

Garrett la tomó por la cintura para sentarla a horcajadas sobre él, la pelvis femenina apretando su dura entrepierna. No era suficiente, pero era un principio.

Alex se movía, tan exigente como él, dando y recibiendo, enredando la lengua con la suya, perdiéndose a sí misma en el calor que parecía envolverlos a los dos.

Él levantó la blusa roja que había estado hipnotizándolo toda la mañana y acarició sus pechos por encima del sujetador de encaje, pasando el pulgar por sus pezones hasta que Alex se apretó contra su mano.

El beso se volvió más hambriento, más desesperado.

Sus gemidos lo inflamaban y el roce de las uñas femeninas en su cuello era como echar gasolina en un incendio.

Era como si todo en su vida lo hubiera preparado para ese momento, como si sus manos siempre hubieran querido tocarla. A ella, solo a ella.

Lo único que deseaba era quitarle los pantalones y las braguitas y enterrarse en ella…

El aire del mar era como una fresca caricia, añadiendo nuevas sensaciones a la mezcla, como si incluso la naturaleza quisiera verlos unidos.

–Me estás matando –murmuró, apartándose un momento para buscar oxígeno.

–No –dijo ella, mientras pasaba la punta de la lengua por su labio inferior–. No estoy interesada en matarte, Garrett.

Él le quitó la blusa y le desabrochó el sujetador, dejando que ambas prendas cayeran sobre cubierta.

Redondos y llenos, con pezones de color rosa oscuro que lo hacían salivar, sus pechos eran aún más bonitos de lo que había imaginado.

–Bésame –murmuró Alex, inclinándose hacia él.

Y Garrett habría tenido que ser Hércules para rechazar esa oferta.

Inclinó la cabeza para tomar primero un pezón y luego el otro con los labios, lamiendo y mordisqueando la delicada piel hasta que la tuvo jadeando de deseo. Por fin, chupó el pezón izquierdo con fuerza mientras apretaba el derecho entre el índice y el pulgar, haciendo círculos con la lengua sobre la aureola…

–Garrett… –susurró ella, sujetando su cabeza como si temiese que fuera a parar.

Pero él no tenía intención de parar. Después de haber cruzado la barrera que los separaba, nada podría evitar que la hiciera suya.

–Me vuelves loco –musitó, tan excitado que le dolía.

Bajó la cremallera del pantalón blanco y apartó a un lado sus braguitas para acariciarla… estaba húmeda y la oyó contener el aliento, esperando el primer roce. Cuando introdujo los dedos, Alex echó la cabeza hacia atrás.

Parecía una diosa pagana.

Sus pechos desnudos al sol, la cara levantada al cielo, el pelo volando con el viento, abierta para él… Garrett pensó que era magnífica y el deseo se convirtió en frenesí.

Sus caricias eran recompensadas por suspiros de placer. Alex se movía con él, facilitándole el acceso, poniendo las manos sobre sus hombros para sujetarse… pero cuando rozó el capullo escondido entre los rubios rizos, notó que daba un respingo.

–Garrett, Garrett… –sonaba a la vez como una súplica y una tentación.

Él siguió acariciándola mientras la oía gemir de gozo, tan excitado que pensó que no podría aguantar un segundo más. Cuando sintió el primer espasmo, la sujetó con una mano por la cintura mientras con la otra la llevaba cada vez más arriba.

–No puedo –susurró ella–. No puedo más…

–Sí puedes –le aseguró él, sintiendo que llegaba al orgasmo.

Alex cayó sobre su pecho y solo entonces abrió los ojos para mirarlo. Solo entonces se inclinó para besarlo con un largo beso cargado de pasión que lo dejó sin aliento.

Nunca en su vida había recibido tanto placer dándole placer a una mujer. Nunca antes había estado dispuesto a olvidarse de sus propias necesidades o sencillamente observar, admirado, cómo una mujer perdía la cabeza entre sus brazos.

El cerebro de Alex no podía procesar tantas sensaciones. Garrett era el centro del universo y ella daba vueltas en su órbita. Aquel momento, aquel beso, el calor de su mano, eran más importante que nada en toda su vida.

Y después de aquel orgasmo, tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para respirar.

Había pensado que sabía lo que era besar a Garrett, pero en realidad no tenía ni idea. Aquello era mucho más de lo que había experimentado nunca y no había manera de estar preparada para lo que iba a sentir cuando sus caricias la encendían como un cielo iluminado por fuegos artificiales.

Alex intentó ordenar sus pensamientos mientras miraba los ojos azules de Garrett, de repente oscurecidos e hipnóticos… pero era una tarea inútil. Su cerebro había dejado de funcionar y lo único que sabía era que lo necesitaba.

Necesitaba sentir el roce de su piel. Aunque seguía temblando por el orgasmo, quería más. Quería sentir su cuerpo unido al de Garrett.

–Ha sido asombroso –susurró–. Pero aún no hemos terminado, ¿verdad?

–No, no hemos terminado –asintió él, antes de darle un beso con el que le prometía mucho mas.

–Gracias a Dios.

Alex estaba intentando quitarle el polo cuando escucharon el ruido de un motor. Era la lancha de antes, dirigiéndose hacia ellos de nuevo.

Inmediatamente, ella se puso el sujetador y la blusa, temiendo que fueran *paparazzi*. La lancha aún estaba demasiado lejos como para que

hubieran podido hacer fotografías… o eso esperaba.

Garrett apretó los labios, exasperado. En unos segundos, había pasado de amante apasionado a guardaespaldas alerta y, después de dejar a Alex sobre su asiento, arrancó de nuevo con tal estruendo que ella tuvo que taparse los oídos.

La otra lancha se acercaba cada vez más, su proa saltando sobre las olas.

–¿Qué pretenden? –gritó Alex.

–No lo sé –respondió Garrett. Estaba tan cerca que podían ver a una pareja en los asientos delanteros y a un niño detrás–. Ese tipo es idiota –murmuró cuando la lancha hizo un brusco giro–. Si no para, alguien va a…

Antes de que pudiese terminar la frase el niño salió despedido de la lancha, pero la motora seguía a toda velocidad. Sus padres no se habían dado cuenta de que habían perdido al niño.

–¡Dios mío! –gritó Alex, moviendo los brazos frenéticamente para llamar la atención de la pareja–. ¡El niño no sale a la superficie!

Garrett apagó el motor y se quitó el polo a toda prisa mientras gritaba:

–¡No te muevas de aquí!

Se lanzó al agua de cabeza y, aterrorizada, Alex lo vio nadar dando poderosas brazadas, dirigiéndose al sitio donde había caído el niño.

Sus padres aún no parecían saber que lo habían perdido y, mientras tanto, ella se sentía inútil. Tenía que hacer algo…

Colocándose tras el volante, Alex arrancó la lancha. Nunca había conducido una motora y sentía pánico. Un movimiento equivocado y podría poner en peligro tanto la vida de Garrett como la del niño. Si pulsaba demasiado el acelerador podría pasarles por encima… y tenía que pensar en el daño que harían las hélices.

Tensa como una cuerda, Alex apretó el volante, luchando contra sus propios miedos mientras mantenía la mirada fija en Garrett, que seguía nadando. ¿Dónde estaba el niño? ¿Por que no salía a la superficie? ¿Y cómo iba a encontrarlo Garrett en un océano interminable?

–¿Lo ves? –le gritó. Garrett negó con la cabeza antes de desaparecer bajo el agua. Alex paró el motor y se levantó, apoyándose en la borda para mirar el mar durante lo que le parecieron horas–. Vamos, Garrett, sal de una vez.

¿Cómo podía contener el aliento durante tanto tiempo? ¿Y qué podía hacer ella? ¿Si saltaba de la lancha complicaría las cosas? ¿Sería una persona más a la que tendría que salvar?

Ella no era una gran nadadora.

Entonces escuchó el rugido de un motor y giró la cabeza. La lancha de los padres del niño se dirigía hacia ellos a toda velocidad y si no paraban…

–¡Pare! –gritó, moviendo los brazos y saltando como una loca, para llamar su atención. ¿Aquellos idiotas no veían que podrían atropellar a Garrett y al niño, al que por fin se habían dado cuenta de que habían perdido?

El conductor de la lancha por fin aminoró la velocidad.

–¡Tommy! –gritó la mujer, cuando el hombre que iba a su lado saltó al agua. Sujetándose a la borda, no parecía ver a Alex, concentrada en mirar el agua.

Y ella sentía lo mismo.

No sabía cuánto tiempo llevaba Garrett bajo el agua. Había perdido la noción del tiempo y no podía pensar, apenas podía respirar. Pero sí podía rezar y esperaba que alguien allá arriba la escuchase.

Aparentemente, así fue.

Garrett sacó la cabeza del agua llevando en brazos a un niño de cinco o seis años… inerme, con los ojos cerrados. Un segundo después, el otro hombre intentó quitárselo de los brazos, pero Garrett se zafó y fue nadando hasta la lancha mientras Alex seguía sus progresos sin apartar la mirada ni un segundo.

–Dios mío, Dios mío –murmuraba la mujer, al borde del colapso–. ¿Respira? ¿Respira?

Garrett dejó al niño sobre la escalerilla de la lancha y echó su cabeza hacia atrás para hacerle la respiración boca a boca.

Garrett repitió el proceso dos veces, echando la cabeza del niño hacia atrás para insuflarle aire… y, por fin, hubo una reacción.

Tosiendo y vomitando lo que parecía un litro de agua, el niño abrió los ojos y gritó:

–¡Mamá!

La mujer se echó hacia delante para abrazar al niño, llorando y murmurando palabras de consuelo. Los ojos de Alex también estaban llenos de lágrimas mientras veía al hombre abrazar a Garrett en el agua.

–No sé cómo darle las gracias. No sé lo que hubiera pasado de no haber estado usted aquí…

Alex sintió la furia y el alivio de Garrett como si fuera el suyo propio, pero mezclado con eso había otra emoción: orgullo. Garrett había salvado la vida del niño. De no ser por él, se habría ahogado.

–Me alegro de haber podido ayudar, pero la próxima vez tenga más cuidado. No puede ir a esa velocidad… ¡y el niño debería haber llevado un chaleco salvavidas, maldita sea!

–Tiene razón, tiene razón –el hombre se pasó una mano por la cara y Alex vio que palidecía al pensar en lo que podría haber pasado–. Tendré más cuidado la próxima vez, se lo prometo.

–Gracias –dijo la mujer, levantando la cabeza–. Muchísimas gracias. No sé qué más decir… –estaba mirando a Garrett, pero cuando miró a Alex hizo una mueca–. ¿No es usted…?

Ella tragó saliva, asustada. ¿La había reconocido?

–Será mejor que lleven al niño al hospital –dijo Garrett entonces.

–Sí, claro –la mujer apartó la mirada de Alex para concentrarse en su hijo–. Buena idea… ¿Mike?

El hombre subió a la lancha.

–Gracias otra vez. Sé que no es suficiente, pero es lo único que puedo decir.

Aliviada al ver que la familia volvía al muelle sin mirarla siquiera, Alex suspiró, aliviada. Por supuesto, se alegraba de que el niño se hubiera salvado, pero también agradecía que su identidad siguiera siendo un secreto.

¿Quién hubiera podido imaginar que alguien iba a descubrir que era la princesa de Cadria en alta mar, cuando un niño había estado a punto de ahogarse?

Pero decidió dejar de pensar en ello cuando Garrett volvió a la lancha y se dejó caer sobre el asiento, pasándose una mano por la cara. Alex se sentó a su lado y, sin importarle que estuviese empapándola, le pasó un brazo por los hombros.

–Has salvado a ese niño.

–He tenido suerte –dijo él–. Me pareció ver algo blanco y tuve suerte de agarrarlo por la camiseta.

–Lo has salvado –insistió Alex, tomándole la cara entre las manos–. Eres maravilloso, Garrett.

–Si tú lo dices… Aprendí hace mucho tiempo a no discutir nunca con una mujer guapa –bromeó él, tomando su mano y apretándola suavemente antes de darle un beso–. Pero creo que nuestro paseo ha terminado.

El corazón de Alex le dio un vuelco dentro del pecho. Ella no quería que terminase. Garrett había salvado la vida de un niño y su propia vida había tomado un giro inesperado.

Porque, de repente, no podía imaginarse a sí misma sin Garrett. Lo había conocido el día anterior y, sin embargo, la afectaba como nadie la había afectado nunca. Era un hombre fuerte, capaz, divertido, inteligente. La besaba y su cuerpo explotaba de deseo. La acariciaba y el mundo desaparecía. Nunca se había sentido más viva que cuando estaba con él.

De modo que no quería que aquel paseo terminase porque cada día que pasaba se acercaba más el momento de volver a casa…

–¿Qué ocurre? –le preguntó él al ver que torcía el gesto.

–Nada, no es nada. Es que no quiero que se acabe el día.

Garrett le dio un beso en los labios.

–El día no ha terminado, Alex. Solo el paseo en barco.

–¿De verdad?

–Para ir a un restaurante en California no hace falta traje de chaqueta, pero… –Garrett señaló sus vaqueros empapados– no creo que me dejasen entrar así. Tengo que cambiarme de ropa antes de llevarte a cenar.

Estaba sonriendo, pero el brillo de sus ojos contaba otra historia. Era como si salvando al niño le hubiese cerrado a ella una parte de sí mismo y Alex quería saber por qué. Se había apartado, aunque estaban pegados el uno al otro. Podía sentir que levantaba una barrera y no sabía qué hacer al respecto.

Pero, por el momento, lo dejó estar.

–En ese caso, será mejor que nos vayamos cuanto antes.

Capítulo Siete

El edificio de Seguridad King estaba a oscuras, los teléfonos en silencio. Y Garrett agradecía esa paz. La lámpara de su escritorio era como un rayo de sol en medio de la oscuridad mientras firmaba un montón de papeles que Griffin ya había firmado en su ausencia.

Había muy poca luz, pero no necesitaba luz para moverse por la oficina porque aquel sitio había sido su casa durante los últimos diez años.

Griffin y él tenían despachos anexos, con un baño compartido. A veces tenían que ir corriendo a hacer un trabajo y ducharse, y cambiarse allí de ropa les ahorraba tiempo.

Había estanterías con libros y documentos en dos de las paredes, ventanales con vistas al mar en la tercera, fotografías familiares y cuadros en la cuarta. También había una chimenea, un cómodo sofá que había servido de cama para Garrett en más de una ocasión, un bar…

Aquella era la empresa que Griffin y él habían levantado de la nada con trabajo, tenacidad e integridad.

Se sentía orgulloso de ella y hasta poco antes no se había tomado un día libre. Garrett King vivía para el trabajo.

Al menos, había vivido para el trabajo hasta que Alex apareció en su vida.

Y, de nuevo, estaba pensando en ella.

De inmediato, recordó la tarde en la lancha de Decker y su cuerpo reaccionó al recuerdo de Alex temblando entre sus brazos. Pero luego pensó en el niño que había estado a punto de ahogarse por la

irresponsabilidad de sus padres y su decisión de dejar sola a Alex para salvarlo.

No podría haber hecho otra cosa y lo sabía, pero esa decisión seguía persiguiéndolo. Alex estaba sola… ¿y si todo hubiera sido una trampa? Un intento de secuestro o asesinato inteligentemente preparado. El niño podría haber sido un muñeco…

¿Absurdo? Tal vez. ¿Paranoico? Absolutamente. Pero cosas más extrañas habían ocurrido y estaba furioso consigo mismo por su falta de profesionalidad. Había salvado al niño arriesgando la vida de Alex y eso no era aceptable.

Aún podía sentir el calor de su piel, oír sus gemidos mientras llegaba al clímax No debería haberla dejado sola en la lancha, no debería haberla acariciado…

Años antes había descubierto que poner sus necesidades por encima de su trabajo podía costar vidas.

Garrett tiró el bolígrafo sobre el escritorio y se pasó una mano por la cara. Le escocían los ojos por falta de sueño. No podía dormir porque soñaba con Alex…

Por eso estaba allí a medianoche. Había esperado poder concentrarse en el trabajo y olvidarse de ella, pero por el momento no había tenido éxito.

Sabía que no debería haberla acariciado de ese modo, pero no podía arrepentirse de ello. Intentaba decirse a sí mismo que Alex no era diferente de otra celebridad, que estar con ella no significaba nada, pero Alex se reiría de sus lógicos razonamientos.

Y tenía una risa preciosa.

Eso era lo que le había llamado la atención en Disneylandia, lo que la diferenciaba de otras mujeres que conocía. Disfrutaba de la vida con tal abandono, con tal alegría. Incluso estando entre sus brazos no se había guardado nada, ofreciéndose por completo, permitiéndose a sí misma ser vulnerable. Ninguna mujer lo había afectado de ese modo y eso era un problema porque ella no iba a quedarse. Y porque le estaba mintiendo.

Alex pensaba que era libre, que estaba haciendo lo que quería cuando a él le pagaban para que cuidase de ella…

¿En qué lío se había metido?

Sacudiendo la cabeza, Garrett suspiró. Su hermano tenía razón: llevaba demasiado tiempo sin una mujer. Pero las chicas con las que salía habían dejado de interesarle porque todas hablaban de lo mismo, todas se portaban de la misma forma…

Sin embargo, Alex era diferente. No había nada normal o aburrido en ella.

No debería haber llamado a su padre, pensó. No debería haber aceptado ser su guardaespaldas. No debería haber ido a Disneylandia.

Todo era culpa de Jackson. Si no hubiera ido a Disneylandia con su familia…

–¡Maldita sea!

–¿Algún problema?

Garrett levantó la cabeza al escuchar la voz de su hermano en la puerta.

–¿Qué haces aquí a estas horas?

–Yo iba a hacerte la misma pregunta –respondió Griffin, dejándose caer sobre una silla frente al escritorio–. Acabo de dejar a Amber en su casa e imagina mi sorpresa al ver la luz encendida en tu despacho. Pensé que tenías que ser tú o un ladrón muy tonto.

Garrett miró el esmoquin de su hermano, el cuello de la camisa manchado de carmín… aparentemente, al menos uno de ellos lo había pasado bien esa noche.

–¿Qué tal con Amber?

Griffin soltó un bufido.

–Va a trabajar como modelo en París y me ha contado lo que va a llevar en la pasarela, el exfoliante que debe usar para tener la piel radiante…

–¿Por qué insistes en salir con chicas que no tienen actividad cerebral?

–Hay ciertas compensaciones –respondió Griffin–. Además, tú sales con mujeres que pueden hablar y caminar al mismo tiempo y no pareces muy feliz.

–Sí, bueno…

¿Qué podía decir? No era feliz. La situación con Alex era muy complicada y estaba frustrado y desconcertado. Llevaba dos días luchando contra su instinto, pero lo único que quería era desnudar a Alex y tenerla para él solo durante horas. O semanas. O meses.

En lugar de eso, se había asegurado de que la escena en la lancha, o algo remotamente parecido, no volviera a pasar. Porque durante unos minutos había olvidado quién era cada cual y, al hacer eso, había puesto en peligro la vida de Alex.

Deseaba volver a verla con todas sus fuerzas. Cerraba los ojos para dormir y la veía. Le parecía notar su perfume en el aire, en su ropa. Estaba persiguiéndolo y él no podía hacer nada.

–Soy feliz.

–Sí, claro, me has convencido –replicó Griffin, irónico.

Pero Garrett no estaba de humor para hablar con su hermano. No quería que le dijera que debía olvidar el pasado, que debía dejar de culparse a sí mismo por lo que ocurrió tanto tiempo atrás. No le apetecía hablar, punto.

–Vete –le dijo, tomando el bolígrafo y volviendo a concentrarse en los papeles.

Pero, por supuesto, no sirvió de nada.

–¿La princesa te está dando problemas?

Él no respondió, pero eso fue respuesta más que suficiente.

–Vaya, vaya… así que te gusta más de lo que esperabas.

Garrett soltó el bolígrafo y se pasó una mano por la cara. Y cuando eso no sirvió de nada, se levantó para acercarse a la ventana y mirar el mar. La luna llena se reflejaba en el agua, haciendo que pareciese un gigantesco diamante. Era una escena que solía relajarlo, pero en aquel momento solo le recordaba a Alex en la lancha, bajo el sol, abrazándolo, besándolo y…

–Déjalo estar, Griff.

–No, de eso nada –su mellizo se levantó para ponerse a su lado–. ¿Qué pasa, Garrett?

–Nada, absolutamente nada. Ese es el problema.

Griffin lo estudió durante unos segundos, en silencio.

–Estás colado por ella, ¿verdad?

–No sabes lo que dices.

–Ah, muy bien, entonces no te pasa nada. Por eso estás aquí, de noche, a oscuras.

–La lámpara de mi escritorio está encendida.

–Eso no importa. Lo que importa es que el poderoso Garrett King se ha enamorado de una princesa.

–Estás loco.

–Sí, seguro.

–Es un trabajo. Su padre me contrató, sencillamente.

–Ya.

–Es una princesa. Y yo no soy ningún príncipe.

–Eres tan rico como un príncipe –le recordó Griffin.

–Eso no es suficiente y tú lo sabes. Las casas reales se relacionan con gente de otras casas reales.

–Últimamente, no.

Garrett volvió a mirar el mar, pero solo podía ver el rostro de Alex. Se estaba metiendo en un aprieto y lo sabía, pero no encontraba la salida.

–Es un trabajo –repitió.

–Sí, claro –Griffin le dio una palmadita en el hombro–. Pero volverte loco dándole vueltas al asunto no servirá de nada. ¿Por qué no le cuentas la verdad? Dile quién eres y que estás trabajando para su padre.

Él mismo lo había pensado, pero confesarle la verdad tampoco serviría de nada. Seguiría deseándola y seguiría sin poder tenerla. Y, además, le haría daño.

–No puedo hacer eso.

–Entonces, deja que yo me encargue –sugirió Griffin.

–¿Qué? –Garrett se volvió para mirarlo.

–No sería la primera vez que hacemos el cambiazo.

–¿No lo dirás en serio?

–¿Por que no? Si solo es un trabajo, me haré pasar por ti y…

–No te acerques a ella, Griffin.

Su hermano sonrió.

–Entonces tengo razón. Esa chica significa algo para ti.

Dejando escapar un suspiro, Garrett se volvió hacia la ventana, mirando su reflejo en el cristal.

–Sí, significa algo para mí –murmuró, hablando con su hermano, pero también con el hombre que lo miraba desde el cristal–. Pero en una semana o dos se marchará y problema resuelto.

–¿Tú crees?

–Lo sé –afirmó Garrett. Alex volvería a su palacio y sus vidas volverían a la normalidad–. Pero ya que estás aquí, cuéntame qué ha pasado estos días en el negocio.

–Garrett…

–Déjalo, Griff. De verdad, déjalo.

–Eres un cabezota… –su hermano volvió al escritorio y se dejó caer sobre la silla, estirando las piernas–. Muy bien, tenemos un nuevo cliente. Va a abrir un hotel de lujo en Georgia y, aparentemente, está teniendo problemas con los vecinos del pueblo.

–¿Por qué?

–Porque quiere construir un campo de golf en un sitio en el que vive la araña de nueve patas o el mosquito de cinco ojos, yo qué sé. En cualquier caso, han amenazado a nuestro cliente y quiere que protejamos a su familia.

–Qué mundo más raro –murmuró Garrett–. Proteger a unos insectos atacando a la gente.

–Tampoco yo lo entiendo, pero esas cosas tan raras son buenas para

nuestro negocio. En fin, había pensado…

Garrett escuchó mientras su hermano pergeñaba los planes para el cliente. Eso era lo que debía hacer: trabajar. El trabajo era algo con lo que siempre podía contar. Lo único que debía hacer era recordar quién era y por qué era tan importante levantar una barrera entre Alex y él.

Seguridad King era su realidad, no una princesa escapada de palacio buscando un caballero andante.

Tres días.

Habían pasado tres días desde que estuvieron juntos en la lancha. Tres días desde la última vez que Garrett la tocó. Tres días que Alex había pasado angustiada, esperando que volviese a ocurrir y sintiéndose decepcionada cuando no ocurría nada.

Se estaba volviendo loca.

–¿A qué está esperando?

Sabía que Garrett la deseaba tanto como ella lo deseaba a él. Cuando estaban juntos, sentía la tensión emanando de su cuerpo. ¿Entonces por qué la mantenía a distancia? ¿Y por qué lo permitía ella?

No estaban en el siglo XIX y si quería algo de Garrett debería dejárselo bien claro. Nada de sutilezas, nada de esperar. Garrett estaba decidido a ignorar lo que había entre ellos y Alex estaba igualmente decidida a que no pudiese hacerlo.

Apenas le quedaba tiempo, pensó, entristecida.

Pronto tendría que tomar un avión de vuelta a Cadria y todo aquello no sería más que un lejano recuerdo. Y si lo único que iba a tener eran recuerdos, quería tantos como fuera posible.

Con eso en mente, se miró al espejo por última vez.

Garrett tenía cosas que hacer esa mañana y ella había aprovechado para ir de compras sin decirle nada. Un taxi la había llevado al centro comercial más cercano, donde había comprado hasta que le dolieron los pies.

Le había encantado pasear por el centro comercial Bella Terra, como una mujer más que iba de compras. La libertad que había sentido era emocionante y no sabía cómo iba a poder acostumbrarse a vivir siendo perpetuamente observada cuando aquello terminase y tuviera que volver al palacio. Ser una más era tan liberador. Se había reído con las dependientas de las tiendas, había comido una hamburguesa en una terraza y luego había pasado una hora en una librería.

De hecho, habría sido una mañana perfecta si no fuera porque tenía la

extraña sensación de que alguien la seguía.

Una tontería, probablemente los nervios, se dijo. Nadie sabía que estuviera allí. Sencillamente, no tenía costumbre de estar sola e ir donde quería sin llevar un séquito. Después de dejar atrás a los guardias de palacio había estado con Garrett casi todo el tiempo, de modo que era normal que se sintiese un poco rara, pero no significaba nada.

Apartando de sí esos pensamientos, volvió a mirarse al espejo con ojo crítico.

El pelo estaba bien, el maquillaje perfecto, el vestido negro que había comprado esa mañana se pegaba a su cuerpo como una segunda piel. El escote tendría que llamar la atención de Garrett y el bajo llegaba por encima de la rodilla, bastante por encima.

Y con unos zapatos de diez centímetros de tacón estaba… estupenda, debía reconocer.

Esa era su intención.

Se le encogió el estómago al imaginar la expresión de Garrett cuando la viera.

–A ver si ahora puede ignorarme.

Alex esbozó una sonrisa. Lo necesitaba como nunca había necesitado a nadie y esa noche iba a dejarlo claro.

Al recordar cómo la había besado y acariciado en la lancha sintió un cosquilleo entre las piernas… quería que volviese a hacerlo.

–Lo que falta en estas vacaciones es un poco de romance.

No podía seguir en California indefinidamente. Para empezar, no le haría eso a su familia y, además, su padre no lo permitiría. Si no volvía a casa pronto, el rey enviaría un ejército de investigadores a buscarla y la encontrarían sin la menor duda.

En realidad, le sorprendía que no los hubiese enviado ya. Era muy raro que hubiera soportado su pequeña rebelión sin hacer nada.

Frunciendo el ceño, Alex miró el teléfono sobre la mesilla sintiéndose culpable. Debería llamar a su casa, al menos para decirle a su madre que estaba bien. El problema era que no sería fácil hablar con su madre. La reina no tenía una cuenta de correo electrónico y se negaba a usar teléfono móvil, a pesar de la insistencia de sus hijos, de modo que tendría que llamar por teléfono y si hacía eso… se vería obligada a hablar con ayudantes y secretarios antes de poder llegar a ella.

Durante la interminable espera, todo aquel con el que hablase se lo contaría a su padre y Alex no estaba de humor para escuchar un sermón.

–No –murmuró, mirando el teléfono–. Lo siento, madre, pero volveré a casa dentro de poco.

Pensar en su casa hizo que imaginase las puertas del palacio cerrándose tras ella y respiró profundamente, recordando que seguía siendo libre. Tenía tiempo para disfrutar de la vida y de Garrett.

Garrett.

Alex volvió a fruncir el ceño mientras encendía el ordenador portátil. Seguía sin saber su apellido porque no habían vuelto a hablar del asunto después de decidir que sus identidades fueran un secreto. Pero sí sabía el apellido de su primo Decker y tal vez…

Garrett la había mantenido tan ocupada durante los dos últimos días que no había tenido un momento libre para pensar en nada más. Los días estaban llenos de actividades y cuando volvía al hotel por la noche estaba tan agotada que caía rendida en la cama.

Pero esa noche…

Alex se mordió los labios. ¿Y si había una razón para que Garrett no diese el siguiente paso? Tal vez había mentido al decir que no había nadie en su vida. Tal vez estaba casado o tenía novia. Pensar eso hizo que se le encogiera el estómago.

Por primera vez, consideró la posibilidad de que tuviera una razón para esconderle su identidad. Al fin y al cabo, ella tenía una.

–Es hora de descubrir algo más sobre ti.

Una vez tomada la decisión, entró en un buscador de Internet y escribió el nombre de Garrett King…

Y, en unos segundos, su mundo se puso patas arriba.

«Seguridad King, propietarios Garrett y Griffin King».

¿Seguridad King?

No podía creerlo. Con la boca seca y el corazón acelerado, Alex pulsó el enlace y cuando se abrió la página web allí estaba Garrett.

«Garrett King, experto en seguridad».

–Maldita sea.

Garrett esperaba en la puerta de la suite, tirando de las mangas de su camisa y pasando las manos por el traje de chaqueta azul, preguntándose por qué Alex tardaría tanto.

Se había acostumbrado a su puntualidad y ver que tardaba unos segundos en abrir lo sorprendió. ¿Le habría ocurrido algo?

Pero la puerta de la suite se abrió y cuando Alex apareció al otro lado

tuvo que tragar saliva.

Mirarla era una tortura. ¿Cómo no iba a tocarla? Después de todo, él era humano.

Garrett llevó aire a sus pulmones, diciéndose a sí mismo que no podía dejar que su pene tomase decisiones por él. La última vez que se dejó llevar por sus propios deseos, alguien había perdido la vida.

Y no pensaba hacerle eso a Alex.

–Estás tan guapa que eres peligrosa.

Ella inclinó la cabeza en un gesto muy aristocrático.

–Gracias –murmuró, tomándolo del brazo para salir de la suite–. ¿Nos vamos?

–Sí, claro –Garrett sintió un escalofrío al notar el roce de su piel. Pero era un escalofrío de advertencia. Si estuvieran en la calle, vigilaría que no hubiera francotiradores o criminales escondidos. Solo era una sensación, pero nunca lo había defraudado.

Ocurría algo.

Copiando el elegante ambiente de los años cuarenta en Hollywood, Damian's era el restaurante de moda en la costa y tenía una vistas fabulosas del océano Pacífico, una pista de baile, manteles del mejor lino blanco, velas, flores en todas las mesas y el mejor pescado de California.

A la gente mayor le encantaba ir allí para recordar su juventud y los mas jóvenes parecían disfrutar del romance y la elegancia de otra era. Era más fácil conseguir una audiencia privada con el Papa que una reserva en Damian's, pero no había sido un problema para Garrett. Era una suerte estar emparentado con el propietario.

Sobre el escenario había una cantante que evocaba la época de las grandes orquestas y varias parejas bailando en la pista…

No, a Garrett no le sorprendía que aquel sitio fuera un éxito.

Damian King era famoso por abrir restaurantes que pronto se hacían legendarios. En aquel momento estaba en Escocia, firmando un contrato para abrir otro en Edimburgo.

Jefferson King vivía felizmente en Irlanda, el hermano de Garrett, Nash, vivía en Londres y Damian estaba en Escocia. Garrett sonrió para sí mismo pensando que los King de California estaban conquistando el mundo poco a poco.

–Es precioso –dijo Alex.

Eran las primeras palabras que había pronunciado desde que salieron del hotel. Se mostraba amable, fría y completamente distante, todo lo

contrario a Alex que él conocía. No sonreía, no lo miraba todo con los ojos brillantes y caminaba tan recta como si estuviera atada al respaldo de una silla.

–Damian ha hecho un buen trabajo. Siempre lo hace.

–¿Este no es su único restaurante?

–No, tiene una cadena de ellos por toda California.

–Ah, qué interesante.

Pasaba algo, seguro. Alex no podía dejarlo más claro.

Garrett la estudió, intentando descubrir qué era. Después de todo, era su trabajo saber leer a la gente. Pero, por primera vez desde que conoció a Alex, no tenía ni idea de lo que estaba pensando.

Sus ojos eran fríos, su preciosa boca, que siempre estaba esbozando una sonrisa desde que la conoció, formaba casi una línea recta. Era el epítome de la sofisticación, la clase de mujer que él solía evitar.

¿Quién era aquella chica y qué había hecho con Alex?

–¿Tu primo se llama Damian King?

–Eso es.

Ella asintió de nuevo, mirándolo como si fuera un extraño.

Ocurría algo y ni siquiera intentaba esconderlo. Garrett la observó, esperando, con la sensación de que no iba a gustarle lo que estaba a punto de ocurrir. Alex pasó un dedo por el borde de su copa y él se quedó como hipnotizado por el movimiento.

–¿Qué ocurre? –le preguntó por fin.

–Estaba preguntándome cuántas mentiras me has contado desde el día que nos conocimos.

Garrett sintió que el suelo se abría bajo sus pies.

–¿Desde cuándo lo sabes? –siguió ella, con una mirada helada–. ¿Desde cuándo sabe quién soy, señor King?

No debería sorprenderlo. Alex era una mujer inteligente y tarde o temprano tenía que sumar dos y dos. Y lo mirase como lo mirase, él iba a quedar como un canalla.

Pero la mujer que estaba sentada frente a él no era la Alex que él conocía.

Aquella mujer era la princesa Alexis.

Capítulo Ocho

Garrett no dijo nada y Alex lo miraba, sorprendida. ¿Por qué no decía nada? ¿Por qué no le daba una explicación?

¿Porque no había nada que decir? ¿Porque si intentaba explicarlo tendría que contar más mentiras?

Había tenido que hacer uso de todo su autocontrol para no decírselo en cuanto abrió la puerta de la suite. Había esperado que él dijese algo, que se lo confesara todo. ¿Pero por qué iba a hacerlo si era un mentiroso redomado?

Alex se sentía como una tonta.

Había confiado en él cuando todo aquello era un juego. Garrett había fingido que le gustaba, que se sentía atraído por ella, cuando en realidad sabía que era la princesa de Cadria.

Qué ingenua había sido…

Garrett había estado en Cadria una vez, encargándose de la seguridad en la exposición de las joyas de la corona. No lo había reconocido porque entonces Alex estaba enfadada con su padre por el tema del albergue para mujeres abandonadas. Estaba tan furiosa con él que se había negado a participar en las actividades. De haberlo hecho, su padre le habría presentado al encargado de seguridad…

Garrett era un hombre imposible de olvidar y si lo hubiera conocido en Cadria lo habría reconocido en Disneylandia y nada de aquello habría ocurrido. No tendría el corazón roto y no sentiría como si la hubieran envuelto en una manta helada de los pies a la cabeza.

Y no hubiera creído ingenuamente que había encontrado la misma magia que su madre en el famoso parque de atracciones.

–¿Desde cuándo lo sabes? –insistió, bajando la voz para que no la oyese nadie.

La cantante seguía con su canción romántica y le parecía una ironía insoportable. Había esperado tanto de aquella noche. Había querido seducir a Garrett mientras se ponía aquel vestido, pero lo único que podía esperar en aquel momento era no ponerse a llorar…

–¿Lo sabías en Disneylandia?

–No lo supe de inmediato –admitió él.

Y la garra de hierro que apretaba el corazón de Alex se cerró un poco más hasta que casi no podía respirar.

¿Lo habría descubierto antes de besarla en el barco pirata? ¿Mientras reía con sus sobrinas en el carrusel?

Miró sus ojos azules, buscando al hombre que había estado con ella en la lancha de su primo dos días antes. El hombre que la había besado apasionadamente, demostrándole lo maravilloso que era estar con alguien con quien tenías una conexión especial… pero no lo veía. En lugar de eso, veía a un profesional de la seguridad contratado para hacer un trabajo.

–No me di cuenta hasta que te vi con Mia en el palacio de la Bella Durmiente, hablando sobre princesas –siguió Garrett.

–Por eso insististe en llevarme al hotel.

–En parte –admitió él.

Alex rio, pero no era el sonido alegre que él recordaba sino una risa amarga, áspera.

–¿En parte? No llevaste a Alex sino a la princesa. Y has estado conmigo desde entonces por la misma razón.

Garrett se pasó una mano por el pelo, angustiado.

–Llamé a tu padre esa noche, cuando volví a casa.

–Dios mío…

–Le dije que estabas en California sin protección y que eso me preocupaba.

–No tenías ningún derecho, soy mayor de edad.

–Tenía una responsabilidad.

–¿Hacia quién?

–Hacia mí mismo –respondió él–. No podía dejarte sola sabiendo quién eras.

–Nadie te ha pedido ayuda.

–Tu padre sí me la pidió.

Alex sacudió la cabeza. No quería escuchar nada más, pero sabía que era una vana esperanza.

–Estoy aquí porque quiero, Garrett. Claro que lo que yo quiera te importa un bledo, ¿no?

–Alex…

Ella miró alrededor, como buscando una salida, pero lo único que veía eran parejas bailando en la pista, riendo, bromeando, felices. Estaban disfrutando del fabuloso restaurante, de la música, del romance y los envidiaba tanto que no podía respirar.

–Yo no quería hacerte daño.

–Ya, claro –dijo ella, sin mirarlo–. Pero no me has hecho daño, no te preocupes.

–¿Quién está mintiendo ahora?

Alex no dijo nada. Sí, era mentira porque estaba dolida, desolada, pero no pensaba demostrarle cuánto le había herido su traición.

–Hay más –dijo él.

–Por supuesto.

–Tu padre me contrató para protegerte.

–Era de imaginar. Te paga por pasar tiempo conmigo, claro.

Garrett dejó escapar un suspiro mientras miraba a un lado y a otro y Alex se regañó a sí misma por no haberlo visto antes. Por creer que solo era un hombre cauteloso. En Disneylandia había pensado que se portaba como sus guardias… qué boba había sido al no darse cuenta de que lo que eso significaba.

–Los dos estábamos preocupados por lo que pudiera pasarte.

–Sí, claro –dijo ella–. Yo no puedo salir sola y portarme como una persona normal…

–Maldita sea, Alex, todo esto ha sido un malentendido.

–A lo mejor tenéis razón mi padre y tú. Tal vez no tengo cerebro. Después de todo, he sido tan tonta como para pensar que un hombre estaba interesado en mí cuando en realidad está en la nómina de mi padre –Alex apretó los puños airada.

Quería romper algo, dejarse llevar por la tentación de tirar la copa al suelo. Desgraciadamente, su educación le impedía hacerlo.

El deber y la dignidad estaban por encima de todo.

Circunspección era otra palabra que habían grabado en su cerebro desde niña. Pero no podía seguir sentada con él como si fuera una cita. No

podía mirarlo a los ojos sin recordar la pasión que había habido en ellos…

–¿Y lo que ocurrió en la lancha? –exclamó, horrorizada–. ¿Van a pagarte un extra por eso?

–¿Qué?

Alex se inclinó hacia delante, apartando a un lado la vela.

–¿Cuál era tu intención, que la princesa lo pasara bien? ¿O lo has hecho para alardear ante tus amigos? ¿Querías contarle a tus amigotes que habías visto desnuda a una princesa de verdad?

También Garrett se inclinó hacia delante, la llama de la vela hacía que sus pómulos pareciesen más pronunciados.

–Tú sabes muy bien que eso no es verdad.

–¿Yo lo sé? Ah, claro, debería confiar en ti porque has sido tan sincero conmigo desde el principio…

–Tú también me has escondido cosas.

–Pero yo no estaba espiándote.

–¡Yo no te he espiado, Alex! –Garrett miró alrededor para ver si alguien estaba observándolos–. Yo no te he espiado –repitió, en voz baja–. Le dije a tu padre que me negaba a ser un informador y no lo he sido.

–Y yo tengo que aceptar tu palabra.

Él se volvió a pasar una mano por el pelo, desesperado.

–Estás enfadada y lo entiendo.

–Estoy mucho mas que enfadada, señor King –replicó Alex, levantándose–. Furiosa podría ser una buena descripción de lo que siento ahora mismo, aunque no del todo. Pero, afortunadamente, ninguno de los dos tiene que seguir soportando la presencia del otro.

–¿Dónde crees que vas?

–A cualquier sitio. Este es un país libre, ¿no?

–No hagas ninguna tontería solo porque estés enfadada conmigo.

–Haré lo que me plazca y te agradecería que me dejases en paz –Alex se dio la vuelta, pero Garrett se levantó para tomarla del brazo.

–Espera un momento…

–Cuando nos conocimos, pensé que eras un héroe. Ahora me doy cuenta de que eres un villano.

Al ver que apretaba los dientes, Alex se alegró de no ser la única que sentía como si fuera a estallar.

–No soy ningún héroe y nunca he fingido serlo, pero tampoco soy un villano. Solo soy un hombre.

–Haciendo su trabajo –terminó Alex la frase por él mientras se soltaba

de un tirón–. Sí, lo sé.

Luego, con la cabeza bien alta, se dirigió al bar, al otro lado del restaurante.

–¿Dónde vas?

–Necesito una copa.

–No digas tonterías y vuelve a la mesa…

–¿Ahora digo tonterías? Bueno, la verdad es que tienes razón. He sido una tonta, pero ya no lo soy. Y no quiero seguir hablando contigo, Garrett. Márchate.

–De eso nada –dijo él, inclinándose para hablarle al oído y haciendo que se le pusiera la piel de gallina.

No quería que la afectase de ese modo, pero aparentemente no era capaz de controlarlo.

Lo peor de todo, aparte de la humillación de saber que había hablado con su padre a sus espaldas, era que seguía deseándolo.

Mezclado con la furia y el dolor, seguía sintiendo un deseo que le encogía el estómago. ¿Cómo podía seguir deseándolo sabiendo lo que sabía?

Alex llegó al bar y miró alrededor. Había una docena de mesas con parejas u hombres solos y una pulida barra formando un semicírculo. Tres camareros con uniforme de la II Guerra Mundial servían copas, los espejos detrás de la barra reflejaban la luz de las arañas de cristal y el rostro serio del hombre que iba a su lado.

El rostro que la había perseguido en sueños desde el día que se conocieron.

Sus miradas se encontraron en el espejo y Alex sintió un escalofrío a pesar de todo.

Deliberadamente, se sentó en uno de los taburetes frente a la barra y cruzó las piernas antes de pedir un gin tonic.

Por el espejo, vio a Garrett sentarse a unos metros de ella y le sorprendió que no insistiera en seguir a su lado como una sombra.

–Hola, preciosa –escuchó una voz tras ella. Era un hombre alto y rubio con traje de chaqueta–. Eres demasiado guapa para estar sola –añadió, sentándose a su lado sin esperar invitación.

–Eres muy amable.

Por el rabillo del ojo vio que Garrett se encrespaba y eso la decidió.

–Y tienes acento británico –el hombre se llevó una mano al corazón–. Voy a soñar contigo.

–Sigues siendo muy amable –Alex sonrió, aunque esas frases ensayadas le parecían ridículas.

De hecho, en condiciones normales el rubio no le interesaría en absoluto, pero al ver que Garrett echaba humo se inclinó hacia delante.

–¿Cómo te llamas?

–Derek. ¿Y tú?

–Alexis –respondió ella–. Pero puedes llamarme Alex.

–No, Alex no te pega. Me gusta más Alexis.

Desde el bar podían escuchar la música del restaurante y Derek se levantó, ofreciéndole su mano.

–¿Quieres bailar?

Por el rabillo del ojo, Alex vio que Garrett se levantaba del taburete, de modo que tomó la mano del hombre y se dirigió a la pista.

Maldita fuera.

Estaba haciéndolo a propósito. Pues muy bien, si eso era lo que quería, podía tontear con el rubio, pero no estaría a solas con él. Garrett seguía trabajando para su padre y no iba a dejarla a merced de ese tipejo.

Los siguió a la pista y se quedó a un lado mientras él le pasaba un brazo por la cintura y empezaba a moverse al ritmo de la música. Alex estaba preciosa con esa melena rubia y esos zapatos de tacón que hacían que sus piernas pareciesen interminables… ¿y de dónde había sacado ese vestido? ¿No sabía que prácticamente podía verle el trasero?

Ella se rio de algo que había dicho el rubito y Garrett apretó los dientes.

Había sabido desde el principio que iba a tener que pagar un precio muy alto por sus mentiras. Tal vez debería haberle hecho caso a Griffin y haberle confesado la verdad desde el principio. Entonces al menos habría tenido la oportunidad de explicárselo…

Pero de todas formas se habría enfadado con él, de modo que seguiría fuera de la pista, viéndola bailar con otro.

Airado, Garrett cruzó los brazos sobre el pecho, los pies separados en gesto de defensa. No dejaba de mirar a la pareja ni un segundo… ¿de verdad le gustaba aquel monigote? No, imposible, a la Alex que él conocía no podía gustarle. En cualquier momento lo mandaría a paseo.

Quería tenerla entre sus brazos, acariciar su pelo, besarla…

Pero el rubio estaba sacándola de la pista para llevarla a la terraza y Garrett se abrió paso entre las parejas para seguirlos, concentrado en su objetivo.

La luz de la luna iluminaba la escena con su luz plateada y cuando giró

la cabeza los vio en el muelle; Alex mirando el mar y el tipo a su espalda, tan cerca como podía.

Garrett estuvo a punto de explotar cuando vio que el rubio ponía la mano en el trasero de Alex… y ella no lo detenía.

En dos zancadas, se acercó a la pareja y puso una mano sobre el hombro del rubio. El tipo giró la cabeza, irritado por la interrupción, pero la irritación pronto se convirtió en miedo al ver la expresión de Garrett.

–Estás molestando, amigo –se atrevió a decir.

–El que molesta eres tú, amigo.

Alex se volvió para fulminarlo con la mirada.

–Vete de aquí, Garrett.

Atónito, el rubio miró de uno a otro.

–¿Os conocéis?

–Sí, pero no le hagas caso.

Garrett apretó el hombro del rubio, convenciéndolo silenciosamente de que sería mucho mejor desaparecer. Y lo antes posible.

Mensaje recibido.

–Sí, bueno, de todas formas tengo que marcharme –dijo el hombre–. Lo siento, guapa, pero no me gusta la violencia y creo que a él sí.

–Desde luego que sí –asintió Garrett.

–Pero bueno… –Alex se puso en jarras, furiosa–. ¿Se puede saber qué estás haciendo?

Garrett apoyó las manos en la barandilla del muelle, poniendo una a cada lado para no dejarla escapar.

–¿Qué estoy haciendo? Intentando evitar que te manoseen en público.

–Aquí no hay nadie –replicó ella–. Además, ¿y si yo quisiera que me manosearan?

Estaba tan cerca, el maldito escote del vestido mostraba demasiada piel…

Su aroma era suficiente para que perdiese la cabeza, pero hizo un esfuerzo sobrehumano para controlarse.

–Ya sé que estás enfadada conmigo. Muy bien, de acuerdo, tienes razón.

–Ah, qué amable por tu parte.

–Pero –siguió él, acercándose tanto que Alex podía notar la erección masculina rozando su abdomen– no voy a quedarme de brazos cruzados mientras tú cometes un error.

–¿Otro error quieres decir?

–No querías que ese tipo te tocara, Alex.

Ella echó la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos.

–¿Y tú cómo sabes eso?

–Porque quieres que te toque yo –murmuró Garrett–. Quieres que sea yo y nadie más.

Alex abrió la boca para decir algo, pero él no la dejó hablar. En lugar de eso, le tomó la cara entre las manos y se apoderó de su boca. Enfadada o no, Alex lo deseaba y no podía disimular.

Sus lenguas se encontraron, acariciándose mientras la fresca brisa del mar movía su pelo. Cuando la sintió temblar, Garrett la envolvió en sus brazos, apretándola contra su torso hasta que sintió que su corazón latía al mismo ritmo que el suyo.

Sabía que ese momento iba a llegar desde el día que la conoció. Daba igual cuánto hubiera luchado para evitarlo.

–Tu hotel está a unos minutos de aquí…

Alex intentó llevar oxígeno a sus pulmones.

–¿Entonces, a qué esperamos?

Garrett tomó su mano y salieron del restaurante directamente desde la playa. Se alegraba de no haberle dado las llaves del BMW a un aparcacoches porque no tenía paciencia para esperar.

No más esperas.

Ese beso lo había hecho perder la cabeza y tocarla no sería suficiente en esta ocasión.

Esta vez, lo tendría todo.

Capítulo Nueve

Fueron unos minutos que le parecieron horas.

El aire estaba cargado de deseo, haciendo que cada latido de sus corazones sonase como un gong en sus cabezas. De alguna forma, no sabía cómo, Garrett logró aparcar el coche y tomar a Alex del brazo para atravesar el vestíbulo del hotel, lograron entrar en la suite y cerrar la puerta.

A partir de ese momento, el deseo se hizo cargo y ninguno de los dos tenía fuerzas para contenerlo un segundo más.

Garrett se quitó la chaqueta y la tiró al suelo mientras Alex le quitaba la corbata y le desabrochaba los botones de la camisa. Cuando acarició su torso, él sintió como si dejase una impronta en su piel, los suspiros y gemidos llenaban la habitación mientras se besaban ansiosamente.

Estaba harto de fingir que su relación era un simple trabajo. No era cierto y aquella noche lo quería todo; todo lo que había soñado durante los últimos días. No se cansaba de tocarla, no podía besarla lo suficiente. Quería más, lo quería todo. Debía hacerla suya.

–Ahora, Alex –murmuró, besando su cuello.

Ella suspiró, inclinando a un lado la cabeza.

–Sí, Garrett, ahora…

Él le bajó la cremallera del vestido, dejando que cayera al suelo.

–Eres maravillosa –susurró, mirándola de arriba abajo. Estaba desnuda salvo por los zapatos de tacón y unas braguitas de encaje negro. Era la fantasía de cualquier hombre y era suya. Toda suya.

Garrett inclinó la cabeza para tomar uno de sus rosados pezones con los

labios mientras ella le enredaba los dedos en el pelo, apretando su cabeza como si temiera que parase.

Aunque él no tenía intención de parar.

Lo único que existía en aquel momento era aquella mujer y no podía dejar de acariciarla. Ni siquiera se molestó en quitarle las braguitas, se las arrancó porque no podía esperar más. Y allí estaba, completamente desnuda para él.

Suspiró cuando ella abrió las piernas y acarició el capullo escondido hasta que la tuvo jadeando. Alex movía las caderas al ritmo de su mano y Garrett sonrió, triunfante, al notar que empezaba a llegar al clímax. Levantando la mirada, siguió acariciándola mientras veía cómo se pasaba la lengua por los labios, moviendo la cabeza adelante y atrás.

Alex lo miró entonces…

–Te quiero dentro de mí. Necesito sentirte dentro.

Garrett no había pensado que pudiera estar más excitado, pero así era. A regañadientes, la soltó para quitarse el resto de la ropa y se detuvo un momento para ponerse un preservativo que sacó de la cartera. Pero cuando ella iba a quitarse los zapatos, negó con la cabeza.

–No, déjatelos puestos.

Alex sonrió, mirándolo de arriba abajo.

–Ahora, Garrett.

Seguían en el salón de la suite y él sabía que no llegarían al dormitorio. Ninguno de los dos estaba dispuesto a esperar tanto.

–Aquí mismo. La próxima vez lo haremos despacio.

–La próxima vez –asintió ella.

Garrett la llevó al sofá para colocarse entre sus piernas y, cuando entró en ella, Alex dejó escapar un grito de gozo.

Y él tuvo que apretar los dientes para no gritar también mientras la embestía, su húmedo calor lo envolvía como un guante, apretándolo. Cuando estuvo enterrado hasta el fondo, Alex se movió hacia el borde del sofá y se quitó los zapatos para enredar las piernas en su cintura, agarrándose con fuerza mientras él marcaba un ritmo endemoniado que los llevó a los dos tan lejos como podían ir.

Se miraban a los ojos, unidos como solo un hombre y una mujer podían estarlo. Una y otra vez, empujaba las caderas hacia ella y Alex lo tomaba todo, urgiéndolo a hacerlo más deprisa, más fuerte.

Cuando llegó al orgasmo, gritó su nombre y Garrett sintió la fuerza de su clímax sacudiéndolo, obligándolo a dejarse ir por fin… nunca había

sentido nada así. Nunca había conectado con una mujer hasta ese punto. El placer de Alex era su propio placer.

Cuando la oyó suspirar, pensó que quería capturar esos suspiros para siempre.

Escuchó su nombre en los labios de Alex y se sintió humilde y victorioso al mismo tiempo. Solo podía pensar: mía, es mía.

Los segundos se convirtieron en minutos o tal vez en horas, a Alex le daba igual. Había encontrado la magia que buscaba cuando decidió tomarse esas vacaciones.

Con el cuerpo de Garrett pegado al suyo, tenía todo lo que había deseado. El mareante orgasmo había sido sencillamente increíble y la dulce sensación de estar entre sus brazos era… perfecta.

Pero no era cierto, pensó entonces. Porque Garrett no compartía sus sentimientos.

Aquello no era un romance.

El deseo no era amor.

¿Amor? ¿De dónde había salido eso?

Asustada, Alex dio un respingo. No quería creerlo… ¿pero cómo no iba a hacerlo? Lo que sentía por Garrett iba más allá de lo que había sentido por ningún otro hombre.

¿Qué otra cosa podía ser sino amor?

Y eso la ponía en una situación muy incómoda.

Se había enamorado de un hombre que estaba con ella solo porque su padre lo había contratado para vigilarla.

–Alex… –el tono serio de Garrett decía que el momento había terminado–. Lo siento.

Ella parpadeó, sorprendida.

–¿Lo sientes?

Garrett se apartó y, de inmediato, Alex echó de menos el calor de su cuerpo. Y se enfadó consigo misma. ¿Cómo podía amar a aquel neandertal?

–No debería haber ocurrido –dijo él, pasándose una mano por el pelo–. He perdido la cabeza y he dejado que tú hicieras lo mismo…

–¿Has dejado? ¿Tú has dejado? –lo interrumpió Alex, furiosa.

–Acepto la responsabilidad por lo que ha pasado –siguió Garrett, sin darse cuenta de que ella estaba a punto de explotar–. Y quiero que sepas que no volverá a ocurrir.

–Pero bueno… –Alex abrió la boca para decir algo, pero no era capaz de articular palabra.

–Sé lo que vas a decir y no tienes que hacerlo. Sé que tú lo lamentas tanto como yo.

Alex querría borrar esa expresión compresiva de su rostro de un puñetazo. Pero, una vez más, su educación y su circunspección le impedían hacerlo.

–Ah, ahora me dices lo que tengo que pensar, ¿no?

–¿Qué?

Alex saltó del sofá, haciendo un esfuerzo para no ponerse a llorar.

–¡Serás arrogante… idiota, egocéntrico!

Garrett la miró extrañado.

–¿Se puede saber qué te pasa?

–¿Qué me pasa?

–¿Por qué estás tan enfadada?

–¡Que no sepas por qué estoy enfadada demuestra que eres… un memo!

Alex paseaba por el salón, sin importarle su desnudez, tan furiosa estaba.

–Estoy intentando hacer lo que debo hacer –siguió Garrett.

–Porque ahora tú piensas por mí, ¿no? ¿No se te ha ocurrido pensar que es una actitud ridícula?

–¿Ridícula? Me estoy haciendo responsable de lo que ha pasado. ¿Por qué es ridículo? Estoy aquí para protegerte y…

–No puedes protegerme de los idiotas pomposos.

–Bueno, ya está bien.

–¿También has decidido eso por mí?

–¿Se puede saber qué te pasa, Alex? Los dos sabemos que esto no debería haber ocurrido.

–Eso dice el árbitro de la moral.

–Estás empezando a enfadarme de verdad.

–¡Lo mismo digo! –Alex dio un paso hacia él para mirarlo a los ojos–. Yo no soy una ingenua virgen, Garrett. Tú no eres el primer hombre en mi vida, pero sí el primero que lamenta haber hecho el amor conmigo. Pues muchas gracias, Garrett King.

–Alex…

–¿Por qué no te marchas de aquí y te llevas contigo tu sentido de la responsabilidad?

–No pienso ir a ningún sitio hasta que hayamos solucionado esto.

–Entonces, espero que hayas traído el almuerzo –replicó ella–. Porque

no creo que esto se vaya a solucionar.

–Tal vez si intentases ser razonable…

–¿Razonable? ¿Crees que no estoy siendo razonable? ¡Solo la buena educación que me ha dado mi madre, por no hablar de incontables gobernantas, impide que te dé un puñetazo en la nariz!

Garrett soltó una carcajada y eso la enfureció hasta el punto de cerrar el puño, con el pulgar hacia dentro, como le habían enseñado sus hermanos, y lanzarlo hacia él. Pero él lo sujetó sin el menor problema.

–Bonita educación –se burló.

–Eres insufrible.

–Eso ya me lo has dicho antes.

–Entonces, es evidente que te conocí bien desde el principio.

–Mírame a los ojos y dime que hemos hecho bien. Yo no estoy buscando una relación, esto no va a ningún sitio…

Sus palabras fueron como una bofetada, pero Alex intentó disimular.

–¿Por qué crees que yo estoy buscando una relación? ¿Tan egocéntrico eres? ¿Crees que después de acostarse contigo una mujer empieza a hacer planes de boda? Soy una princesa, Garrett. Puede que me haya marchado de casa para estar sola unos días, pero sé cuál es mi deber, lo he sabido toda mi vida. De hecho, estaba planeado para mí incluso antes de que naciera. Y esos planes no incluyen enamorarme de un neandertal y mudarme a California.

Estar tan cerca de él inflamaba algo más que su ira. A pesar de todo, lo deseaba.

Era un idiota, mentiroso, arrogante y el hombre más interesante que había conocido nunca. Y Alex tenía la impresión de que en treinta años, cuando no fuera más que un lejano recuerdo, seguiría deseándolo.

–¿Neandertal?

–¿Cómo te describirías a ti mismo?

–Desconcertado, enfadado… –Garrett hizo una pausa para levantarle la barbilla con un dedo– y más excitado que antes, si eso es posible.

No quería que fuera así, pero no podía evitarlo. Las discusiones no importaban, los desacuerdos no importaban, lo único que importaba era el siguiente beso.

–Yo también –admitió ella.

Garrett la tomó en brazos para llevarla al dormitorio y el resto del mundo desapareció. Alex olvidó su ira y se entregó a sus caricias…

Pero, de repente, él se apartó.

–¿Dónde vas?

–Vuelvo enseguida.

Y así fue, volvió un segundo después poniéndose un preservativo mientras se acercaba a la cama.

–¿Siempre llevas tantos en la cartera? –bromeó Alex.

–Los llevo desde que te conocí –admitió Garrett–. Por si acaso.

–Siempre preparado, ¿eh?

–Ese es el lema de los *boy scouts* y te aseguro que yo no soy un *boy scout*.

–No, ya lo sé –asintió ella, cuando se inclinó para pasar la lengua por su estómago–. No lo eres.

La luz de la luna entraba por la terraza y la brisa del mar movía las cortinas en un baile sensual que parecía repetir sus propios movimientos bajo las sabias manos de Garrett.

–Estás torturándome –susurró, levantando las caderas cuando las rozó con los labios.

–Ese es el plan.

–Eres un demonio. No pares.

–No pensaba hacerlo –dijo él, levantando su trasero con las dos manos mientras inclinaba la cabeza hacia su húmeda cueva.

–Garrett… –Alex dejó escapar un gemido al sentir el roce de su lengua–. Garrett, por favor… –susurró, abrumada. La intimidad era demasiado, sentía demasiado, necesitaba demasiado.

Estaba cerca, a punto de llegar, lo sentía. Y quería tenerlo enterrado en ella hasta el fondo cuando llegase.

–Garrett, por favor.

Él se apartó de inmediato, colocándola a horcajadas sobre su cuerpo, y Alex empezó a bajar, lenta, deliberadamente, el duro miembro masculino entrando en ella centímetro a centímetro hasta que Garrett estuvo seguro de que estaba tocando su corazón.

Poniendo las manos en sus caderas, la ayudó a marcar el ritmo, moviéndose como uno solo, respirando y jadeando como uno solo.

Y, por fin, llegando al clímax como uno solo.

Capítulo Diez

En la oscuridad, cuando todo estaba en silencio, Alex volvió a poner los pies en la tierra.

Tomando una bata de seda azul, atravesó el dormitorio para salir a la terraza, sintiendo el suelo de piedra bajo sus pies desnudos y la brisa del mar que enfriaba su acalorada piel.

Intentaba controlar sus emociones, pero de lo único que estaba segura era de que amaba a Garrett. Por exasperante, por mentiroso que fuera, lo amaba.

Se habían conocido solo unos días antes, pero como su madre le había dicho siempre: el amor no tenía calendario. Estaba allí o no estaba, así de sencillo.

Garrett había dejado claro que no estaba interesado en una relación y aunque lo estuviera, sus vidas eran tan diferentes que sería imposible. Ni siquiera vivían en el mismo continente.

Un momento después, él salió a la terraza y a Alex se le aceleró el corazón. Llevaba el pantalón que había descartado a toda prisa unas horas antes, pero iba descalzo y sin camisa. El torso masculino parecía suplicar sus caricias, pero Alex puso las manos en la balaustrada para no hacerlo.

–Tenemos que hablar.

–Eso no se nos da bien –murmuró ella, sin mirarlo.

Garrett se acercó un poco mas, pero sin tocarla.

–Es demasiado tarde para hacer nada al respecto, pero esto no debería haber pasado.

Seguía lamentando haber hecho el amor con ella, pensó Alex. ¿Cómo reaccionaría si supiera que lo amaba? Probablemente se lanzaría al mar desde la terraza.

–Sí, claro, tienes razón.

–Me sorprendes –dijo él–. Esperaba otra reacción.

Ella llevó aire a sus pulmones antes de volverse para mirarlo.

–¿Qué esperabas, que me pusiera a llorar?

–No, no lo sé… pero me sorprende.

–Pues no debería –Alex se felicitó a sí misma por su aparente calma–. Sé que no tenemos nada en común, que no significamos nada el uno para el otro y que esto no va a ningún sitio…

Pronunciar esas palabras le rompía corazón, pero prefería ser ella quien lo hiciera.

–No he dicho que no signifiques nada para mí, Alex –murmuró él, obligándola a mirarlo.

Pero ella no quería mirarlo a los ojos. No quería notar su calor, no quería pensar en el dolor y la desesperación que sentiría cuando volviese a casa.

La única manera de soportarlo sería fingir que no le importaba, de modo que se obligó a sí misma a sonreír.

–Ah, se me olvidaba, claro que significo algo para ti: un buen cheque.

–Tampoco he dicho eso.

–No has dicho mucho, Garrett. ¿Qué voy a pensar?

–Que eres una mujer asombrosa, inteligente, divertida, bellísima, increíblemente sexy… y una princesa.

–Ah, claro, es eso –murmuró ella, apartándose para volver a mirar el mar–. De haber sabido que era tan importante me habría puesto la corona para hacer el amor contigo.

–¡Me importa un bledo tu corona, Alex! De hecho, todo sería mucho más fácil si no fueras una princesa. ¿Crees que a tu padre le gustaría saber que estoy aquí contigo?

–¿Qué tiene que ver mi padre con esto?

–He trabajado para la mayoría de las casas reales de Europa y lo único que tenéis en común es que solo os relacionáis con gente de vuestro círculo –le espetó Garrett, enfadado–. Yo tengo más dinero que muchas de esas casas reales, pero sigo siendo un plebeyo. ¿Crees que tu padre pensará de otra manera?

–Probablemente no.

–Por eso –dijo él–. Ese es el problema, Alteza.

–La historia de mi vida –murmuró ella.

–¿Qué quieres decir?

–¿Crees que eres el único hombre que ha salido huyendo? Pues no lo eres –Alex sacudió la cabeza–. Aunque por cada uno que sale corriendo, hay docenas que corren a palacio para ver lo que pueden conseguir. Ninguno de ellos me ve a mí, a Alex, ven a la princesa. Algunos no pueden soportar la idea de formar parte de la monarquía, otros quieren pertenecer a ella a toda costa. La gente mira a la familia real y piensa: qué maravilla, toda esa pompa y circunstancia. Qué bien salir en las revistas, poder comprar lo que quieras y no preocuparte por el precio… pero siempre hay un precio, Garrett. Aunque la mayoría de la gente no lo ve. El precio es la falta de privacidad, la falta de libertad, la falta de imaginación porque debes complacer a todo el mundo. Es tener que mantener siglos de tradición, te guste o no, porque es tu deber. ¿Crees que no entiendo tu deber de protegerme? Te aseguro que sí. El deber es lo primero que me enseñaron; el deber hacia mi país, hacia la corona, hacia los ciudadanos de Cadria. Mi familia ha reinado en Cadria durante siglos y es nuestro deber que siga siendo así, de modo que entiendo que consideres tu deber protegerme, pero eso no significa que me guste.

Garrett la estudió en silencio durante unos segundos y luego, sin decir nada, la abrazó. Y ella dejó que lo hiciera. Probablemente otro error monumental, pero necesitaba el consuelo de sus brazos.

–Menudo discurso.

–Sí, lo sé. No suelo quejarme porque nadie lo entendería, pero…

–Yo sí lo entiendo –la interrumpió Garrett–. ¿Por qué tiene que ser tu padre un rey?

Alex sonrió.

–Quieres fingir que lo que ha pasado ha sido un error, pero yo he disfrutado inmensamente.

–Y yo también, Alex. Ese es el problema.

–No tiene por qué serlo.

Garrett sacudió la cabeza.

–Estoy haciendo un trabajo y eso no incluye acostarme contigo.

Aquella no era la escena amorosa a la luz de la luna con la que ella había soñado.

–Sí, lo sé –murmuró–. Me pregunto si te dará un aumento.

–¿Qué?

–Tal vez si le cuento a mi padre lo buen amante que eres…

–Para ya, Alex.

Ella se sentía como una tonta. Le había abierto su corazón y Garrett elegía ese momento para recordarle que su padre le pagaba un sueldo. ¿Cómo podía amar a un hombre que la veía solo como un trabajo? ¿Cómo podía haber olvidado que Garrett le había mentido desde el primer día, que su padre le pagaba para que la vigilase?

Muy bien. Si quería darle la espalda a lo que había entre ellos, no podía detenerlo. Lo amaba, pero no era tan tonta como para no dar un paso atrás cuando llegaba al borde del precipicio.

Alex se apartó, intentó soportar el frío que sentía al perder el calor de su cuerpo.

–Eres tú quien ha sacado el tema.

–Solo quiero que entiendas que resultó imposible decirle que no a tu padre.

–Lo sé por experiencia.

Garrett suspiró.

–Cuando supe quién eras me preocupé. Llamé a tu padre y le dije que estaba inquieto sabiendo que no tenías protección. También lo estaba él, por supuesto. Y también hablé con tu madre.

Alex asintió con la cabeza.

–Y te convencieron entre los dos.

–Sí, supongo que se podría decir que fue así.

–Se les da muy bien hacer eso. Así es como lidian con mis hermanos y conmigo, formando un equipo contra nosotros.

–Entonces entenderás…

–Que aceptaras –lo interrumpió ella–. Lo que no entiendo es que me mintieras.

–Te mentí porque me vi obligado a hacerlo. Me contaron que habías escapado de tus guardias…

–Y, como me mentiste, nunca intenté escapar de ti.

–No podía arriesgarme, Alex. Tú sabes que estás en peligro sin guardaespaldas, sabes que eres un objetivo. En cuanto a luchar contra lo que empezaba a nacer entre nosotros… –Garrett sacudió la cabeza, como si no pudiera creer lo que había pasado–. En mi trabajo, si te distraes alguien puede perder la vida. Y yo no voy a dejar que eso te pase a ti.

–Si no vives, es como si estuvieras muerto. ¿Es que no lo ves?

–Lo que veo es que he dejado que me afectes demasiado –dijo él,

mirando sus ojos–. Yo no quería que fuera así, pero así ha sido.

Una parte de ella se emocionó al escuchar eso, pero el brillo de sus ojos no era cariñoso y la tensión de su mandíbula y su cuerpo decían que había tomado una decisión. Alex iba después de su sentido del deber.

Y lo que dijo inmediatamente después lo dejó bien claro:

–Aunque te deseo como no he deseado a ninguna otra mujer, esto no puede volver a pasar mientras yo sea responsable de tu seguridad.

Ahí estaba, el sentido del deber. Ella debería respetarlo porque lo entendía mejor que nadie, pero eso no la animaba.

Garrett no podría haberlo dejado más claro.

–No te preocupes –le dijo, intentando esconder sus sentimientos–. Estás a salvo conmigo. No tengo interés…

–Mentirosa.

Ella hizo una mueca.

–Me parece asombroso que tú, precisamente tú, te atrevas a usar ese adjetivo contra otra persona.

–Y a mí me parece asombroso que tú puedas enfadarte conmigo por hacer algo que tú haces tan bien.

Alex se volvió hacia el dormitorio para terminar con la conversación.

–Antes de irte, ¿quieres mirar en el baño por si hubiera algún asesino escondido?

–Muy graciosa.

Ella tomó el cepillo de la cómoda y empezó a cepillarse el pelo.

–Tú crees que yo quiero algo más de esta relación, pero no es así.

–Estás mintiendo de nuevo –dijo Garrett.

–Deja de decir que miento. Es una grosería.

–Entonces, deja de mentir.

–Lo mismo digo.

–No estoy mintiendo. Sigo deseándote, ya te lo he dicho.

–Yo también.

–Maldita sea, Alex.

–Deja de hablar y bésame.

Garrett lo hizo y ella dejó de pensar. Al menos, durante unas horas. Pronto lo lamentaría, pero por el momento solo quería sentir.

Cuando la tomó en brazos para dejarla sobre la cama y vio el brillo de deseo en sus ojos se estremeció.

Por el momento, eso era más que suficiente.

Tres días después, Garrett estaba a punto de explotar. Alex sabía quién era y parecía deleitarse sacándolo de sus casillas. Insistía en pasear por calles llenas de gente, comprar en centros comerciales abarrotados e incluso ir al zoo de San Diego. Era como si hubiese decidido hacer que se ganase el sueldo.

Y era una pesadilla para un experto en seguridad.

Garrett sabía muy bien que solo era cuestión de tiempo que alguien descubriese su identidad. Tarde o temprano, alguien daría la voz de alarma y los *paparazzi* se lanzarían sobre ella.

Pero, aparte de encerrarla en la suite del hotel, no sabía qué hacer. Alex era una mujer alta, guapísima, con una perpetua sonrisa en los labios, que llamaba la atención en todas partes. Y él iba a su lado constantemente, pero eso no era suficiente.

No podía soportar la idea de que pudiera pasarle algo. Era natural, se decía a sí mismo. Al fin y al cabo, estaba a su cargo. Era su trabajo, nada más.

Alex estaba tentando a la suerte y eso empezaba a hacer que perdiese los estribos.

Aquel día había insistido en ir a un albergue para mujeres maltratadas, con objeto de comparar el programa que tenían allí con el de Cadria.

Jane, la directora, se había mostrado encantada con la presencia de Alex, pero le había pedido a él que se quedase en el vestíbulo.

Ningún problema, de ese modo podía vigilar sin llamar la atención. Ver a Alex hablando con la directora del albergue hizo que su admiración por ella aumentase. No estaba allí como princesa. Se había presentado como una voluntaria europea y, en unos minutos, Jane y ella charlaban como si fueran viejas amigas.

Era mucho más que una princesa de cuento. Estaba dispuesta a ayudar de verdad y le importaba la gente necesitada…

–¿Eres policía?

Garrett se enfadó consigo mismo por no haber visto que un niño se acercaba por detrás. Alex lo distraía como nadie.

–No, no soy policía.

–Pareces policía –insistió el niño, mostrando una sonrisa en la que faltaba un diente–. Estás tieso como ellos.

Genial. Ni siquiera pasaba desapercibido para un niño de cinco años.

–Si te estiras mucho, creces más –bromeó.

–¿Es tu novia? –le preguntó, señalando a Alex.

Esa era una pregunta inesperada. Aunque pasaba tiempo suficiente con los hijos de sus primos como para saber que decían lo primero que se les pasaba por la cabeza.

–No –respondió–. Es una amiga.

–Es guapa. Y huele bien.

–Sí, huele muy bien –asintió Garrett.

–¿Por qué no es tu novia?

–¿Por qué debería serlo?

–Porque es guapa y sonríe cuando te mira.

–¡Timmy! –gritó una mujer desde el otro lado del vestíbulo.

Garrett miró a Alex y ella le sonrió. Como siempre, esa sonrisa hizo que le temblasen las rodillas y, de nuevo, tuvo que reconocer que había caído en un agujero del que no sabía cómo salir.

Alex lo pasaba en grande viendo cómo Garrett perdía los nervios en la playa. Hacía un día precioso para tumbarse en la arena y disfrutar de los últimos días del verano. No había mucha gente, solo unos cuantos niños haciendo castillos en la arena y varios surferos subidos sobre sus tablas, esperando la ola perfecta.

Todo el mundo estaba pasándolo bien, pensó. Todo el mundo salvo Garrett King.

Era tan fácil sacarlo de quicio. Y Alex había descubierto que eso era muy divertido.

Parecía decidido a mantener las distancias y no la había tocado desde esa noche en el hotel, pero Alex había decidido hacerle la vida imposible. Si ella iba a pasarlo mal, también lo pasaría mal él.

Hacía que la gente temiera acercarse a ella con su seria expresión de guardaespaldas, pero afortunadamente no todos se sentían intimidados y le encantaba ver lo furioso que se ponía cuando flirteaba con otros hombres.

Por ejemplo, el surfero que acababa de hacerle un guiño. Si no estuviera enamorada de aquel hombre exasperante, sentiría la tentación de acercarse al chico…

–Es bajito –dijo Garrett.

–Debe medir un metro ochenta.

–Es más bajito que yo.

–La mayoría de los hombres son más bajitos que tú. Eso no es un crimen.

–Debe tener treinta años y está en la playa un día de diario.

–También tú estás en la playa –le recordó ella.

–Pero yo estoy trabajando.

–Ah, claro, es verdad. Y yo no debo olvidarlo –Alex apretó los dientes, volviéndose para mirar al guapo surfero. El traje de neopreno se pegaba a su atlético cuerpo y su largo pelo castaño claro tenía reflejos rubios del sol, de modo que debía ir a la playa a menudo… tal vez Garrett tenía razón y era un holgazán.

–Alex, no empieces.

–Yo no he empezado nada. Eres tú quien insiste en recordarme que soy tu responsabilidad. No puede decirte lo halagador que es eso.

Garrett suspiró.

–Déjalo ya.

–Pero aunque tu trabajo sea vigilarme –siguió ella– eso no te da derecho a decirme a quién puedo mirar y a quién no.

–Si es peligroso, sí.

Alex soltó una carcajada.

–Sí, claro, como el universitario de ayer en la galería de arte. Peligrosísimo. Estaba tan nervioso que se le cayeron los libros de la mano.

Él frunció el ceño.

–No dejaba de tocarte.

–Porque había mucha gente en la galería.

–Eso es lo que él quería que pensaras, pero no estaba nervioso, Alex, estaba al ataque. No dejaba de chocar contigo por causalidad… y no había tanta gente.

–No, claro, cuando lo sacaste a empujones, la galería se vació.

Garrett sonrió al recordarlo.

–Eso lo desanimó, sí.

–Y a todos los demás hombres. La gente prácticamente salió corriendo.

–Sí… –Garrett seguía sonriendo.

–Eres imposible, ¿lo sabes?

–Si no lo sabía antes de conocerte, tú me lo has dicho suficientes veces.

–Y, sin embargo, no me haces caso –Alex se quitó la arena del pantalón corto–. Deberías preguntarte a ti mismo por qué te tomas como algo personal que un hombre me mire.

–Tú sabes por qué.

–Sí, ya, el trabajo, lo sé. Pero yo creo que es algo más, Garrett. Creo que es mucho más y que eres un cobarde por no admitirlo.

Él apartó la mirada y Alex supo que había dado en el clavo. Muy bien,

se alegraba.

–Deja de provocarme –murmuró Garrett–. Tú sabes lo que pasa cuando me provocas.

–Sí, lo sé –asintió ella, pasándose la lengua por los labios en un gesto travieso–. Eso es lo más divertido.

Capítulo Once

–Me despido.

–¿Perdón? –el tono del rey de Cadria era cortante.

Garrett sabía que aquella llamada no iba a ser fácil, pero no podía hacer nada. Había decidido renunciar a su puesto de guardaespaldas y el padre de Alex tendría que lidiar con ello.

–Me ha oído perfectamente, Majestad –le dijo, mirando las sombras de su estudio. En su vida había muchas sombras; siempre estaban ahí, dispuestas a saltar sobre él, y la luz de Alex, más brillante que ninguna, no podía borrarlas–. He decidido dejar mi puesto como guardaespaldas de la princesa.

Aquellos últimos días habían sido una tortura. No podía estar con ella sin desearla y no podía tenerla mientras fuera el responsable de su seguridad.

No, la verdad era que no podía tenerla, punto.

Aunque se dejara llevar por sus sentimientos, ¿dónde los llevaría eso? Alex tendría que volver a Cadria para cumplir con sus obligaciones y él se quedaría en California, llevando su negocio.

Era una princesa y, aunque él fuera rico y pudiera ofrecerle la clase de mansión llena de sirvientes a la que estaba acostumbrada, no tenía pedigrí, ni apellido.

Era un King y estaba orgulloso de ello. El problema era que Alex era la hija de un rey.

Ante ellos no había más que un camino lleno de desilusión y tristeza y

él prefería ahorrarse esa parte de las vacaciones.

–Señor King, no puede dejar a mi hija sola y desprotegida. Necesitaré tiempo para encontrar a otra persona…

–No voy a dejarla sola, Majestad. Me encargaré de que alguien la vigile hasta que suba al avión que la lleve a casa.

–¿Puedo preguntar por qué ha decidido dejar de protegerla personalmente?

Una pregunta difícil de responder, pensó Garrett. No podía confesarle al rey que no quería aceptar dinero por proteger a una mujer a la que quería en su cama.

–Digamos que Alex y yo nos hemos hecho amigos y me siento incómodo aceptando dinero de su padre.

Al otro lado de la línea hubo un largo silencio y Garrett lo entendió. No podía ser fácil estar a miles de kilómetros de alguien cuya seguridad te preocupaba.

–Muy bien, agradezco su ayuda. No lo olvidaré, señor King.

Mucho después de haber colgado, Garrett seguía en su estudio, a oscuras. No, tampoco él lo olvidaría.

Nunca.

El golpecito en la puerta de la suite a medianoche asustó a Alex, que dejó a un lado el libro que estaba leyendo y saltó del sofá, atándose el cinturón de la bata. No esperaba a nadie y siempre llamaban de recepción antes de que subieran a limpiar la suite…

Al acercarse a la mirilla y ver a Garrett al otro lado, le dio un vuelco el corazón y apoyó la frente en la puerta, intentando llevar oxígeno a los pulmones. ¿Aquel hombre siempre la afectaría de ese modo?

Intentó calmarse antes de abrir.

–No te esperaba hasta mañana.

–Ha ocurrido algo.

Alex frunció el ceño al notar que estaba particularmente serio.

–¿Qué pasa?

Garrett tenía sombra de barba y estaba despeinado, como si se hubiera pasado la mano por el pelo varias veces.

–Solo he venido a decir que tú ganas.

–¿Qué?

Él sacudió la cabeza.

–He hablado con tu padre hace un rato y le he dicho que renuncio.

–¿De verdad?

Debería estar encantada y, sin embargo, intuía que había algo más.

–Le he dicho que no podía aceptar su dinero por mantenerte a salvo.

–¿Por qué has hecho eso?

–Tú sabes por qué –Garrett la miró de arriba abajo y tuvo que tragar saliva–. Pero eso no significa que vaya a desaparecer. Otra persona cuidará de ti, pero yo estaré al tanto… quiero asegurarme de que no te ocurra nada mientras estés aquí.

Alex le tomó la cara entre las manos.

–No me va a pasar nada.

Él apretó sus manos, su expresión era sombría y decidida.

–Desde luego que no.

–Estás más obsesionado por protegerme que los guardias de palacio. ¿Por qué?

–Porque no pienso fracasar otra vez.

–¿A qué te refieres?

Garrett la soltó, mirando el libro que había dejado sobre el sofá.

–¿Una novela romántica?

–No hay nada malo en un final feliz.

–Los finales felices son irreales, Alex.

–No tienen por qué serlo.

–Tú no lo entiendes… en fin, no hay razones para que lo entiendas.

Garrett estaba a un metro de ella y, sin embargo, sentía como si hubiera una gran distancia entre ellos. Y no sabía por qué.

–Entonces, explícamelo. Dime qué te pasa.

Garrett se pasó una mano por la cara. Nunca lo había visto tan agitado…

–Hace diez años, un millonario me contrató como guardaespaldas de su hija.

Alex contuvo el aliento. Por fin iban a llegar a la raíz del problema y no quería interrumpirlo. Pero, al mismo tiempo, intuía que una vez que se lo contase nada sería lo mismo para ninguno de los dos.

–Se llamaba Kara –Garrett esbozó una sonrisa que desapareció inmediatamente–. Era una chica preciosa, inteligente y muy cabezota. Se parecía a ti.

Ella tragó saliva, pero permaneció en silencio.

–Me distraje –siguió Garrett, de nuevo pasando una mano por su pelo–. Me enamoré de ella y…

Los celos clavaron su aguijón en el corazón de Alex. Pero era absurdo. Habían pasado diez años y, evidentemente, la relación no había terminado bien.

–¿Qué pasó?

–Que dejé mi trabajo –respondió él–. Sabía que no podía concentrarme y le dije a su padre que no podía hacerme responsable de su seguridad. Dos días más tarde, Kara se zafó de su nuevo guardaespaldas, dejando una nota en la que decía que iba a buscarme. Nunca llegó a mi casa. Ese mismo día fue secuestrada y asesinada…

–Dios mío…

–No voy a dejar que eso te ocurra a ti, Alex.

–Esa tragedia no tiene por qué repetirse.

–Lo sé, lo sé, pero no es solo Kara… tú y yo somos demasiado diferentes, Alex –Garrett sacudió la cabeza–. No quiero enamorarme de ti. ¿Para qué?

Ella no sabía qué decir y sus ojos se llenaron de lágrimas, pero parpadeó furiosamente para controlarlas. No iba a llorar delante de él. ¿Para qué?

Se había convencido a sí misma de que había una conexión especial entre ellos, pero en realidad no era más que un romance de verano destinado a terminar tarde o temprano. Amaba a un hombre que estaba decidido a no amarla y no podía hacer nada.

¿Lo haría si pudiera?

No, tenía demasiado orgullo para eso. Y esa emoción, el orgullo, estaban detrás de sus palabras cuando le espetó:

–Yo nunca he dicho que te amase.

–Por favor… –Garrett esbozó una sonrisa condescendiente que la sacó de sus casillas–. Lo veo en tu cara, lo siento en tus caricias. Pero estás buscando algo que yo no puedo darte.

Esas palabras fueron como una bofetada, pero Alex mantuvo la cabeza erguida y la expresión desafiante.

–No es que no puedas, es que no quieres.

–Es lo mismo –respondió él, cruzándose de brazos.

–Para ser un hombre que se enorgullece de ver todos los ángulos de cualquier situación, eres sorprendentemente ciego.

–¿No me digas?

–Sí, te lo digo –Alex dio un paso hacia él–. Siento mucho lo de Kara, pero no fue culpa tuya.

–Dejó a su guardaespaldas por mi culpa. Si no me hubiese enamorado de ella, Kara seguiría viva.

–O no. Tú no eres Dios, Garrett. No tienes poder sobre la vida o la muerte y no puedes proteger a todos los que te importan.

–No, pero sí puedo limitar el número de personas que me importan –replicó él.

–Entonces, en lugar de amar y arriesgarte a sufrir, prefieres empequeñecer tu mundo… ¿crees que así el peligro pasará de largo?

Él no respondió, pero no tenía que hacerlo. Y Alex supo con toda certeza que lo que había entre ellos había terminado. No habría más besos, más caricias, más risas. Solo Garrett en su papel de caballero andante defendiendo a su protegida.

Y eso no era suficiente para ella.

–La diferencia entre nosotros es que yo no voy a negarme a mí misma algo maravilloso por miedo a perderlo.

–Porque nunca has perdido a nadie a quien quisieras.

–Te equivocas –dijo ella, esbozando una triste sonrisa–. Acabo de hacerlo.

–Alex…

–Creo que deberías irte.

Todo había terminado. Garrett no podía haberlo dejado más claro. No la quería, la veía como una responsabilidad que lo asustaba y ella quería romance, magia.

–Muy bien, me iré, pero volveré por la mañana. No salgas del hotel sin mí.

Alex no respondió porque una orden no requería respuesta. Sencillamente se quedó donde estaba, viendo cómo salía de la suite y cerraba la puerta.

A primera hora de la mañana, Garrett tuvo que hacer un inesperado cambio de planes. Griffin necesitaba que lo acompañase a una reunión con un nuevo cliente y, después de haberlo dejado a cargo de la empresa durante esos días, no podía negarse.

Había estado despierto gran parte de la noche, reviviendo la escena en la suite y aún podía sentir el frío en la habitación cuando le dijo que no podía amarla. Podía ver sus ojos cuando le dijo que se fuera, sintiendo como si una mano de hierro le apretase el corazón, pero lo aceptaba como el precio que tenía que pagar por haber cometido un error.

Y sabía que eso era algo que lo perseguiría mucho tiempo.

Cuando iba hacia San Diego por la autopista 405 decidió llamar a Alex para avisarle del cambio de planes.

–Dime, Garret.

Su voz sonaba fría, distante, y probablemente era lo mejor. Si estaba furiosa con él, no estaría dolida. No había querido hacerle daño, pero había ocurrido de todas formas y lo mejor que podía hacer era seguir tratándola con cierta distancia.

–No voy a poder ir a buscarte esta mañana. Mi hermano me necesita y…

–No tienes que darme explicaciones –lo interrumpió ella–. Imagino que estarás muy ocupado.

–Sí, pero he enviado a una de mis mejores agentes, Terri Cooper. Está en el vestíbulo ahora mismo, esperando que la llames. Es una chica estupenda, de modo que no tendrás ningún problema con ella.

–No necesito una niñera, Garrett.

–No es una niñera, es una guardaespaldas bien entrenada. Si no quieres salir con ella, puedes quedarte en el hotel. Creo que podré volver a Huntington Beach a la hora de la cena.

–Y yo debo esperarte aquí sentada, ¿no?

–Alex, no empieces. Tú sabes que no es eso…

–Claro que es eso. Das una orden y esperas que la obedezca sin protestar.

Garrett estuvo a punto de tomar la primera salida de la autopista para volver a Huntington Beach, pero su hermano lo esperaba en La Jolla, de modo que estaba contra la espada y la pared.

–Sigo estando a cargo de tu seguridad, aunque no lo haga personalmente.

–No es verdad. Tú mismo dijiste anoche que habías renunciado al trabajo, de modo que eres un ex y yo no acepto órdenes de un ex.

–Terri irá contigo si sales del hotel, te guste o no. Volveré en cuanto sea posible, pero ten cuidado, por favor.

–Adiós, Garrett.

Él apretó los dientes, airado, cuando Alex cortó la comunicación.

Garrett miró su cerveza y luego el pub medio vacío. Supuestamente era un pub irlandés, pero él había visto auténticos pubs irlandeses unos meses antes, cuando estuvo en Dublín con su primo Jefferson, y aquello no se

parecía nada. Era un sitio para turistas, con paredes forradas de madera, banderas irlandesas e incluso un típico duendecillo de bronce sobre la barra.

Griffin y él habían terminado pronto su reunión con el cliente y habían parado allí para comer algo antes de volver a casa. Seguía preocupado por Alex, pero Terri no había llamado, de modo que todo estaba bien.

–Tienes muy mala cara –dijo su hermano.

–Llevo días sin dormir.

–La princesa, claro.

Garrett asintió con la cabeza.

–Ese es el problema, que es una princesa, de modo que no hay nada que hacer.

–Está claro que yo he heredado todo el cerebro –bromeó Griffin, sacudiendo la cabeza–. ¿No la quieres porque es una princesa?

–Alex vive en Europa, en un palacio, tiene deberes hacia la casa real de su país…

–¿Crees que a su familia no le gustaría un experto en seguridad?

–Su padre seguramente ya habrá elegido un marido para ella –dijo Garrett. Y pensar eso lo dejaba desolado.

–¿Y qué más?

–Kara.

La mujer a la que había amado y a la que había perdido. No sabía si podría soportar eso otra vez.

–Llevo años oyendo esa excusa, pero ya no me la creo –dijo su hermano.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Quiero decir que te estás escondiendo. Sí, lo que le pasó a Kara fue terrible, es verdad, pero tú sabes muy bien que no fue culpa tuya.

Garrett tomó un trago de cerveza y dejó la botella sobre la mesa.

–Vamos a dejarlo.

–Amabas a Kara y ella murió.

–Gracias por la noticia, pero no necesito que me lo cuentes, lo sé muy bien. Lo viví en primera persona.

–Y has muerto por el camino. O, al menos, has dejado de vivir, que es lo mismo.

Garrett fulminó a su hermano con la mirada, pero no sirvió de nada. Nada podía hacer callar a Griffin cuando creía que tenía algo que decir.

–Ahora aparece una princesa en tu vida y tú te cierras en banda, sacas a

Kara del pasado y la usas como escudo. El problema no es Kara, Garrett, no lo ha sido nunca. El problema eres tú.

La camarera llegó con su pedido y Griffin empezó a comer mientras él le daba vueltas a la cabeza. Tal vez su hermano tenía razón. ¿Estaba usando a Kara como escudo? Si era cierto, Alex había tenido razón al acusarlo de empequeñecer su mundo para no sufrir.

Cuando la camarera se alejó, Griffin dijo:

–Parece que se te ha encendido la bombilla.

–Tal vez –admitió él–. Pero aunque tuvieras razón, eso no cambia nada. Alex sigue siendo una princesa europea… una princesa de verdad. ¡Vive en un palacio!

–Y tú vives de un lado a otro. De hecho, pasas más tiempo en el avión que en tu casa. ¿Qué te retiene aquí?

Garrett hizo una mueca. ¿Era él único que veía el problema? Alex no parecía verlo y Griff tampoco.

–¿Y nuestro negocio?

–Más excusas –Griffin hizo un gesto con la mano–. Podemos llevar el negocio desde cualquier sitio y tú lo sabes muy bien.

El corazón de Garrett empezó a latir con tal fuerza que el ruido del pub se desvaneció. Solo podía escuchar su propia voz diciéndole a Alex que no quería amarla. Pero era mentira, porque la amaba. Había tenido que llamar a su padre para decirle que no podía seguir aceptando dinero por ser su guardaespaldas porque estaba enamorado de ella. Había mantenido las distancias porque no quería hacerle el amor sabiendo que tendría que despedirse.

¿Pero tenían que despedirse?

¿Y si estaba equivocado? ¿Y si había una posibilidad de que un plebeyo se casara con una princesa? No sería la primera vez. Tal vez estaba ciego, como ella le había dicho. Ciego y estúpido. Pero eso podía cambiar.

Le sonó el móvil en ese momento y, al ver en la pantalla el número de Terri, respondió a toda velocidad, con un nudo en el estómago.

–¿Qué ocurre?

–Jefe, me dijiste que me pegase a ella, pero…

–¿Qué ha ocurrido? –le interrumpió Garrett, imaginando un accidente, un asesinato, un secuestro…

–Me hizo llevarla a Los Ángeles y…

–¡Garrett, mira esto! –gritó su hermano entonces, señalando la televisión sobre la barra del bar. No tenía sonido, pero no le hacía falta

porque lo que veía en la pantalla era más que suficiente.

Alex. Pero una Alex a la que no conocía, rodeada de micrófonos, su largo pelo sujeto en un complicado moño y pendientes de diamantes en las orejas. Llevaba un vestido de color verde pálido que parecía hecho a medida y tenía el aspecto distante, remoto de… en fin, de una princesa.

Garrett se levantó de un salto para acercarse a la televisión.

–¿Puede subir el volumen? –le gritó al camarero.

El hombre lo hizo y…

–Alteza, ¿cuánto tiempo lleva en California y por qué su visita era un secreto? –le preguntaba un reportero.

Ella sonrió a la cámara y Garrett casi podría jurar que lo miraba a él directamente.

–Llevo dos semanas en California –respondió, con una voz modulada, aristocrática–. En cuando al secreto de mi visita, quería tener la oportunidad de ver América de verdad y conocer gente sin la barrera de mi título.

Griffin estaba a su lado, pero Garrett no se dio cuenta porque solo veía a Alex, que tenía un aspecto tan diferente, tan lejano.

–¿Y le ha gustado? –le preguntó otro reportero.

–Mucho –respondió ella–. He disfrutado muchísimo. Este es un país maravilloso y me han recibido con gran simpatía.

–¿Vuelve a casa, Alteza?

–Sí.

–¿Qué echará de menos de California?

Alex hizo una larga pausa.

–Es una pregunta difícil de responder. Me encantó Disneylandia pero lo que de verdad echaré de menos es la gente a la que he conocido aquí. Y no los olvidaré nunca.

Se marchaba, pensó Garrett. Y tal vez era lo mejor.

La cámara se alejó de ella y en la pantalla apareció el presentador del programa.

–La princesa Alexis hablando en directo para ustedes desde el consulado de Cadria en Los Ángeles. Durante esta semana ha habido muchas especulaciones sobre su paradero, pero esta tarde un jet privado la llevará de vuelta a su país…

Garrett, que había dejado de escuchar, volvió a la mesa.

–Garrett…

Él miró a su hermano, en silencio, y se concentró en comer una

hamburguesa que sabía a cartón.

Capítulo Doce

Todo estaba exactamente como lo había dejado.

No sabía por qué la sorprendía, pero así era. Ella estaba tan cambiada que había esperado que también el palacio fuera diferente.

En la terraza de su habitación, se volvió para mirar los muros rosados del palacio que ella llamaba su hogar, las ventanas emplomadas que parecían hacer guiños bajo la luz del sol, la bandera de Cadria ondeando en el mástil de la torre y el mar al fondo.

Desde que volvió a casa una semana antes había retomado su rutina habitual, visitando dos colegios y presidiendo la inauguración de un nuevo parque…

No podía ir a un centro comercial o pasear por las calles tranquilamente. Iba siempre rodeada de guardias, algo que Garrett aprobaría, en coches oficiales. Las tiendas cerraban para que la princesa comprase y los dependientes le hacían reverencias.

Cuánto echaba de menos ser una persona normal.

Por supuesto, su familia no lo veía de ese modo. Su hermano mayor estaba a punto de comprometerse oficialmente y los otros dos hacían lo que solían hacer: dedicarse a sus labores oficiales y participar en algún partido de polo o en alguna carrera de coches cuando tenían tiempo libre.

Su padre no la había interrogado sobre el viaje a California y seguramente tenía que agradecérselo a su madre.

Y lo agradecía porque aún no estaba preparada para hablar de Garrett. Seguramente no lo estaría nunca. ¿Para qué torturarse por un hombre que

no la veía más que como un problema?

–Será idiota –murmuró, pateando la balaustrada de la terraza y dejando escapar después un gemido de dolor.

–Vaya, vaya –escuchó una voz familiar tras ella.

Alex miró a su madre, la reina Teresa de Cadria, que seguía siendo una mujer muy bella. Alta y elegante, su pelo rubio cortado en una melenita que le llegaba por la barbilla, llevaba un pantalón verde, una blusa de seda y zapatos planos, como única joya su anillo de compromiso.

Teresa Hawkins era una chica de California que se casó con un rey y que nunca había olvidado sus raíces.

–No sabía que estuvieras ahí.

–Evidentemente –dijo su madre–. ¿Te importaría decirme quién es el idiota?

–Garrett King –respondió Alex.

–Lo que yo sospechaba –Teresa sonrió, como intentando animarla a hablar.

–Es arrogante, pomposo y cree que puede decirme lo que tengo que hacer. Es como papá, en realidad, pero también me hacía reír y…

–Y estás enamorada de él –terminó su madre la frase por ella.

–Sí, pero se me pasará.

–¿Por qué quieres que se te pase?

Alex sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas y tuvo que hacer un esfuerzo para controlarse.

–Porque él no me quiere, mamá.

–Alex… –empezó a decir la reina, apretándole la mano– pues claro que te quiere. ¿Por qué si no se negaría a seguir aceptando dinero por protegerte?

–Porque es un cabezota.

–También tu padre es un cabezota, cariño.

–Pero lo vuestro fue diferente. Os conocisteis en Disneylandia y se enamoró locamente de ti…

Su madre soltó una carcajada.

–¿De qué te ríes?

–No me río de ti, cariño. Pero es que… tu padre tenía razón. Cuando eras pequeña solía decirme que estaba llenando tu cabeza de historias románticas y expectativas imposibles.

Desconcertada, Alex frunció el ceño.

–Pero la vuestra fue una historia de amor de novela romántica.

–Conocí a Gregory en Disneylandia, es verdad. Él compró algo en la tienda en la que yo trabajaba entonces porque necesitaba una excusa para hablar conmigo. Pasamos mucho tiempo juntos y, en resumen, nos enamoramos. Pero el final feliz no llegó de inmediato, cariño.

–¿No?

–Tu padre me dijo que no podía casarse conmigo porque los ciudadanos de su país no aceptarían que se casara con una plebeya y sus padres no lo permitirían nunca. Así que volvió a Cadria…

–¡Pero eso es ridículo! –exclamó Alex–. Los ciudadanos de Cadria te adoran.

–Ahora sí, pero entonces era diferente. Yo me quedé desolada y furiosa al ver que había renunciado a nuestro amor tan fácilmente.

–¿Y qué pasó?

–Que me echaba de menos –Teresa sonrió–. Me llamaba por teléfono, pero yo no quería hablar con él.

Me enviaba regalos y cartas que yo le devolvía sin abrir.

–No puedo creer que papá se marchase…

–No es fácil luchar contra siglos de tradición, hija. Y tampoco contra tu abuelo, que no estaba interesado en una nuera plebeya.

–Pero…

–Lo sé, tu abuelo me quería… –Teresa dejó escapar un suspiro– pero tu padre tuvo que amenazarlo con abdicar para que entrase en razón.

–¿Papá estaba dispuesto a renunciar al trono por ti?

–Así es –Teresa suspiró de nuevo, esta vez de satisfacción–. Afortunadamente, no tuvo que hacerlo y ahora es un buen rey. Pero cuando su padre vio que hablaba en serio, no tuvo más remedio que claudicar.

–Vaya –Alex no sabía qué más podía decir. Ella no sabía nada de las intrigas y problemas del matrimonio de sus padres.

–Cuando todo estuvo solucionado, Gregory volvió a California con el anillo de su abuela y el resto, como dicen, es historia –dijo su madre, dejando que el diamante brillase bajo la luz del sol.

–No tenía ni idea.

–Tal vez debería haberte contado antes la verdad, pero te la cuento ahora porque no debes rendirte –su madre le pasó un brazo por los hombros–. El amor es una emoción muy poderosa y cuando se siente es imposible alejarse u olvidarse de ella. Si Garrett es como Gregory, siempre habrá esperanza.

–Perdone, Majestad…

Teresa levantó la mirada.

–Dime, Christa.

–He servido el té en el salón, Majestad.

–Gracias, Christa. Entraremos enseguida –cuando la criada se alejó, después de hacer una reverencia, Teresa se volvió hacia su hija–. Voy a servir el té, cariño. Entra cuando estés lista.

Alex asintió con la cabeza, pensativa. ¿Tendría razón? ¿Aún habría esperanzas con Garrett? La historia de amor de sus padres no había sido tan fácil como ella había creído, pero había terminado bien porque su padre estaba enamorado…

Garrett, sin embargo, se negaba a enamorarse de ella.

Alex volvió la cabeza para mirar el mar y al hombre que estaba al otro lado del mundo. La esperanza podía ser a la vez una bendición y una maldición.

–Me lo ha devuelto –Garrett entró como una tromba en el despacho y tiró algo sobre el escritorio.

–¿Qué? –Griffin levantó la mirada, sorprendido.

–El collar que le había enviado a Alex, me lo ha devuelto. ¿Por qué haría algo así? –siguió él, pensando en el collar de platino que había encargado especialmente para Alex.

No sabía por qué era tan importante para él que tuviese un recuerdo del tiempo que habían pasado juntos, pero así era. No podía tenerla, pero tampoco podía dejarla ir del todo.

Las últimas dos semanas sin ella habían sido un infierno. Ya nada le parecía bien sin Alex.

–A lo mejor ella no quiere recordar –sugirió Griffin.

–¿Por qué no iba a querer recordar? Lo pasó de maravilla.

–Sí, es cierto, pero ahora está de nuevo en su palacio.

–Y ha cerrado la puerta, ¿no?

¿De verdad podía apartarlo de su memoria tan rápidamente?

–¿No fuiste tú quién cerró la puerta? –le recordó Griffin.

–Eso da igual –Garrett no necesitaba que su hermano le recordase algo que era obvio.

Dos semanas sin ella. Daba igual que hubiera hecho lo que debía hacer, daba igual que supiera que no podía haber funcionado, la echaba de menos como echaría de menos un brazo o una pierna.

Había sabido que la echaría de menos, por supuesto, pero no había

contado con no poder dormir o concentrarse en el trabajo o disfrutar de una simple comida. No había contado con verla en todas partes, con escuchar su voz a cada paso.

–¿Vas a limitarte a pasear por la oficina como un león enjaulado?

Garrett se detuvo para fulminar a Griff con la mirada.

–¿Y qué quieres que haga?

–Tú sabes lo que quiero que hagas, la cuestión es si vas a hacerlo.

–Si lo supiera, ya lo habría hecho.

–Entonces, a lo mejor esto te abre los ojos –Griffin sacó una revista del cajón–. No iba a enseñártelo, pero tal vez deberías verlo.

Al ver la fotografía en primera página, Garrett sintió que se le paraba el corazón. Era Alex, con su corona de princesa, del brazo de un hombre que llevaba un montón de medallas en la pechera del esmoquin. El pie de foto decía: «¿Posible compromiso real?».

–No, no, no…

–Me parece que deberías intentar recuperarla antes de que sea demasiado tarde –dijo Griffin.

Garrett solo podía ver el rostro de Alex, a la que estaba a punto de perder para siempre a menos que se arriesgase…

–Llama a Jackson. Dile que tenga listo uno de sus jets lo antes posible. Me voy al aeropuerto.

Griffin estaba riendo a carcajadas mientas hacía la llamada, pero su hermano ya había desaparecido.

–¿Donde está? –exclamó Garrett.

–Si no le importa seguirme, señor –dijo el mayordomo, mirándolo de arriba abajo–. Su Majestad está en la biblioteca.

Garrett estaba agotado después de doce horas de viaje, pero no pensaba esperar un minuto más para hablar con el padre de Alex, y respiró profundamente, preparándose, mientras recorrían un interminable pasillo lleno de cuadros de los antepasados de Alex.

Tenía un plan, por supuesto. No era un gran plan, pero no se le había ocurrido otra cosa. Alex estaba allí, en alguna parte, y pasara lo que pasara entre el rey y él, no pensaba irse sin hablar con ella.

Por fin, el mayordomo abrió las puertas de la biblioteca. Era una habitación impresionante, con estanterías llenas de libros antiguos y muebles tapizados en brocado y seda. Y el hombre que estaba de pie frente a la chimenea era imponente. El rey Gregory era un hombre alto de aspecto

juvenil, aunque su pelo gris le daba un aspecto aún más formidable.

–Señor King, qué sorpresa.

–Majestad, Alex no puede casarse con el duque Henrik –dijo Garrett, a modo de saludo.

–¿Ah, no? –el rey enarcó una ceja.

Garrett ni siquiera podía creer que la dejase acercarse al duque. Después de una rápida búsqueda en Internet, había averiguado que ese hombre era más conocido por su larga lista de noviazgos que por el trabajo que hacía en su puesto como embajador. Pues muy bien, al rey podría darle igual, pero él no pensaba dejar que Alex se casara con alguien que no la merecía.

–¿Y por qué cree que eso es asunto suyo, señor King?

–Porque hay muchas posibilidades de que Alex esté esperando un hijo mío –respondió Garrett.

Era una estrategia arriesgada, ya que no había ninguna posibilidad de que Alex estuviese embarazada, pero era una manera de conseguir que el rey le prestase atención e impedir una posible boda.

El rey Gregory se puso lívido.

–Será canalla…

–¿Embarazada?

Garrett se volvió al escuchar una voz masculina, la del príncipe Christopher.

–¿Qué pasa, papá?

Dos hombres más entraron en la biblioteca en ese momento.

–¡Embarazada, mi hija embarazada!

–Perfecto –murmuró Garrett cuando uno de los recién llegados lanzó el puño hacia su cara. Por supuesto, bloqueó el golpe con el brazo y sonrió cuando el más joven intentó empujarlo.

–¡Ya está bien! –gritó el rey–. ¡No quiero peleas!

–Dígame donde está Alex y podremos solucionar este asunto.

–No te acerques a mi hermana –le advirtió uno de los príncipes.

–No va hablar con nadie hasta que me explique qué está pasando aquí – insistió el rey.

–¿Por qué gritáis? –escuchó entonces la voz de Alex, la voz que lo había perseguido despierto y dormido durante esas semanas.

Estaba en el quicio de la puerta, tan preciosa como siempre, mirándolo como si no lo hubiera visto antes. Llevaba el pelo sujeto en un elegante moño y un elegante vestido que le daba un aspecto impresionante.

Pero bajo ese frío exterior estaba su Alex y Garrett no pensaba marcharse hasta que hubiera tenido la oportunidad de hablar con ella.

La gota que colmó el vaso fue ver al maldito duque tras ella. De ninguna forma iba a dejar que le robara a su Alex. Sí, su Alex, porque era suya desde el día que la conoció.

–¿Quién está embarazada?

–Aparentemente tú –respondió su hermano Christopher.

–¿Qué? –Alex se volvió parar mirar a Garrett–. ¿Tú les has dicho eso?

–He dicho que podrías estarlo.

–¿Embarazada? –repitió Henrik–. ¿Estás embarazada, Alexis?

–No lo estoy.

–Lo siento, pero tengo una reunión urgente…

El duque se dio la vuelta, pálido como un fantasma.

–¡Henrik! –gritó el rey. Pero su grito no fue escuchado porque el duque había desaparecido, seguramente para siempre.

–¿Se puede saber qué está pasando aquí? –exclamó la reina, entrando en la biblioteca–. Podía escuchar los gritos desde el jardín.

–Garrett King dice que Alexis podría estar esperando un hijo suyo –le informó el rey.

–Pero es mentira –dijo Alex–. No estoy embarazada.

Nadie estaba escuchándola. Los príncipes discutían entre ellos, la reina y el rey intentaban poner paz y Alex miraba a Garrett con expresión furiosa. Cuando se dio la vuelta para salir de la biblioteca, él llegó a su lado en dos zancadas y la tomó del brazo.

–Espera un momento… –le dijo, llevándola al pasillo.

–Vete, Garrett. Vuelve a tu casa y…

–No.

–Tomaste una decisión y ahora los dos tenemos que vivir con ella.

–¿Por qué devolviste el collar que te envié?

–Porque todo ha terminado entre nosotros. Por favor, vete.

–No voy a ir a ningún sitio –dijo Garrett, tomándola por la cintura para apoderarse de su boca y poniendo en ese beso todo lo que sentía por ella. Por primera vez en mucho tiempo se sentía feliz, absolutamente feliz.

Todo estaba bien. Solo tenía que convencerla de que había cambiado.

Por fin, se apartó, mirando sus preciosos ojos azules.

–Me da igual tu corona, me da igual que seas una princesa, me da igual que vivamos en mundos diferentes. Tú y yo haremos que esto funcione.

–Quiero creerte, pero en California dejaste bien claro que no me

querías… ¿Qué ha cambiado?

–Yo he cambiado –respondió él–. Y sí, te quería en California, Alex. Te he querido desde el primer momento, pero estaba tan ocupado buscando problemas que no vi lo que tenía delante.

Ella sacudió la cabeza y el corazón de Garrett se detuvo durante una décima de segundo, pero un King jamás se echaba atrás. Especialmente cuando se trataba de algo tan importante.

–Te quiero con toda mi alma, Alex… Alexis Morgan Wells –le confesó.

Ella contuvo el aliento, dejando que una lágrima rodase por su rostro; una lágrima que Garrett rozó con un dedo como si fuera un valioso diamante.

–Me encanta tu risa y tu melena despeinada –siguió, soltando las horquillas que le sujetaban el pelo–. Me encanta que todo te parezca maravilloso, que seas tan inteligente, tan peleona, tan solidaria. Me encanta que ayudes a mujeres que lo necesitan y me encanta que me digas que soy un idiota porque es verdad.

Alex esbozó una sonrisa.

–Lo eres.

–Quiero que te cases conmigo y que formemos una familia. En California y en Cadria.

–¿Pero cómo…?

–Voy a abrir una oficina de Seguridad King aquí, será nuestra división europea.

–Garrett… –ella volvió a sacudir la cabeza–. Tú no estás acostumbrado a este tipo de vida. Me siguen reporteros y fotógrafos a todas horas, no podremos comprar una casa, tendremos que vivir en el palacio y no te gustará…

–¿Por qué no? Olvidas que soy uno de los King de California. Los paparazzi nos molestan continuamente, de modo que estoy acostumbrado. Y sé que si uno lo desea de verdad, puede tener vida privada a pesar de los reporteros.

–Pero…

–Da igual dónde vivamos mientras estemos juntos. Además, podría aprender a querer este palacio. Al fin y al cabo, tú has nacido aquí.

Ella rio y su risa era música para sus oídos.

–Garrett…

–Saldrá bien, ya lo verás –dijo él, inclinando la cabeza para besarla en

los labios–. Nosotros haremos que salga bien.

Alex se quedó sin aliento. Todo lo que había soñado estaba allí, delante de ella. Solo tenía que tomarlo.

–Te quiero –siguió él–. Cásate conmigo, quiéreme para siempre.

Suspirando, Alex le enredó los brazos alrededor del cuello.

–Yo también te quiero, Garrett King.

–Gracias a Dios. Cuando me devolviste el collar…

–¿Era un collar? Ni siquiera abría la caja.

–Lo he traído conmigo –Garrett metió una mano en el bolsillo del pantalón y sacó un caja de terciopelo. Alex la abrió y suspiró, encantada–. Es una gaviota, ¿lo ves? Pedí que la hicieran especialmente para ti para recordarte el tiempo que pasamos en la playa.

Con los ojos llenos de lágrimas, Alex se dio la vuelta y se levantó el pelo para que se lo pusiera. Cuando cerró el broche, tocó la gaviota, susurrando:

–Me encanta, Garrett. Aunque no necesito ningún recordatorio. Jamás olvidaré ni un solo instante del tiempo que pasé contigo en California.

Tenía todo lo que había soñado allí mismo: Garrett King mirándola con los ojos llenos de amor, pero…

–Sigo siendo una princesa y eso no cambiará nunca. Siempre estaré en peligro y eso te volverá loco.

–Lo sé, pero yo estaré a tu lado para protegerte –Garrett esbozó una sonrisa–. Cásate conmigo, Alex. Juntos podemos hacer cualquier cosa.

–Lo sé –dijo ella, poniéndose de puntillas para besarlo–. Y sí, me casaré contigo.

Garrett dejó escapar un suspiro de alivio.

–Has tardado mucho.

–No puedo creer que le dijeras a mi padre que estaba embarazada.

–Fue lo primero que se me ocurrió.

–Antes mentía mucho mejor, señor King.

–Todo eso es el pasado, Alteza. No más mentiras entre nosotros.

–De acuerdo –asintió ella, con una sonrisa que no desaparecería nunca de sus labios.

–¿Qué te parece Disneylandia para nuestra luna de miel?

–Perfecto.

Garrett la besó y todo volvió a estar en su sitio. Alex se había entregado por completo, olvidando todo lo demás, cuando sus hermanos y sus padres salieron al pasillo para ver por qué estaban tan callados.

Y, por eso, no vio que su madre se los llevaba a todos a la biblioteca y cerraba la puerta para dejar que su hija disfrutase de la magia del amor.